

A stylized logo consisting of a cursive 'G' and 'e' intertwined, set against a yellow background.

GALAXIA
Ciencia-Ficción

COSAS

Lester del Rey
James Blish
D.Knight
Poul Anderson
Noel Loomis
Raymond F. Jones

Lectulandia

Seis relatos cortos de los más prestigiosos autores, que sin duda merecerán el beneplácito de nuestros habituales lectores.

Lectulandia

AA. VV. & Poul Anderspm & James Blish & Raymond F. Jones &
Noel Loomis & Lester del Rey

Cosas

Galaxia - 27

ePub r1.0
Titivillus 31.05.16

Título original: *Things*

AA. VV. & Poul Anderspm & James Blish & Raymond F. Jones & Noel Loomis & Lester del Rey,
1964

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El regalo de los dioses

Raymond F. Jones

CAPÍTULO PRIMERO

I

Se supone que toda historia debe tener un principio, un centro y un final. Es difícil decir dónde empieza ésta en Mahlia XII, cuando el navío fue lanzado a la noche del espacio con su único tripulante robot —en algún tiempo antiguo que nadie puede saber— o quizás si comenzó aquella noche del baile juvenil en el Western Technical and Engineering College, allá en 1936. O quizás si no tuvo principio en absoluto. Como no tiene final.

Pero si pierde algo de valor literario por no quedar circunscrita en estas divisiones artificiales, quizás también gane por acercarse a los asuntos ordinarios de todos nosotros, que de igual manera no tienen principio ni final, excepto el nacimiento y la muerte. En cualquier caso, donde se coloque la historia, comenzó hace mucho, y esto es su centro.

El navío cayó en el mar, lejos de la costa de Nueva Jersey. Lameó como una escoria al rojo al acercarse a la Tierra y se calculó que al menos lo habían visto diez millones de personas. Los periódicos utilizaron todo cuanto pudieron la noticia, insertando con titulares gigantescos: «*Platillo volante se estrella en el océano*».

Como casi todos recuerdan, se encontró el navío flotando en la superficie al día siguiente; inmediatamente fue rodeado por los navíos guardacostas y abordado con toda facilidad. Y luego el Gobierno de los Estados Unidos, hizo uno de esos movimientos absolutamente increíbles, por el que se ha hecho tan famoso y que deja al europeo medio jadeando de incredulidad. Aunque el navío estaba claramente en aguas territoriales de los Estados Unidos, lo entregó al poco a las Naciones Unidas para que fuese inspeccionado por todo el mundo, incluyendo las naciones de *nuestro* bando y las de *su* bando.

Actualmente, sin embargo, esto no constituye el conflicto básico que creció con la presencia del navío. Los hechos pudieron haber ocurrido lo mismo, tanto si los rusos estaban presentes como si no. El conflicto fue básicamente una diferencia entre dos hombres que estaban en el mismo bando, pero cuyas jameas no eran parecidas...

II

Era una nublada y gris mañana de noviembre en Chicago, cuando el doctor Clark Jackson recibió una llamada de Washington. Se encontraba en la mitad de una fase crítica de su investigación y le importaba muy poco de dónde procedía la llamada; iba a esperar durante quince minutos hasta llegar al punto culminante de su análisis

instrumental. Cuando por último se enteró de que la llamada era del teniente general George Demars, deseó momentáneamente no haber acudido al teléfono.

—¡Clark! —dijo George Demars—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien —contestó Clark—. Desearía estar en Florida en una mañana así, pero por lo demás, las cosas van estupendamente.

—No puedo hacer nada por enviarle a Florida —dijo George—, pero por lo menos sí puedo sacarle de Chicago.

—No, me temo que no; tengo un programa de investigaciones que lo menos durará otros diez meses.

—Ha leído los periódicos. Sabe porque le llamo.

—¿Ese asunto del platillo volante? Lo siento, pero me temo que no puedo ayudarle ahí. Esa es una mercancía con la que no tengo experiencia.

—Está dentro de su campo de acción, Clark. Estuve en el navío; es la cosa mayor que puede haber sucedido a la raza humana.

Eso extendía sus límites muy lejos, incluso para George, pensó Clark. Pero luego recordó que habían pasado cinco años desde la última vez que se vieron.

—Espero que me envíe una copia de su informe oficial después de que hayan acabado de seccionar lo que han encontrado... siempre, claro, que no se trate de alto secreto.

—Necesito tenerle, Clark. Iré personalmente y le embarcaré en un avión. No puedo decirle lo importante de este asunto por teléfono, pero no me equivoco y no miento. Eso vino del espacio; tiene motores que han cruzado muchas galaxias y no tenemos la menor idea de cómo funcionan.

—También es cuestión de tiempo —dijo George—. Ya los rusos nos dicen que les informemos de cuántos científicos vamos a colocar a bordo para inspeccionar el navío y cuándo se les permitirá examinarlo a ellos. Necesitamos al mejor hombre del país para que dirija la brigada de analistas que representen al bondadoso Tío Sam y también necesitamos que no pierda el sentido dentro de aquel decorado fantástico. Usted es el indicado.

Durante un momento Clark Jackson dejó que sus ojos descansasen en la suave superficie negra del teléfono delante de su rostro. Preguntó cuánto debería rebajar dado lo mucho que conocía a George Demars. Por lo menos durante la tercera parte de sus vidas odió a George con un rencor amargo y oscuro que era aún más furioso porque carecía de causa alguna. George se daba perfecta cuenta de sus sentimientos, sin embargo llamó a Clark repetidamente durante la guerra, cuando aquel odio era aún más agudo.

Esto casi desapareció en los largos años transcurridos desde su último encuentro, pero George no podía ahora saberlo. Demars ignoraba su posible existencia y le llamaba para que realizase un trabajo, que consideraba que sólo Clark Jackson podía realizar. Esto sólo parecía convocar de nuevo la vieja sensación que ardió durante tantísimo tiempo en el pecho de Clark.

Pero lo más importante ahora era si George había retenido algo verdadero o si todo desembocaría en una nueva fantasía. La posibilidad de que pudiera ser real, hizo que dentro de Jackson ardiese, un nuevo fuego.

—Está bien, iré —dijo Clark—. ¿Dónde quiere usted que nos pongamos en contacto?

III

Se habían conocido en la universidad, Clark Jackson venía de una familia no demasiado notable, de granjeros comunales; eso fue mucho antes que la guerra despertase la independencia entre granjeros y permitiese a muchos de ellos convertirse en grandes negociantes. Clark se abrió paso por la universidad con la ronda ordinaria de trabajos oscuros y tediosos intercalados entre largas y torturantes horas de estudio.

Era todo distinto con George Demars. Conducía su propio Cadillac descapotable por los jardines y jugaba al fútbol y nunca trabajó en nada que no le gustara.

Los dos hombres no vieron que sus caminos se cruzasen con mucha frecuencia durante sus primeros años en el Western T. y E. Cursaron en la misma clase matemáticas y física, y al año siguiente calculo. Cuando eran novatos en la carrera, celebraron en común un análisis vector. Aparte de esto, había poco más, excepto la noche del baile juvenil.

A pesar de sus escasos contactos, sin embargo Clark se daba cuenta intensamente de su compañero ocasional de clase. Parecía que por cualquier calle que caminara, sólo tenía que alzar la vista y vería el Cadillac amarillo volando veloz por la carretera, cargado con un increíble número de chicas guapas y bien vestidas y elegantes alumnos como el propio George Demars.

Le parecía a Clark, en aquellos duros años, que George era lo que él no fue. George formaba en el equipo de fútbol; podía llevar un traje deportivo y parecer un miembro del Cuerpo Diplomático. En cualquier reunión casual, era de los que se sentaban en el piano y ejecutaban para entretenimiento de los demás, algo que oscilaba entre Bach y el «boogie boogie».

Claro, Clark no veía muchas veces estas actuaciones de su condiscípulo, pero lo que no veía se lo contaban. Todos en la universidad se daban cuenta de la presencia de George Demars; era el hombre del día del colegio.

Tampoco se podía objetar de las capacidades básicas intelectuales de George. En las clases que compartían, luchó con Clark grado a grado. Su afición se dirigía a la ingeniería electrónica, mientras que Clark deseaba para su vida, la carrera de física teórica.

Aun cuando George jamás había cometido ninguna crueldad abierta, Clark le hubiera odiado. Quizás esto es sólo comprensible para aquellos que se han visto

obligados a caminar paralelamente a una criatura como George durante todos los crudos años de la adolescencia, cuando la necesidad de actuar con bizarría es tan importante y la habilidad para ello tan remota.

En los últimos años Clark pudo emitir mucha cantidad de su odio debido a su propia inadaptación. Si jamás se hubiese visto obligado por las circunstancias a asociarse con George, la cosa hubiera resultado comprensible; pero cuando el general Demars estaba cerca, los viejos sentimientos de Clark crecían con una intensidad demasiado grande para volverse hacia el interior, porque los años materialmente no cambiaron sus relaciones. En su propio campo, el doctor Clark Jackson era la cumbre suprema... pero George Demars era aún más supremo, allá donde iba.

Clark apareció en muy pocas reuniones sociales durante sus años universitarios. Hubieron una o dos sesiones de baile poco formales durante el año de su doctorado y la fiesta anual del presidente, a las que asistió más que nada por razones poéticas...

La mayor excepción de esta costumbre normal, ocurrió durante su primer año cuando asistió al enorme y formal baile juvenil. Fue porque, por alguna razón milagrosa, su invitación al baile le fue dada por Ellen Pond, una alumna de psicología increíblemente hermosa, a quien llevaba adorando desde el primer día de su ingreso en la universidad.

IV

Le costó dos años llegar al punto de intercambiar un saludo casual con ella en el recinto universitario. Su aceptación de acompañarle al baile fue tan sorprendente e inesperada, que le dejó paralizado. Alquiló su primer traje de etiqueta para la ocasión y en seguida se dio perfecta cuenta de otra ingente diferencia entre George Demars y él.

Estaba convencido de que más parecía un espantapájaros vestido con un traje de ceremonia, pero que ni aún así podía ocultar su condición de espantapájaros. Durante algún tiempo, estuvo sufriendo la agonía de la indecisión, entre si debía o no romper su cita con Ellen, pero su deseo de estar con ella era tan grande que salió victorioso al fin.

Sintióse aliviado cuando Ellen le saludó en la puerta tan amablemente y sin la menor indicación de encontrarle ridículo. Pero entonces recordó que Ellen era demasiado gentil para no ser amable con todo el mundo, sin importarle lo que en su interior sintiera u opinara.

Tampoco pareció molestarse por ir en taxi y durante la noche se mostró tan alegre y maravillosa, que Clark experimentó un vago temor de que las cosas que iban tan bien, posiblemente no podrían durar. La sensación cristalizó en el momento en que vio a George Demars en el centro de un risueño grupo que rendía homenaje a su fino humor.

Sin embargo, no fue hasta el fin de la velada que George advirtió que estaban allí Clark y Ellen. Entonces —parece que casi accidentalmente— se les acercó y presentó a su pareja, una chica muy hermosa en sí pero que a Clark le pareció vulgar y corriente comparándola con Ellen. De mala gana, Clark presentó a George y Ellen.

—Pero si Ellen y yo somos viejos amigos —dijo George—. Espero que podamos bailar cuanto menos una pieza.

Miró con expresión interrogadoramente divertida de uno a otro, dando por sentado que no se le iba a denegar su petición. Clark asintió casi imperceptiblemente, deseando tener suficiente valor como para decirle que se fuera al infierno, pero comprendiendo que eso únicamente habría creado una situación tirante, la que se vería incapaz de explicar a Ellen.

Sabia que George mentía, porque la propia Ellen le había dicho mucho antes que le agradecería conocerle. Así Clark contempló cómo giraban bailando y alejándose de él a través de la pista. Entonces, sin mirarla siquiera, rodeó con el brazo la cintura de la pareja de George, recordando vagamente que se llamaba Marcia.

Más tarde, cuando en apariencia parecía que George y Ellen se habían marchado del baile sin intención de regresar, acompañó a Marcia a su casa en un taxi y ella le agradeció con vehemencia su amabilidad. Durante un momento la joven aguardó junto a la puerta y Clark notó o adivinó que ella estaba a punto de dedicarle un gesto de simpatía... que le diría que, después de todo, no debería sentirse apesadumbrado por haber sido derrotado por George. Que eso era cosa que podría sucederle a *cualquiera*. Entonces, antes de que la muchacha pudiese decir eso o algo similar, dio media vuelta y huyó escaleras abajo, sintiendo a la vez náuseas y pánico.

Durante la noche entera se agitó insomne en su lecho, edificando una reserva de furia glacial, que mantuvo hasta que se encontró con George en el pasillo después de su clase siguiente de análisis vectorial. Llevó a George hasta el umbral de un aula vacía y trató de asumir la imagen de la más negra desconfianza.

—Lo de anoche fue una jugarreta sucia y cobarde, Demars —le dijo—. Te recomiendo que nunca vuelvas a hacerme una cosa así y que de ahora en adelante te mantengas alejado de la señorita Pond.

Dio media vuelta y se marchó antes de que George Demars pudiera recobrase de su asombro.

Más tarde, aquel día, cuando Ellen se le acercó para excusarse, diciéndole:

—No era mi intención hacerlo, Clark. De veras que no pensaba, dejarte plantado. Le dije a George que siempre había deseado ver su coche y él me contestó invitándome a dar una vuelta. No pude negarme, pero él no se contentó con la vuelta prometida y siguió carretera adelante. Cuando volvimos al baile era ya demasiado tarde. ¿No me perdonarás y me permitirás que te compense pronto de ese desaire?

Todo lo que él pudo contestar fue:

—Estoy seguro de que no tiene por qué excusarse, señorita Pond; de nada en absoluto —y se alejó de ella muy tieso y digno.

Nunca tuvo el coraje de volverla a invitar a salir y, en el curso siguiente ella ya no acudió a la universidad. Nunca tampoco supo lo que fue de Ellen, pero se consumió durante largo tiempo con una furiosa desesperación pensando que de no haber sido por George pudo haberse casado con Ellen Pond.

V

A bordo del avión que volaba hacia el este durante la noche, contempló las luces de las ciudades allá abajo y pensó en aquellas cosas tan distantes en tiempo y espacio. Ahora podía sonreír un poco, pero aún le quedaba una débil y exquisita pena al recordarlas. Nunca llegó a casarse. Pasados los treinta, consideró que era ya demasiado tarde para el matrimonio; pero a veces, como ahora, cuando no tenía nada que hacer ni nada que ver excepto la obscuridad y los remotos puntitos de luz, se preguntaba si hubo alguna vez posibilidad de que Ellen se hubiera casado con él.

Miró su reloj con impaciencia. Faltaba aún media hora para tomar tierra en el Aeropuerto de Newark. George venía de Washington, es decir, debía haber venido algo más temprano y le había prometido enviarle un coche para llevar a Clark al lugar en donde la llamada espacio-nave estaba siendo estudiada. Una espacio-nave, pensó. ¡Qué cosa más improbable!

Y sin embargo, tenía que serlo. Era pura ironía que su relación con George Demars tuviera que mantenerse de aquella manera. Se había pasado despierto centenares de noches durante su carrera de investigador nuclear, soñando en las conquistas que él y sus compañeros harían posibles... la primera espacio-nave... para que el hombre llegara a las estrellas.

Pero era preciso ponerse primero en contacto con George y que él le presentara. Así fueron siempre las cosas entre él y George Demars.

George había resultado ser un buen ingeniero, de los mejores de la nación; y Clark logró igualmente alcanzar un alto puesto en la investigación física. Ambos subieron a gran altura durante la guerra, pero había sido George quien se llegó a interesar en la Administración y en la política y negociaciones que condujeran a la utilización de la investigación básica. Como si estuviera por entero ignorante de la existencia de sentimientos turbulentos entre ellos, George se puso en contacto con Clark y recurrió a su talento para solucionar una serie de preguntas en apariencia insolubles.

Habían trabajado juntos bien, sin hablar jamás del pasado, como si por algún pacto mutuo, cada cual hiciese lo que estaba de su parte por mantener entre los dos una bien definida barrera. Al separarse al término de la guerra, Clark pensó que habían acabado los trabajos en común para siempre. Confiaba en refugiarse en las profundidades de la más pura investigación físico-matemática y dejar a George Demars con sus brillantes y alabados triunfos de ingeniería.

Vagamente sintió que así, de esta manera, debería ser; pensó que no debía haber venido. Era una equivocación por su parte tratar de trabajar de nuevo con George, sin la presión que antes les obligó a estar Juntos. No tenía que haber venido... pero no pudo hacer lo contrario; tenía que conocer esa nave que George aseguraba venida del espacio.

El avión aterrizó con lluvia. Él corrió hacia la puerta de la valla que separaba el terreno de aterrizaje del edificio de la Administración. Dos hombres salieron del toldo y uno le rozó el brazo.

—¿El doctor Jackson? —preguntó.

Clark se fijó en los uniformes del Ejército.

—Sí.

—El general Demars nos envía —dijo el hombre.

Clark asintió y marchó con ellos hacia la zona de aparcamiento sita junto al edificio.

—¿Está George... el general Demars... ahora en el lugar...?

—Sí. Estaremos con él muy pronto. Por aquí, señor, tenga la bondad.

Ninguno de los dos demostró ser muy hablador. Clark se sentó en el asiento delantero con el que se le dirigió en primer lugar y abandonó todo intento de sonsacarle. Miró con fijeza hacia adelante entre los barridos del limpiaparabrisas, tratando de fijarse en el sombrío paisaje por el que viajaban.

Al cabo de una y media de precavida conducción por la mojada autopista, tomaron un camino pavimentado con grava que se dirigía hacia el mar. A una milla de la desviación fueron detenidos por un centinela armado de pie ante la puerta enrejada de una alta cerca militar. Una vez dados a conocer y franqueado el paso, marcharon hacia una masa vasta y enorme que comenzó a tomar forma bajo la luz difusa de los faros.

—Un hangar de dirigibles —dijo el conductor en respuesta a la tácita pregunta que adivinó en Clark—. Nos lo prestó la Marina; es decir, se lo prestó a las Naciones Unidas —no tratando de ocultar la amargura de su tono.

En una esquina del hangar una larga fila de iluminadas ventanas indicaban la situación de las oficinas y talleres, contruidos evidentemente para realizar el proyecto. Los guías hicieron bajar a Clark del coche y le acomodaron en la cálida y humosa atmósfera de una sala.

Había presentes una docena de hombres pero todos los rostros parecieron imprecisos a la primera y apresurada mirada de Clark. Todos menos uno. George se volvió desde el escritorio, se levantó y cruzó la sala con la mano extendida. Sonreía como si la suya fuera una amistad solidificada e incommovible al paso de los años. Estaba algo más grueso que la última vez que se vieron y su cabellera empezaba a tomar un tono grisáceo.

—Me alegro de volverle a ver, Clark —dijo con voz sincera—. No puede imaginarse lo mucho que agradecemos su venida en tan escaso espacio de tiempo

transcurrido desde que le avisé.

Clark le estrechó la mano.

—Ni yo sabré nunca por qué lo hice. Espero que la cosa valga la pena. ¿Qué tal si echarnos un vistazo a ese chisme, sea lo que sea?

—Ahora mismo. Si así lo desea, puede usted no hacer más que mirarlo por encima ahora; más tarde habrá el estudio detallado. Ordenaré que venga un pelotón de escolta.

Se alejó y Clark miró en su torno para captar una impresión más completa de los otros hombres presentes en la sala. Con un sentimiento próximo a la sorpresa, observó que la mayoría eran extranjeros de una u otra nacionalidad. Unos iban de uniforme, otros vestían de paisano. Con placer advirtió que tres no le eran desconocidos. Estaban allí el Dr. Oglothorpe, físico británico; el profesor Rousseau, de París, y el alemán doctor Schwartz.

Avanzó hacia ellos, pero George regresó de pronto y le puso un brazo en el hombro, dirigiéndose al grupo en general.

—Caballeros, éste es el doctor Clark Jackson, que va a dirigir el subcomité americano de nuestro grupo. Como ustedes comprenderán, se muestra impaciente por ver el navío. Si no les importa dejaremos para luego las presentaciones formales, hasta que tengamos más tiempo libre y la curiosidad del doctor Jackson esté satisfecha.

Sin embargo, cuatro hombres más aparecieron detrás de George y él los presentó escuetamente por su apellido. Eran todos desconocidos para Clark y todos abandonaron Juntos la sala.

—Nunca tenemos que preocuparnos de si estamos solos al hallarnos en la vecindad del navío —dijo George, tratando de caminar con Clark un poco aparte de los otros—. Siempre y cuantos subimos a bordo vamos en parejas, un militar y un científico. Y siempre hay un par de los *nuestros*, una pareja de los de *ellos* y otra pareja de los llamados neutrales; eso es lo que designamos con el nombre de grupo mínimo. Nunca menos de seis personas suben a bordo cada vez... tres científicos para atisbar por encima de su hombro, para ver que nadie descubra nada que los otros desconozcan, y tres militares, armados y rápidos en disparar, con el fin de impedir jugarretas de cualquier especie.

George habló con amargura, pero para Clark la situación era tan ridícula que casi rompe a reír en voz alta.

—¡No puedo ni imaginar cómo han podido preparar una cosa tan íntima!

—Sabía que usted no vendría si le mencionaba por teléfono algo así, pero quizás *ahora* decida quedarse.

Cruzaron la puerta que daba paso al hangar principal. George señaló hacia un objeto en el centro, bañado por la luz de los reflectores colocados en círculo a su alrededor. El navío no era en absoluto un platillo; su forma resultaba esférica, de color gris y de unos veinte metros de diámetro.

Clark se detuvo para obtener una visión de conjunto del navío. Iluminada brillantemente en el fondo, la superficie de arriba quedaba aún oscura y en sombras. Trascendía a misterio y a lo desconocido y Clark se lo imaginó marchando raudo y veloz por entre los sistemas estelares del espacio.

Pero, por otra parte, parecía muchísimo, como si lo hubieran fabricado allí precisamente, en el hangar.

Clark se volvió hacia George.

—¿No es esto alguna complicada broma? —dijo casi suplicante—. ¿De verdad que vino de las estrellas...?

George sonrió un poco ásperamente y miró hacia la abierta portezuela de la nave. Quedaba sombreada por una figura que apareció de pronto.

—Ahí tiene usted la respuesta a esa pregunta —dijo.

CAPÍTULO II

I

Clark se quedó mirando con fijeza. Su boca se entreabrió una pizca; los ojos se le desorbitaron de súbita incredulidad.

—Esa cosa... —murmuró.

La sombra se apartó del umbral y vino hacia ellos. No era tan alta como un hombre y ahora Clark vio tres piernas de apariencia rígidas caminando con una gracia que hubiera creído imposible. En lo alto del trípode de piernas había un esferoide oblongo de unos setenta y cinco centímetros de diámetro; y en torno a su perímetro, en un plano horizontal, se veían seis flagelos flexibles que se movían continuamente mientras la «cosa» caminaba.

Clark tuvo una visión momentánea de los vehículos marcianos descritos por H. G. Wells en «La guerra de los mundos».

—Este es Hain Egoth —dijo George cuando la figura llegó a ellos—. Es el piloto del navío, piloto y único tripulante. Todas sus comunicaciones, Clark, referentes al navío y a su contenido tendrán efecto a través de él...

—Pero es que es...

—Sí, es de metal... un robot, fabricado por un pueblo que ya no existe. Me enseñó fotos de sus fabricantes, pero no eran mejores en aspecto que el que tiene él...

Clark miró al robot fijamente y con una incómoda sensación de que debía decir algo, embarazado por su falta de habilidad para recordar que aquello era sólo una masa de metal con respuestas preinculcadas. Pero George trataba a la máquina como si fuese una criatura amiga y Clark se sintió obligado a seguir la conducta de su jefe.

—Este es el doctor Clark Jackson, uno de los más destacados científicos de mi pueblo —dijo George.

La esferoide se volvió ligeramente y Clark sintió cómo se enfocaban sobre él las diminutas rendijas de luz de su superficie superior. Una voz musical habló en perfecto inglés.

—El pueblo de Alcardia le da la bienvenida, doctor Clark Jackson; será un placer trabajar con usted.

—Muchas gracias —respondió Clark—. No se me ha hablado de Alcardia, ni del motivo de la venida de su navío. Todavía he de enterarme de esas cosas.

—Nuestra visita es preliminar —dijo George—. Principalmente para demostrar al doctor Jackson que es usted un verdadero visitante de otro sistema estelar. No será necesario que le dé la información básica; yo mismo se la trasladaré después de que nos vayamos.

—Pero sería mucho mejor que lo hiciese —dijo Hain Egoth—. Permítame, si no

tiene inconveniente.

Las dos parejas de rusos y suecos siguieron de cerca a Clark y George, quienes fueron hacia el robot montando la verde rampa que conduela a la portezuela de entrada. La abertura era demasiado baja para los terrestres y tuvieron que agacharse para cruzarla. Clark se detuvo un momento para pasar el dedo sobre la lisa y fría superficie metálica. La carrocería del navío tenía más de sesenta centímetros de grosor; supuso que estaba hecha de múltiples capas, con espacio vacío entre ellas. El metal estaba sin pintar y no mostraba rastro de corrosión. Su aspecto mate indicaba una posible y compleja aleación de acero o quizás una combinación de metales jamás explorados por los terrestres.

Clark sintió como si alguna porción de su consciencia quedase estupefacta por el impacto de la realidad del navío. Quería ir despacio y tomarse tiempo para contemplar los detalles, pero el robot les apremió.

—Por aquí, si tienen la bondad —dijo Hain Egoth.

Era difícil creer que no seguían a un guía vivo. George evidentemente cesó de revelarse contra el pensamiento del robot como ser inteligente, vivo. Clark supuso entonces, que era más fácil tratar al robot de esa manera que buscar una etiqueta apropiada que contrastase a las máquinas pensantes diferenciándolas de los seres humanos.

Hain Egoth cruzó un estrecho corredor hasta llegar a una cámara central de unos siete metros de diámetro. Estaba llena de paneles y bancadas de tuberías en forma de espiral con símbolos nada familiares. Clark le dijo que aquella era la sala de máquinas.

El robot se lo confirmó.

—La fuerza primaria es atómica —dijo—, en cierto modo más adelantada que los descubrimientos de ustedes. El proceso de transformación de la energía, es algo enteramente nuevo para su raza, sin embargo, está basado totalmente en el fenómeno de los campos. Ya conocerán más tarde todos los detalles concernientes.

Mientras los ojos de Clark escrutaban la cámara, toda su esperanza cínica de desencanto voló de su cuerpo. Experimentaba por sí mismo la abrumadora verdad de que el navío venía de las estrellas, que era el producto de una cultura, quizás de muchos miles de años por delante de la Tierra. ¿Pero por qué había venido? ¿Qué pasó a aquella cultura lejana?

Se volvió para mirar a los que le iban detrás y retrocedió con sorpresa al contemplar sus rostros. Los científicos miraban en su torno con una expresión que sólo tenía un nombre: codicia. Casi literalmente, pensó Jackson, se estaban relamiendo en deliciosa anticipación de asimilar aquello que les había caído en las manos. Se preguntó si su propio rostro traicionaba tal avaricia.

Pero fueron los rostros de los militares lo que le hicieron retener el aliento con súbito miedo. Incluso el coronel sueco —pero más particularmente el ruso— estaban junto a sus compañeros los científicos con los rostros retraídos, ásperos,

trascendiendo una sola emoción: la posesión.

Como si hubiesen hablado en voz alta, Clark comprendió los pensamientos de cada cual: que estaban decididos a poseer para sí mismos y a solas las cosas que miraban en aquel momento.

Luego se fijó en George y casi sintió náuseas. El rostro de su asociado parecía o accedía casi a la expresión de los demás, demostrando ciega determinación de poseer.

Clark hizo un esfuerzo para hablar con Hain Egoth.

—Esto es prueba de una maravillosa ciencia mucho más allá y adelantada de la nuestra; espero que tengamos una oportunidad adecuada para aprenderla nosotros mismos.

Estaba cerca del robot. Durante un momento Hain Egoth no respondió, pero Clark tuvo la sensación de que aquellos ojos mecánicos escrutaban su rostro como si en una rápida búsqueda desesperada, tratasen de hallar algo que el robot necesitaba encontrar.

—Tendrá la oportunidad —dijo una voz casi lo bastante baja para impedir que los demás le oyeran.

En el centro de la cámara unas escaleras mecánicas empinadas casi verticales, les condujeron hasta los pisos superiores. Hain Egoth montó en un peldaño y los otros le siguieron hasta el piso contiguo. Aquí una gran cámara estaba ocupada por armarios idénticos y compartimentos, que no ofrecían idea de su contenido. El robot se detuvo ante ellos e hizo un gesto dramático, mientras descansaban sus ojos particularmente en Clark. O así parecía, según Clark pudo comprobar.

—Esto es por lo que he venido —dijo Hain Egoth—. En esta cámara y en las que hay encima nuestro, están los productos de una civilización de medio millón de años; los traigo como regalo de mi pueblo.

—¿Por qué? —exclamó Clark—. ¿Por Qué le enviaron a usted con tal regalo?

—Mi pueblo ya no es capaz de actuar como custodio de lo que ellos crearon y descubrieron; mi pueblo ya no existe.

Las palabras del robot parecieron el lejano sonido de una campana de tonos graves.

—¿Cómo es posible? —preguntó Clark en voz baja.

—No fueron capaces de instalar una relación suficientemente estable entre sí mismos, a pesar de sus grandes conquistas en el universo físico. Ya le explicaré con mayor detalle más tarde.

Se volvió hacia un panel en uno de los armarios más próximos y oprimió un cuadrado pequeño. La tapa del armario se corrió hacia arriba, revelando un oscuro espacio vacío; pero casi de inmediato el vacío se vio reemplazado por un globo pendiente en mitad de la obscuridad, como un planeta visto desde unos cuantos millares de kilómetros en el espacio.

—Mi mundo —dijo Hain Egoth—. Diferente del suyo, la atmósfera es tal, que ustedes no podrían haber sobrevivido allí, considerablemente más cálido por estar

más próximo al sol. Pero mi pueblo ha viajado por el mismo sendero que ustedes. Tenían los pensamientos y esperanzas que poseen ustedes ahora. Mediante sus regalos desean trasladar la probabilidad de su viaje hasta el mismísimo fin de ese sendero que ellos seguían.

Oprimió otro control y la esfera se amplió hasta llenar la oscuridad por completo y permitirles ver una porción de su superficie. Era un lugar oscuro y salvaje con agitados mares. Espesas y amazotadas nubes se extendían por el horizonte, salpicado de fuegos volcánicos en algunos puntos y en otros oculto bajo bosques gigantes, en donde se veían extrañas vidas animales.

—Esto fue el principio —dijo el robot—, antes de que mi pueblo viniera. Ya les he dicho que era muy parecido a la Tierra.

Clark añadió en silencio, quedándose sorprendido ante la perfección de aquella reproducción.

—Y aquí es cuando llegamos a ser los más grandes —dijo Hain Egoth.

Cambió la escena de nuevo. El mundo primitivo dio paso a un paisaje que era como un jardín gigantesco. No parecía que hubiesen grandes ciudades en el suelo, sino macizos de poblados del tamaño de comunidades que existían por doquier.

—El control del clima hizo posible utilizar toda la superficie del planeta.

—Usted está preparado para enseñarnos eso, claro —dijo el coronel ruso con tono casi acusador, como si sospechase que el robot tuviese intención de retener parte del conocimiento.

—Se lo enseñaré. Y ahora... el fin.

Cambió otra vez la escena ante ellos y fue casi como si el principio hubiese retornado. Las multitudes de pueblecitos habían desaparecido, pero de trecho en trecho podían verse débiles ruinas. La jungla oscura se había extendido sobre la tierra, rota por sábanas de desierto amarillo.

Clark experimentó una sensación de horror y el robot pareció detectar su reacción.

—Sí —dijo—, mi pueblo se destruyó a sí mismo. Unos cuantos de los supervivientes que me enviaron, hicieron un esfuerzo final desesperado para mantener el control del mundo en el que sus padres habían vivido, pero no tenían esperanzas de triunfar. Y la carga que enviaron conmigo era su verdadera esperanza de conservar a su civilización del completo aniquilamiento.

—¿Por qué no vinieron con usted? —preguntó Clark—. Seguramente podían haber lanzado otros navíos, también, y después instalar colonias en otros lugares.

—Quizás —contestó el robot—. Habían muchos que eran partidarios de tal plan, pero no lo llevaron a cabo. Era importante para ellos sobrevivir entre su propia clase, en su propio mundo. La supervivencia personal no importaba, si no podía conseguirse de esta manera. En cuanto a venir conmigo, me prepararon para hacer lo que ellos quizá no pudieran nunca realizar. Sabían que yo podía viajar mucho más tiempo que el correspondiente a muchas generaciones suyas y eso ha resultado verdad. Se hizo

como desearon. De nada servirá la crítica con arreglo al criterio de ustedes, porque todos han desaparecido; pero quizás, cuando ustedes comprendan todos sus actos e historia, no desearán criticarles.

—¿Podemos verlo todo... aquí en este visor? —dijo Clark.

—Sí. Cada día de la historia de mi pueblo ha quedado registrado. Espero que encuentren que vale la pena mirar con detalle las vidas de los de mi raza y aprender todo cuanto hicieron.

Apagó el visor y lo cerró.

—Basta ya para esta noche —dijo—. A veces olvido que ustedes están sujetos a la fatiga. Creo que la llegada del doctor Jackson completa la organización necesaria, así que podemos proceder con las instrucciones formales, ¿no es verdad, general Demars?

George asintió.

—Un día más para completar nuestros acuerdos y podremos empezar.

Clark sintió en cierto modo el ridículo impulso de estrechar la mano a Hain Egoth, mientras daba media vuelta dirigiéndose a la entrada del navío y volvían a través de la sombría caverna del hangar. Él y George dejaron a sus compañeros en el despacho y se fueron juntos hasta un coche.

—Le he preparado habitaciones en mi hotel —dijo George—. Le llevaré hasta allí. Sé que desea dormir un poco, pero es que hay unas cuantas cosas que quiero decirle. Necesita usted hacerse cargo por completo de la situación lo antes posible.

Había dejado de llover y la luna plateada lucía sobre la carretera mientras se alejaban de la base.

—Es inútil revelarse contra la estupidez, de aquellos que fueron responsables de entregar esa cosa a las Naciones Unidas —dijo George—. Usted se formó una imagen a la que tenemos que enfrentarnos por culpa de tal torpeza. El contenido del navío trasciende a seguridad militar para casi una eternidad de tiempo, utilizándola uno de cada cien que pongan primero sus manos en todos estos inventos... y la exclusión de todas las demás.

—Me parece como si nadie fuese a entrar en posesión de esos tesoros en exclusiva, bajo las presentes circunstancias.

—Esa apariencia es enteramente engañosa. Cada uno de nosotros de los que tomamos parte en la investigación de la nace tiene el encargo de obtener los datos, primero que nadie, y utilizar cada medio posible para contener al grupo de la oposición e impedirle que se apodere de estos datos trascendentales. *Ellos* lo hacen... y *nosotros* lo haremos también sea como sea, con engaños y falsedades. Tratarán de apoderarse o de destruir, claro, los datos importantes que corran peligro de caer en nuestras manos después de que ellos los hayan absorbido primero.

—¿Y haremos nosotros lo mismo?

—Exactamente —contestó George—, no hay alternativa.

—¿No hay una? —dijo Clark lentamente—. ¿No hay una tercera alternativa en la

que todas las naciones posean el mismo conocimiento y lo utilicen para propósitos no militares?

George soltó una risa de burlona desesperación.

—Sigo olvidando —dijo—, que es duro para el ciudadano medio que no conoce al día las circunstancias mundiales, que reconozca las realidades del mundo en el que vivimos. Para los que somos sabedores de la verdadera situación, la respuesta es absolutamente no; su tercera alternativa no existe en el mundo en que usted vive ahora. La primera utilización de los datos alcardianos para un largo tiempo venidero será determinar quién de nosotros representará la raza humana en el futuro que esperamos. Pero la cosa que debe destacar es que la comisión que le ofrezco es de doble utilidad. No basta con analizar la información que Hain Egoth le proporcione; usted debe también asegurarse de que nuestros compañeros no roben informaciones esenciales ante nuestras narices. En compensación usted debe hacer cuanto pueda por impedir que *ellos* obtengan tantos elementos vitales como sea posible en orden de abortar sus intentos de construir un ejército o unas armas extraídos de los principios alcardianos. Reconozco que esto no es lo que le gustaría a usted; que no queda dentro de la norma de conducta que usted piensa que debería seguirse. ¡Pero ha de aceptar usted la palabra de cuantos conocemos la verdadera situación y considerar que el único modo de hacer las cosas es el que le sugiero yo!

—¿Y si no estoy de acuerdo? —preguntó Clark después de un largo silencio.

—Lo estará. Mire en su interior y verá que no es usted el alocado individuo que muchos de los científicos resultan ser. Aún reconociendo que era ese su sistema de comportarse, sujetará el idealismo a sentido común. Usted lo hizo cuando trabajamos juntos antes; ganó usted muchas batallas importantes para nosotros que valieron por toda la guerra entera. ¡Lo volverá a repetir!

CAPÍTULO III

I

George subió hasta la habitación que había reservado para Clark y se sentó en la cama. Habló de su trabajo en conjunto durante la guerra, pero pareció lo bastante cuidadoso como para no retroceder más en el tiempo y acercarse a la barrera que tácitamente conocían ambos. No mostró muchas ganas de marcharse, como si estuviese ansioso de asegurarse de que no se había perdido nada en su presente relación, que Clark no abrigaba reservas insospechadas o que no había adquirido nuevas evaluaciones que le hiciesen menos cooperativo de lo que lo fue antes.

Era casi el alba cuando finalmente se fue. Clark experimentó una clase de satisfacción al advertir que todavía se percibía una apariencia de incertidumbre en George, como si dudase de la cualidad de lealtad que podía requerir del físico.

—No se olvide, a las dos de esta tarde —dijo George—. Espero que se vea capaz de hacerlo. Sólo esta última conferencia y pondremos en marcha las cosas.

—Estaré preparado —prometió Clark. Cuando estuvo a solas, Clark ya no sintió ganas de irse a la cama. Las rosadas luces del alba en el armamento comenzaban a despejarlo del sueño y de la fatiga. Se sentó en el sillón junto a la ventana para contemplar la salida del sol desde el horizonte del mar y a la otra parte de la ciudad.

Deseó hallar algún modo de saber lo que George pensaba mientras estaba hablando. Deseó poderlo conocer como cuando estaban en la Western T y E hacía tanto tiempo. Sospechó entonces que la actitud de George era la de supremo desdén para todos los seres humanos menos dotados. Parecía encontrar la expresión literal en su resplandeciente Cadillac y en sus fáciles consecuciones de honores, cada una de las cuales suponía una ventaja sobre los no graduados, una ventaja que se extendía hasta el límite.

Durante la guerra, Clark Jackson comenzó a tener un punto de vista más caritativo de George, aceptándole como un ser humano de extrema vitalidad que quizás raras veces comparaba sus propias funciones con las de cualquier otra persona. Ahora Clark no estaba tan seguro. Amparando el idealismo con el sentido común, parecía como si George hubiese dicho: «Clark Jackson amparará a George Demars».

«Lo volverás a hacer». Precisamente, ¿qué volvería hacer... esconder sus propios ideales una vez más ante la urgencia de la época? ¿Esconder su propia integridad ante el ego de George Demars? Sus reacciones eran quizás infantiles, pensó, pero no podía evitarlo. Volvió a alzarse de nuevo el débil fantasma de la agonía que le había acosado durante sus años de universidad, renaciéndole la precaria confianza que adquirió en su capacidad para conducir el asunto de la simple existencia; pero no podía escapar al hecho de que la mera presencia de George Demars era suficiente

para hacerle dudar de sí mismo. Por que ambos tenían que vivir en un mundo en guerra, y con dólares, y con Ellen Pond... pero sólo George sabía cómo arreglarse para sobrevivir ahí.

Sin embargo, el día no estaba muy entrado cuando el mundo veía un predominio de los átomos, y las estrellas, y de las matemáticas madre. Quizás sus características para afrontar estos cambios no eran tan iguales. Quizás la mayor cuestión en aquel momento era, a qué clase de mundo pertenecía el navío de Hain Egoth.

«Ocultar el idealismo bajo el sentido común... lo volverás a hacer...».

No estaba siendo infantil; había sólo una única interpretación posible. George le había llamado porque creía que no era problema doblegarse bajo la súplica de una necesidad militar como había hecho antes, abandonando tales ideales en cuanto podían afectar al impacto de los regalos de los alcardinos.

Se puso en pie al primer destello de la luz solar mañanera que atravesó su ventana. Cualquiera cosa que hiciese, no iba a someterse de nuevo. No conocía del todo el momento en que pensó o sintió algo acerca del robot y del navío... pero sabía que había visto en sus amigos, los hombres en el hangar, algo que no le placía en absoluto. Su confianza mutua y las frenéticas sospechas oscilaban sobre el grupo como un palio invisible.

Tenía que hacerse algo sobre eso. Si los regalos de Hain Egoth eran tan grandes como se suponía, tenían que ser rescatados de esta especie de codicia militar. Sería tarea suya, pensó, trabajar para una distribución libre y equitativa de estos secretos entre todos los hombres.

Y no había nada en absoluto que el general Demars pudiese hacer acerca de tal determinación.

II

Finalmente desayunó en el comedor del hotel y regresó a su habitación para dormir unas cuantas horas. Al medio día despertó, no sintiéndose del todo descansado, pero incapaz de dormir más tiempo.

Llamó a la base y encontró que George no había llegado todavía. Decidió irse de inmediato. Probablemente a George no le gustaría, pero quería estar en la zona un rato sin tener constantemente al general a su lado. Sentía una agradable anticipación de unirse con los otros científicos del proyecto, renovar amistades y establecer otras nuevas con los hombres muy famosos que según George participaban en la operación.

Llamó a una agencia de alquiler de coches para conseguir un automóvil para su propio uso. Tampoco probablemente le gustaría eso a George, pero sería contratado el coche a su cargo puesto que no tenía intención de depender de los constructores del ejército durante su estancia entera.

La conducción a la base le ocupó menos tiempo que el de la tarde lluviosa anterior. El cielo era claro y soplabla una brisa fresca, que seguía al paso del frente frío durante la noche, proveniente del mar. A una milla de la base, Clark vio la bandera de las Naciones Unidas en lo alto del hangar. En cierto modo se sentía abrumado por este detalle; si los ideales de la organización alguna vez llegaran a realizarse, sería esa bandera la que los hombres planteasen en la superficie de la luna.

Después de ser admitido en la puerta de ingreso en la base, miró hacia atrás y sonrió para sí. Cuando él y sus amigos científicos hubiesen hecho su trabajo en este proyecto, todas esas cercas deberían ser derribadas.

La oficina parecía casi desierta. Un coronel americano alzó la vista al entrar Clark. Frunció el ceño un momento y luego se adelantó.

—El doctor Jackson, ¿verdad? —dijo—. Soy el coronel Allison. Hace un momento hablé con usted por teléfono. El general Demars todavía no ha venido, pero estoy seguro de que estará pronto aquí, así que si quiere ponerse cómodo... Perdonará que haya cierta tosquedad en nuestro acomodamiento en la cuestión del tiempo y las facilidades. Las cosas han sido bastante difíciles aquí.

Miró a la habitación más allá, y Clark vio que allí estaba la mayor parte del personal cuya ausencia le había extrañado.

La sala era como un despacho y sala de conferencias, provisto de largas mesas tipo biblioteca y de sillones, con estanterías también parcialmente llenas. Con una mirada advirtió que habían hombres de por lo menos media docena de nacionalidades.

—Las cosas irían mejor —dijo Clark—. Uno ha de intentar organizarlo sobre bases político militares. Creo que encontrará a los científicos del grupo capaces de cruzar las barreras internacionales con mayor facilidad que a los otros miembros.

—No tengo la menor duda —dijo el coronel Allison placenteramente—, pero hay una cosa que es demasiada facilidad en nuestros asuntos. Un punto óptimo cierto se necesita, y algunas veces resulta muy difícil definir cuál es ese punto.

Clark miró con fijeza al soldado, pero el rostro de Allison permaneció placentero, como si acabase de hacerle una observación casual, sin intención alguna de reprimenda o consejo.

—Confío en que ese punto óptimo se encontrará —dijo Clark—, y que consistirá en la máxima libertad y comunicación entre todos los partidos y todos los sujetos.

El coronel sonrió, pero no se opuso en absoluto.

—Quizás desee usted visitar la otra habitación hasta que el general llegue. Tenemos allí los principios de una extensa biblioteca, aunque es demasiado pequeña.

III

En el despacho y sala de conferencias, Clark trató de captar la atmósfera existente

y, nada más lo hizo, odió todo cuanto acababa de detectar. Había allí un denso y secreto deseo que parecía descansar dentro del mismo material del edificio en sí, y que recargaba el aire con una sensación de retiro, de retraimiento.

En una mesa cerca de la puerta, Clark vio al físico inglés Oglothorpe, enzarzado en una discusión animada con otros miembros de su grupo.

Nada más vio a Clark su rostro se iluminó de placer y se levantó con la mano extendida.

—¡Doctor Jackson! ¡Cuánto me alegro de verle! Esperaba que tuviésemos tiempo de conversar anoche, pero comprendí, claro, lo fatigado que estaba después de su viaje... y cuán impaciente por ver el navío.

Y entonces, mientras Clark estaba estrechando la mano del inglés, se dio cuenta de un extraño fenómeno que hizo que un escalofrío le recorriese la columna vertebral, como si una ráfaga de aire helado hubiese cruzado la estancia.

La luz en el rostro de Oglothorpe se apagó.

Su apretón de manos se hizo flojo y miró nerviosamente por encima de su hombro.

Era como contemplar la muerte de un hombre, pensó Clark.

Siguió la dirección de la mirada del inglés. Se dirigía a la mesa en donde sus cinco compañeros estaban mirando, tres militares y dos científicos de paisano. Sus ojos eran fríos e inmóviles mientras se clavaban en Oglothorpe y en su amigo americano, estimando, esperando, calculando, sospechando y desaprobando.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, ¿verdad? —dijo Oglothorpe, habiendo desaparecido de su voz el entusiasmo—. Desde el año 43, en Monmouth...

Clark asintió.

—Seguí una buena cantidad de sus documentos después. El informe último de la reflexión radioactiva es estupendo.

—Sí... gracias, me alegro de que le gustara —Oglothorpe se agitó inquieto—. Bueno, me temo que tendrá que perdonarme ahora. Estaba discutiendo un asunto con mi grupo y están particularmente impacientes por dejarlo zanjado antes de la reunión. Por lo menos, permítame que presente a mis asociados.

Uno a uno, estrechó la mano del resto del grupo de Oglothorpe. Sus fríos apretones fueron a la vez saludo y despedida.

Cuando hubieron terminado, no quedaba nada para él, sino dar media vuelta y marcharse.

Miró de reojo a los otros grupos apiñados en torno a sus mesas.

Los suecos estaban juntos, con los italianos, los franceses, los rusos.

En ningún lugar nadie cruzaba la barrera para dirigirse a un grupo que no fuera el suyo; nadie le tendió una invitación para que se uniese con ellos, nadie se adelantó a saludarle.

Se sentó en una mesa vacía y miró en su torno.

¿Qué les había pasado?, pensó era el miedo a sus guardianes militares lo que les

hacía actuar como zombies.

Hubiese querido conseguir la dirección de Oglothorpe antes de separarse hoy y ver a su colega en privado, para que pudiesen los dos actuar de nuevo como seres humanos.

Sus sombríos pensamientos fueron interrumpidos por la entrada del general Damars. George miró por la sala y frunció el ceño enojado al ver a Clark, pero elaboró una cordial sonrisa al acercarse al científico.

—Es usted un pájaro madrugador —dijo—. Pensé que no se levantaría hasta media tarde.

—Uno requiere menos sueño cuando se acerca a la vejez —contestó Clark.

—Entonces supongo que deberíamos conservar nuestras diez horas mientras podamos —dijo George. Miró su reloj—. Es casi la hora de nuestra reunión. Yo tenía particularmente impaciencia porque se sentase en ésta, con el fin de conseguir una imagen total de nuestra situación, también enterarse escuetamente de las normas de conducta que hemos hallado necesarias de adoptar. Sin embargo, quiero que conozca a los otros miembros de nuestro propio subcomité ahora mismo; están afuera, en el despacho.

Clark siguió a George y fue presentado al doctor Alvin Barker, químico, y al Dr. John Paris, matemático. Conocía a ambos hombres por su reputación. También fue presentado a sus contrapartidas militares, comandante Benson, de la Marina, y teniente general Stagg, de la Fuerza Aérea. Mientras les estrechaba las manos, notó que los militares le miraban con la misma expresión de recelo, evidenciada por los compañeros de Oglothorpe. ¿Habían llegado al punto de sospechar uno de otro?, se preguntó casi frenéticamente.

George Demars les apremiaba ahora para que fuesen a ocupar las mesas de la conferencia.

—Es la hora convenida —dijo—. Nuestra orden del día está muy cargada, y tendremos que sudar algo si queremos tratar todos los asuntos y comenzar el trabajo mañana.

Los americanos se sentaron en la mesa donde Clark había estado solo unos pocos minutos antes. George ocupó su estrado en una mesa vacía cerca de la puerta y se colocó delante un micrófono perteneciente al sistema de amplificación de la habitación. Hubo un arrastrar de sillas mientras los que estaban antes enfrentándose uno a otro se volvieron hacia él.

—Como secretario provisional del comité investigador, anuncio que se abre la sesión —dijo.

Clark se preguntó cómo iban a arreglar la cuestión del idioma. No se veía prueba alguna de sistemas de traducción simultánea al uso. Sólo más tarde se enteró, que después de muchas discusiones preliminares los miembros del comité aceptaron colocar en su delegación a un miembro científico que conversase en inglés y actuase de intérprete. Esto, acoplado con una orden del día impresa en el lenguaje de cada

grupo zanjó la mayor parte de las dificultades idiomáticas.

—Punto primero —dijo George—, se trata del informe en relación de los subcomités nombrados por cada nación participante. He de informar que la delegación americana, queda ahora completa con el nombramiento del Dr. Clark Jackson como presidente del subcomité. Según lo dispuesto, esto completa todos los subcomités. ¿Hay alguna objeción? ¿Existe alguna delegación que informe que no está completa?

Miró a los asistentes, mientras se produjo una rápida consulta mutua en una gran cantidad de idiomas.

—Aprobado, pues el punto primero —anuncio—. El punto número dos presenta la cuestión de un sistema distributivo. Se acordó en las sesiones preliminares que toda información contenida en la espacio-nave se proporcionaría sin ningún prejuicio a todos los grupos de naciones representados. Nuestro debate cerró la última sesión con la mecánica de asegurar que ésta es una cuestión abierta.

»Se acordó que todas las veces la mínima unidad de un subcomité sería considerado por un miembro científico y uno militar. Se acordó que en ningún momento se admitiría dentro del navío a un grupo que consistiese en menos de una unidad de una nación políticamente democrática, una unidad de una nación políticamente no democrática y una unidad de una nación neutral, quedando esto definido de manera clara.

»En esta orden del día queda la cuestión del número máximo de miembros de comités que puedan ser acomodados por el tamaño físico del navío y sus facilidades para penetrar. También está la cuestión de pedir a Hain Egoth que presente su material aquí en la sala del comité mejor que a bordo del navío. Tenemos que debatir...».

Clark Jackson hizo un esfuerzo para dejar de escuchar, asqueado por aquella jerigonza de George. Eran como niños en una escuela discutiendo sobre la distribución de las bolitas para jugar, pensó. O quizás como una pandilla de bandidos en una cueva llena de botín robado, cada cual con una mano en el cuchillo para asegurarse de que su compañero en el crimen no tomaba más que una porción justa.

Oyó subsiguientemente algunas estúpidas sugerencias indicando que deberían destituir al robot y ocupar el navío completamente según sus propias condiciones. Durante un rato casi pareció que este sentimiento permanecería, destacando que Hain Egoth no era nada más que una parte de la maquinaria de la nave y que no poseía una forma de vida o de inteligencia diferente de la que se encontraría en una cinta magnetofónica grabada.

Ante esto, Clark ya no pudo permanecer más tiempo sentado. Pidió la palabra y tuvo un momento de amargo divertimento cuando George le miró ceñudo como si deseara que Clark permaneciese callado y no se arriesgase a alguna torpeza social en su ignorancia de las realidades con las que estaban tratando. Pero no pudo negarse a conceder la palabra a Clark.

—A veces, apenas podemos distinguir entre la vida y la muerte dentro de nosotros mismos —dijo Clark—. Tenemos, pues escaso derecho a juzgar que una criatura que habla y razona, que vino a nuestro mundo con regalos de su gente, sea o no entidad individual. Aun cuando se haya dicho que Hain Egoth no es más que una acumulación de partes metálicas y de impulsos eléctricos, él diría que no es una cosa muerta.

»Miramos a las estrellas de noche y todo lo que sabemos es que han estado allí desde que se desvanecieron; vemos sólo la luz que viene a nosotros desde muy lejos en el pasado. Del mismo modo, Hain Egoth nos porta la luz de una gente que nos quería bien, que agotó sus moribundas energías que podía haber utilizado en algo mejor, por enviarnos ese mensaje. El robot nos trae precisamente un encargo de esa raza; él porta la vida de ellos. No tenemos derecho a violarla. La vida y el mensaje de los alcardianos existe en la persona de Hain Egoth, como seguramente existe en las estrellas cuya luz vemos de noche, pero cuyo presente, cuya realidad actual, nunca podremos saber a ciencia cierta».

Cuando se sentó vio una oleada de asentimiento en la mayor parte de los miembros civiles. Los militares evidenciaron pétrea desaprobación. Pero el argumento de Clark canceló el debate por el momento. Por lo tanto dejó en blanco cualquier discusión sobre qué armas o alarmas podía tener a su disposición el robot para prevenir un ataque como el que se sugería. Cuando la larga sesión hubo terminado finalmente, se sintió cansado por su rebelión interna contra los procedimientos, contra las ridículas condiciones que el comité imponía por sí mismo. Era todo profundamente innecesario, pensó.

Deberían comportarse como individuos maduros y civilizados en vez de como chiquillos alborotadores.

Los mismos del comité abandonaron la estancia sin apenas cambiar palabras, los ojos parecían fijos delante de cada uno. Oglothorpe se fue con rapidez sin mirar, en dirección a Clark, pero Clark decidió ponerse en contacto con él más tarde.

George le llamó a parte mientras los otros se marchaban.

—Me parece que usted ahora ve una imagen total —dijo ceñudo—. ¿Comprende lo que quería decir cuando le expliqué cuál sería su misión? Clark asintió despacio.

—Me temo que sí; y por lo que he llegado a saber esta tarde, quizás incluya también mantener lejos de mis costillas la punta de algún cuchillo.

—Sí —asintió George—, puede que incluya eso también.

IV

George se quedó en la base. Clark comió solo en el comedor del hotel y llamó a Oglothorpe inmediatamente después. El inglés respondió con voz precavida:

—Al habla Oglothorpe.

—Dan, Soy Clark. Quería hablar con usted más de lo que tuve ocasión esta tarde. ¿No podríamos salir esta noche y recordar lo que ha ocurrido desde...?

—Lo siento muchísimo pero esta noche no me es posible —dijo Oglothorpe—. Deseaba con impaciencia hablar con usted, pero, bueno... no está aprobado. Quizás no le importe venir a mi hotel y estar sentados un rato en el vestíbulo.

Su voz era precavida en extremo y Clark sospechó que tenía miedo de que alguien escuchara sus conversaciones telefónicas.

—Estaré ahí dentro de quince minutos —dijo Clark.

Cuando se reunieron, parte de la precaución de Oglothorpe y de su reserva habían desaparecido. Estaba sentado en un sillón en el centro del vestíbulo, y se levantó *en* cuanto vio a su amigo. Estrechó la mano de Clark cálidamente y le condujo a un pardo sofá de cuero situado frente a la ventana.

Mantuvo la sonrisa en el rostro, pero su voz era seria.

—Me vigilan —dijo—. Es inútil tratar de salir a alguna parte. ¡Creo que estaré muy agradecido cuando esta misión haya sido cumplida!

—¿Tiene que ser siempre como fue esta tarde? —preguntó Clark.

—No lo sé —suspiró Oglothorpe—. ¿Y de qué otra manera podría ser?

—Podría ser muy diferente; si tú, Fenston, Smernoff, los otros de la clase y yo, estuviésemos solos. Podríamos estar sin tener el cañón de un revólver proyectado sobre nuestros hombres por nuestros amables protectores. ¿Por qué no podríamos resolverlo solos... aquellos de nosotros que comprendemos los problemas científicos que entraña esta cuestión?

El rostro de Oglothorpe parecía volverse frío de nuevo. Cuando clavó los ojos en Clark su mirada parecía casi hostil.

—Ya sabe usted que eso no resultaría —dijo—. El mundo está dividido en campos de hombres armados, y los científicos no son diferentes a los demás seres humanos.

—Su mayor y más grande químico habla en bien del bienestar general; un físico vende los secretos mejor guardados a través de la barrera a los del otro campo. ¿Y en quién de esos podría usted confiar? ¿Podría yo confiarle a usted la posible vida y bienestar de mi nación? ¿Podría usted fiarse de mí?

Sacudió la cabeza vigorosamente.

—No, Clark, nunca daría resultado. Debemos darles crédito para manejar este asunto de la única manera posible práctica.

—Podríamos hacerla resaltar —dijo Clark—. Usted y yo y los demás que queremos con suficiencia verlo trabajar en una base de confianza, honradez y mutua comprensión.

—¡Ya le he dicho a usted por qué no hay base alguna para eso! No se puede confiar en un científico más que en cualquier otro hombre. Hace tiempo, quizás, era verdad lo que usted dice. Los últimos años nos han enseñado lo contrario.

—Porque nuestro historial de los pasados veinte años aproximadamente es un

fracaso, no significa que siempre ha de serlo así —insistió Clark.

Oglothorpe sacudió la cabeza.

—No hay esperanzas.

—¿Entonces qué va a ser de este regalo de los alcardianos... de su gran idealismo? ¿Vamos a entrar a saco en el navío robando cuantos principios nuevos podamos encontrar, para luego volver a casa alocados y ponernos a crear almacenes enteros de nuevas armas ofensivas sacadas de ellos?

—Sí —asintió despacio Oglothorpe—, eso es precisamente lo que va a ocurrir. Eso es lo que yo haré; eso es lo que usted hará. En el fondo, Clark, usted sabe que no hay otros medios. No podríamos hacerlo de otra manera aunque lo intentásemos. No. Has crecido en un mundo en donde ni siquiera se puede intentar lo que se acaba de sugerir.

»Mis consejeros militares me avisaron amablemente que podían encarcelarme por decir estas cosas, pero no importa —el inglés sonrió pensativo—. Especialmente me previnieron en contra de usted; me dieron órdenes insinuándome que su misión es evitar la distribución equitativa de los datos del navío, cueste lo que cueste.

Los ojos de Clark se contrajeron al mirar el rostro de su amigo.

—Se equivocan. No pueden saber qué órdenes he recibido. ¿No lo comprende, Dan? Son palos de ciego. Todos... van a tientas, con sospechas contagiosas en donde no hay motivo de sospecha, haciendo enemigos a hombres que debían ser amigos.

Oglothorpe extendió las manos y las dejó caer sobre su regazo.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, Clark? ¿Qué puede hacer cualquiera de los nuestros?

CAPÍTULO IV

I

Durante mucho rato aquella noche, Clark estuvo despierto en su habitación, viendo cómo la luna surcaba el cielo entre girones de nubes blancas. Pensó en la última pregunta de Oglothorpe. Quizás no fuese tan fácil como pensaba, pero tenía que hacerse algo para cambiar la atmósfera que rodeaba la transferencia de regalos traídos por Hain Egoth. Si los científicos fracasaban en conseguir la unión ahora, durante este intercambio, entonces Oglothorpe tendría razón. Sería desesperado si las barreras fuesen de pronto construidas más y más altas y más espesas y profundas. Pero no podía permitirse que esta cosa ocurriera. Sintió confianza en que podría imaginar algún curso de acción práctico que todos aceptarían. Incluso Oglothorpe cooperaría, en eso estaba seguro, si podía demostrar al inglés que todavía no habían perdido la batalla.

La mañana parecía venir demasiado pronto. Se vistió y se tomó de un trago una taza de café, marchando en su coche a gran velocidad hasta la base.

George Demars le cogió del brazo mientras entraba en el hangar.

—Me alegro de que haya venido usted pronto —dijo George—. Reúna a su grupo y vea que cada cual esté enterado de los puntos del acuerdo. He aquí su copia. No queremos ningún resbalón que dé pie a una discusión con los camaradas. Hain Egoth nos espera a las ocho en punto.

Clark se sentó en una mesa de la sala de conferencias, repasando la lista que parecía para él un conjunto de infantilismos y tonterías. Tales acuerdos entre personas inteligentes, carecían mucho de sentido común, de comprensión necesaria, y eran del mayor efecto para promover dificultades en vez de fomentar los esfuerzos mutuamente constructivos. Se basaban, más que nada, en el recelo, en la envidia y en motivos de mutua destrucción.

Al entrar los americanos, uno a uno, revisó el contenido de los acuerdos. Los soldados los habían aprendido ya de memoria. Barker y Paris compartían algo de su falta de entusiasmo, pero eran lo suficiente diligentes como para observar la letra de los pactos.

No había tenido tiempo de entablar suficiente conocimiento con sus compañeros miembros del subcomité americano. Aquel debería ser su primer esfuerzo en vez de haber pasado la noche entrevistándose con Oglothorpe, pensó; debería haber determinado cuántos de sus propios colegas estaban identificados con los papeles asignados. Todos parecían lo bastante amistosos, pero incluso así, notó en su actitud un elemento de la misma reserva precavida, del recelo, con que el resto de la comisión se veía infectada.

Mientras la habitación se llenaba, había una inquieta y ansiosa expectación, una combinación de intranquilidad del primer día de colegio, y de la incertidumbre de enfrentarse a algo desconocido, a un mundo ignorado a punto de ser desvelado. Le parecía curioso a Clark que un sentido de la presencia de Hain Egoth fuese tan incompletamente defectuoso. Él era la figura central aquí, pero todas las maniobras, el complejo trasfondo, iba a seguir adelante sin apenas pensar en el robot.

Bruscamente hubo un agitarse cuando George apareció y les indicó que había llegado el momento de marchar. Sesenta miembros que componían el máximo comité del primer día se levantaron y comenzaron a desfilar. Esto no era más que un tercio del comité completo, pero el navío no podía acomodar a más personal al mismo tiempo.

—El aula está abierta —dijo John Paris con una mueca.

Hain Egoth estaba esperándoles a la entrada del navío. Cuando los miembros de la comisión aparecieron, dio media vuelta y entró enseñando el camino. El segundo piso había sido preparado con asientos de un equipo semántico de inducción. Esto le permitía dirigir material hablando o en visual de una manera completamente independiente de su lenguaje nativo, así que las formas más complejas de interpretación quedaron eliminadas.

En la mesa del grupo americano, George estaba sentado al lado de Clark. De manera simultánea, se colocaron los pequeños botones metálicos del inductor semántico en su cráneo, siguiendo las instrucciones de Hain Egoth. El robot había previamente analizado los textos normales terrestres en el campo de la física, química y las matemáticas, con el fin de establecer un punto de partida. Mientras la primera sesión seguía desarrollándose, emitió una larga serie de conceptos ampliatorios de la mecánica del quantum y de la relatividad.

Para Clark, aquel primer día pasó como un intervalo en el paraíso, y pudo ver que casi todos los miembros científicos se veían similarmente afectados. La mayor parte, sus rostros reflejaban un estado de éxtasis inducido por las revelaciones del robot.

Clark experimentó una alegría adicional al alcanzar la creciente certidumbre de que las esperanzas de Oglothorpe no tenían justificación. El compartir estos datos de los alcardianos, proporcionaría un lazo entre los científicos que ninguna cantidad de seguridad podrían romper. Cuando se conociese por último esto, la tensión cesaría; los miembros de la comisión encontrarían posible saludarse mutuamente como habitantes del mismo planeta una vez más. La respuesta le pareció tan simple que Clark se preguntó cómo no se le había ocurrido antes.

La ciencia siempre ha proporcionado el disolvente universal para las diferencias de la humanidad. Nunca falló excepto cuando la comunicación entre los científicos del mundo fue rota a la fuerza. Ahora, la comunicación iba a ser restaurada en un grado como nunca existió, incluso en los mejores años de la historia de la Tierra.

Se separaron rápidamente para almorzar y se reunieron lo antes posible. El día le pareció a Clark el más breve de cuantos había pasado durante toda su existencia,

pensó, mientras George se levantaba finalmente a las ocho de la noche y recordaba al robot que los terrestres no podían proseguir indefinidamente, a diferencia de él. Excusándose, Hain Egoth se despidió de ellos, pidiéndoles que volviesen, pronto, puesto que tardarían muchos meses en completar el trabajo al paso que iban, el único que les era posible.

Más tarde, en el hotel, el subcomité americano se reunió en la habitación de George Demars para recapitular y evaluar los datos conseguidos durante el día. Durante una hora los tres científicos compararon notas y opiniones. Aunque técnicamente adiestrados, los soldados quedaron pronto fuera de la profundidad de sus discusiones.

Cuando se produjo una pausa, George dijo en voz baja:

—Y no olvidemos que hoy los camaradas han obtenido el mismo material.

Fue como si de pronto alguien hubiese sombreado la luz y abierto la ventana para que entrase el frío viento nocturno. Barker y Paris se hundieron en sus sillones.

—Lo que voy hacer con eso nos interesa mucho, porque tenemos que hacerlo nosotros primero y mejor —dijo George—. ¿Qué es lo que ven ustedes?

—No lo sé —dijo Paris despacio—. No sé lo que significa; parece ser un paso más allá de los fenómenos de radiación electromagnética con los que estamos tan familiarizados.

—¿Rayos de muerte? ¿No más clases de acción a distancia?

—Con toda posibilidad. Debe usted recordar que estos son sólo los elementos esenciales de una ciencia nueva por entero; únicamente nos es posible imaginar su pleno desarrollo.

—¿Por qué nuestras deducciones han de dirigirse sólo en esa dirección? —preguntó Clark colérico—. Hay un millar de direcciones por las que podríamos ir.

—Tiene usted toda la razón —dijo George—. E iremos en todas esas direcciones... pero por este camino es por el que tenemos que caminar *primero*, porque esta noche *ellos* se han reunido lo mismo que nosotros y esa es la dirección en la que se encaminan. Tenemos dos alternativas: seguir sus huellas, o tomar la iniciativa y destruir la amenaza que ellos poseen. ¿Cuál prefiere?

En el momento en que Clark penetró en el edificio a la mañana siguiente, se dio cuenta de que George había tenido razón. Todos los subcomités se habían reunido y habían dicho las mismas cosas. Los rostros de los hombres quedaban retirados y evasivos. En lugar de la alegría con la que abandonaron el navío la noche anterior, se veían abrumados con renovada ansiedad y recelo. Los grupitos de subcomités parecían más aislados entre sí que nunca, si es que eso era posible. Clark sintió como si hubiese despertado de una pesadilla. La atmósfera era increíble; antes de que la investigación hubiese terminado, se echarían mutuamente uno sobre otro dispuestos a estrangularse.

Al pasar la primera semana, se hizo evidente que las indicaciones de la sesión inicial eran correctas. John Paris elaboró una demostración de que los nuevos

principios de radiación hacían posible la temida muerte mediante rayos, por primera vez.

Unos cuantos centenares de horas de desarrollo mecánico harían posible la construcción de una arma devastadora que excedería a las bombas A y H en efectividad criminal, sin ir acompañada de la destrucción de propiedades.

Los americanos, los ingleses, los franceses, los rusos... no había nación a la que se pudiese eliminar; no había nadie cuyos científicos fuesen tan pobres que no pudiesen extrapolar estos perfeccionamientos letales.

Y entonces, al principio de la segunda semana, uno de los científicos fue asesinado durante una sesión por el delegado militar de otra de las naciones.

El soldado acusó al científico de tratar de ocultar en su persona uno de los libros grabados en cintas originales, que no había sido duplicado y distribuido a la comisión como los demás; las subsiguiente investigación demostró que la acusación era cierta.

Los americanos estaban temblorosos y pálidos cuando se reunieron por la noche después de aquella sesión. Clark experimentó una torpeza mental, como si hubiese tomado una decisión, pero reconoció que era la que él mismo tomó casi desde el principio. Solamente ahora era capaz de reconocer que siempre conoció la imposibilidad de lo que estaban intentando.

—Este comité —dijo—, es una burla científica de la raza humana. Hemos visto hoy un pequeño ejemplo de lo que ocurrirá al mundo si continuamos por el camino tomado; no podemos seguir adelante.

—No podemos detenernos —dijo John Paris.

—¿No sería mejor si lo hiciésemos? —dijo Clark—. ¿No sería mejor, incluso ahora, si le dijéramos a Hain Egoth que tomase su navío y se fuese? No estamos preparados para recibir lo que nos ofrece. Y nos ha traído el regalo de los dioses, sin estar en condiciones de recibirlo.

En seguida se dio cuenta de que no había acuerdo. Barker sacudió la cabeza con vigor.

—Tampoco la raza del robot estaba preparada o valía para ser depositaria de esa sabiduría. No tuvieron éxito en manipular el conocimiento, pero sí su posibilidad; nosotros tenemos que poseer la nuestra.

»Nuestra seguridad está en el apoyo común que ha de ser establecido. Probando es como lo conseguiremos, creo que nadie está consiguiendo más detalles que cualquier otro. Lo ocurrido hoy es más afortunado que trágico, porque destaca en general que nadie va a conseguir ninguna ventaja sobre los demás. Si continuamos manteniendo el equilibrio no habrá peligro.

»En el pasado hubo desigualdad, que es lo que hacía que un grupo se aventurase a sobreponerse a otro. Ahora, con la ciencia de los alcardianos, una nación pequeña es tan igual como una grande. Este es el principio del ecualizador, que se exhibió primeramente en el famoso revólver Colt de los primeros días de nuestro Oeste. Los puestos pacíficos de colonos se extendieron por encima del desorden inicial y el

ecualizador Colt fue el mayor factor en hacer tal cosa posible.

»Volverá a dar resultado. La tierra entera es ahora la frontera, y con ecualizadores apropiados distribuidos entre las naciones, encontraremos una repetición de nuestra propia historia del Oeste a una escala enteramente mundial. El incidente de hoy no será el último, pero por cada uno pequeño de su clase, se reducirá la oportunidad de que ocurra uno grande».

Clark escuchó, tratando de no creer lo que oía decir a uno de sus amigos científicos. Se sintió de pronto perdido y sintió frío al reconocer cuan lejos habían vagado en dirección a la que los militares querían que marcharan.

A través de la discusión los ojos de George Demars quedaron fijos en Clark.

—Así son las cosas, Clark —dijo por último—. Usted no nos querrá decir ni convencer de que cojamos a Hain Egoth y le pidamos que tome su material y se marche, ¿verdad? Y menos hasta haber visto los ejemplos de las alturas a las que puede llevarnos con su ciencia.

Clark se miró las manos plegadas en la mesa delante de él. Apretó los pulgares con fuerza uno contra otro.

—No, claro que no —dijo—. Pero tenemos que hallar una mejor respuesta de la que tenemos y es preciso hallarla bien pronto.

II

En la noche pensó que estaba soñando y por poco grita en voz alta, cuando una forma se recortó contra el firmamento. Mientras yacía en una parálisis momentánea, semiinconsciente entre el frío y un súbito temor, la cosa saltó dentro de la habitación.

Entonces la reconoció, antes de que la voz humana hablara.

—Soy Hain Egoth, Clark Jackson —dijo el robot—. Quiero hablar con usted, pero no debe saberse que he venido aquí.

El momentáneo miedo de Clark quedó reemplazado por un sentimiento igual de sorpresa, de que el robot hubiese venido desde la base tan distante y que hubiera sido capaz de encontrarle, y sin ser descubierto.

—¿Por qué ha venido? —preguntó Clark—. Seguramente le echarán de menos en el navío.

—Nadie lo sabrá. Puedo atravesar con facilidad las cercas guardadas de ustedes y neutralizar el radar que cruza la zona. Y si alguien subiese a bordo de mi navío, no me echaría de menos. No soy lo que ustedes suponen; hay cinco como yo a bordo, Clark tuvo un nuevo estremecimiento de sorpresa al comprender en aquel momento la posibilidad de que hubieran muchos secretos, que el robot quizás no se mostraría inclinado a revelar.

—He venido —continuó el robot—, porque usted es el único con quien puedo hablar. Los he analizado a todos y usted solo, Clark Jackson, es la persona indicada;

usted posee la noción de que se ha cometido un error. Hain Egoth ha traicionado a su pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—Mis regalos no eran para ustedes. Ya ha visto por sí mismo que son incapaces de utilizar lo que traigo. Tienen razón al llamarlo el regalo de los dioses, pero es demasiado fuerte para los hombres de la Tierra. Les traería solamente muerte, no vida.

—¡Usted también piensa lo mismo! —exclamó Clark.

—Sí. Es inevitable. Pero necesitaba encontrar alguien de ustedes que también lo creyese.

—¿Por qué nos proporcionó ese regalo, si sabía *que* éramos incapaces de utilizarlo?

—La decisión no fue del todo mía; mejor dicho, me fue impuesta. Me acerqué a la Tierra para examinar a su pueblo y explorarlo. Tuve que realizar un largo camino para encontrar razas nuevas que se acercasen por los menos a las condiciones requeridas. A primera vista, el mundo de ustedes parecía ser apto. Pero no tuve precaución al acercarme; no esperaba que me atacasen.

—¿Atacado? ¿Cómo?

—En apariencia, la raza de usted ha estado en guardia contra alguna aproximación procedente del espacio. Uno de sus aviones me disparó un proyectil atómico que penetró en mi navío y produjo un pequeño daño que, sin embargo, al producirse en una zona crítica, me obligó a aterrizar, parcialmente perdido el control.

—¡Los platillos volantes! —exclamó Clark—. No me imaginaba que hubiesen puesto vigilancia de esa magnitud; no sabía que tuviesen aviones que disparaban proyectiles atómicos.

Hain Egoth continuó:

—Cuando mi navío fue recogido, su gente hizo torpes reparaciones; más tarde arreglé algunas de estas torpezas. Se me pidió que no mencionase el ataque.

—Evidentemente, no querían que el resto de las Naciones Unidas supiera que usted había sido derribado por un ataque —murmuró Jackson—. ¿Pero qué tiene que ver esto con su decisión de entregarnos el rico material científico?

—El daño era tal que mi navío no funcionaba; yo no podía despegar de nuevo. Era obvio que no obtendría cooperación alguna de su raza para reparar las averías, si les decía que después me marcharía. Ellos insistirían en conocer cuanto contenía mi navío.

»Pero había la posibilidad de que pudiesen estar cualificados para asimilar eventualmente la ciencia. Por otra parte, había empezado a creerse que yo podía trabajar a través del espacio hasta que todos mis recursos se agotasen sin encontrar un grupo incluso, tan cualificado como el de ustedes. Así que decidí completar mi misión mostrándoles mi material.

—¿Y ahora cree usted que fue un error incluso considerando las circunstancias

bajo las que tomó tal decisión? —preguntó Clark.

—Sí. Sería mucho mejor si mi navío se perdía para siempre en las profundidades del espacio a que fuese instrumento de instrucción de este pueblo en quien se pueden poner muchas esperanzas, pero que tiene que caminar muchísimo todavía.

—Todos nos hemos preguntado acerca de algo que usted no ha querido explicar. ¿Por qué cayó su propia raza? ¿Cómo se puede asegurar a un pueblo la seguridad de tener éxito en perpetuarse a sí mismo, cuando ustedes no lo consiguieron?

—Ya que mi pueblo no puede responder a esa pregunta, es evidente que yo tampoco —contestó Hain Egoth—. Pero el problema que no lograron resolver es el que ustedes encontrarán también, si llegan lo suficientemente lejos.

»A medida que las criaturas racionales se desarrollan, aumenta su poder creador y su autodeterminación. Al hacerlo así, la demanda de leyes externa disminuye y las leyes se convierten en internas para uno mismo. La sociedad remota, técnicamente, es una completamente sin ley en la que los individuos creativos conforman a cada paso sus propias regulaciones autodeterminantes para promover el bienestar propio y el de sus compañeros.

»Cuando se acerca a este ideal, sin embargo, las desviaciones de cualquier clase se convierten en crecientes críticas. Una pequeña transgresión cerca de la cumbre creará más caos, que un crimen mucho mayor en una sociedad no tan desarrollada. Entre mi gente, se llegó a una condición de estabilidad, en la que las aproximaciones finales a la sociedad cumbre, produjeron un retroceso que mandó a todo el planeta a una rápida espiral de degeneración. Cada intento por detener el descenso parecía acelerarlo. Nuestros científicos no descubrieron los principios básicos de lo que estaba tomando lugar hasta que ya fue demasiado tarde y para entonces ellos mismos formaban parte de dicho caos. Nunca aprendieron cómo podía evitarse el desastre, o si era posible que se evitara. Algunos consideraron que las leyes teoréticas de la sociedad eran una imposibilidad práctica. Nunca lo supieron con seguridad.

Clark permaneció en silencio durante un rato, meditando las palabras del robot, tratando de imaginarse a una sociedad trepando tan cerca de las alturas divinas y cayendo por el mismo camino hasta la profunda destrucción. Se preguntó si aquellos alcardianos tenían derecho a suponer que las cumbres nunca serían alcanzadas por seres racionales.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —dijo finalmente—. Estoy de acuerdo en que los dones de ustedes no deberían ser compartidos por mi pueblo, ¿pero cómo se puede evitar? Cualquier intento para detener lo que ha comenzado provocaría la fuerza meramente. ¿Podría destruir su navío antes que permitir eso?

—Puedo... y lo haría si fuese necesario —contestó Hain Egoth—. Pero entonces habría fracasado por completo. Preferiría intentar una continuación en mi búsqueda, seguir adelante de todas formas cuanto me sea posible. Con algo de ayuda no sería difícil reparar perfectamente mi navío. Pero necesito esa ayuda; por eso es por lo que he venido hasta usted.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se necesita efectuar ciertas reparaciones, que yo no puedo realizar. Ha de comprender algo de mi naturaleza para entender el daño que se ha producido.

—Esta forma que ve no es en realidad el robot, Hain Egoth, sino meramente una extensión. El mecanismo cerebral, como ustedes le llamarían, está situado permanentemente en el propio navío, en una cámara debajo de la sala de máquinas. Las cinco figuras robóticas de la clase que usted ve aquí son operadas desde la unidad central. Además, los mandos del navío en sí están conectados directamente con el mecanismo cerebral y son manipulados por él sin intervención de formas robóticas. Es esa porción del mecanismo la que está averiada. —¿Pero no pueden repararla utilizando una de las formas robot?

—No; por eso es por lo que necesito ayuda exterior. Esas reparaciones necesitan la desconexión y aislamiento durante un breve tiempo de todo el mecanismo completo cerebral, excepto unos cuantos circuitos receptores que pueden quedar funcionando. Yo puedo utilizar una forma robótica para guiarle en la realización de las reparaciones, pero no puedo efectuar las acciones reflexivas necesarias para conseguir por mí mismo reparar actualmente el daño. Podría usted compararlo con el caso en que usted necesitara una operación en su propio cerebro. Se necesitaría una desconexión temporal y el trabajo no podría ser llevado a cabo reflexivamente.

—Ayudaré en cuanto pueda —dijo Clark—. Pero no veo cómo podré entrar a solas en el navío; ya conoce usted los convenios referentes a eso.

—Mañana por la noche, vendré a por ustedes después de nuestra sesión regular. Vendrá usted al navío acompañado por una mínima comisión. Dentro, mis cinco formas robóticas se ocuparan de la gente adicional. Con el fin de evitar que se le considere traidor, fingiré dominarle también. Cuando el trabajo esté terminado, todos ustedes serán libertados y yo partiré; no habrá ninguna dificultad. Le anticipo que requerirá unas tres horas y media realizar el trabajo.

—¿Pero las formas robóticas quedarán sin funcionamiento parte de su tiempo!

—Sí. Ese es el riesgo que hay que correr. Sus compañeros estarán encerrados. Será tarde y no habrá motivo para que nadie más entre en el navío. Excepto durante unas dos horas, yo estaré inmóvil y sin capacidad de actuar y usted quedará solo, campando por sus respetos. ¿Acepta correr ese riesgo?

CAPÍTULO V

I

Después de que Hain Egoth se hubo ido, Clark siguió viendo en la obscuridad la imagen del científico que había sido asesinado por tratar de robar material del navío. Si él, Jackson, era sorprendido —o incluso sospechado de su voluntaria participación en la fuga del robot— recibiría un tratamiento igualmente implacable.

En contraste con las sesiones de los días anteriores, la siguiente parecía interminablemente larga. Clark experimentó la sensación de que su nerviosismo debía trascender a todos los demás. Efectuó una serie de rápidas y copiosas notas para esconder esta ansiedad, pero no pudo controlar el intermitente temblor de sus dedos mientras escribía.

Finalmente la sesión terminó. Clark permaneció sentado para estar entre los últimos del grupo al abandonar el navío. George le hizo un gesto irritado para que se uniese al grupo.

—Vamonos. Estoy realmente agotado esta noche.

Entonces, mientras se alejaban de la mesa y recorrían el pasillo, Hain Egoth les llamó.

—General Demars, ¿podría hablar con usted durante unos cuantos minutos?

George se detuvo y dio la vuelta.

—Sí, si es preciso. Pero necesitaremos formar nuestro mínimo comité, ¿no puede esperar hasta mañana?

—Me temo que no. Hay algo particularmente urgente que debo discutir con usted. Le agradecería que reuniese a los demás miembros y se quedara.

—Está bien —George masculló un reniego en voz baja y se fue, siguiéndole Clark.

Se tardó pocos minutos en reunir a los miembros del grupo, que lo hicieron de mala gana, y para ese tiempo —notó Clark con satisfacción— casi todos los demás habían dejado el edificio.

—¿Por qué tenemos que esperar? —Gruñó el ruso irritablemente—. No hay nada que esté sin acabar. Esto es muy poco corriente.

—No lo sé —le contestó George—, pero cuanto antes solucionemos el caso, mejor. El robot tiene algo en su cabeza.

Nada más llegaron a la cubierta superior de la cámara, las cinco formas robóticas salieron de su escondite y se apoderaron de los miembros de la partida, los tentáculos se enrollaron como bandas de acero en torno a los cuerpos.

Los hombres carraspearon asombrados al ver las múltiples figuras de lo que habían creído que era sólo un robot.

—¿Qué diablos es esto? —protestó George—. ¡Suéltennos antes que...!

—¿Sí? —exclamó Hain Egoth—. ¿Antes de qué?

El general dejó de forcejear y trató de mantenerse rígido con dignidad.

—Por favor, explíquese —dijo con frialdad.

—Ya tienen ustedes sus propias explicaciones —dijo Hain Egoth—, no necesito ninguna más. Se les ha ofrecido el regalo de los dioses y ustedes se revuelcan como cerdos en el fango.

Clark había sido capturado por uno de los robots que también sujetaba a otro miembro del grupo. Un tentáculo le rodeaba brazos y pecho con fuerza innecesaria y notó que era capaz de cortar a un hombre en dos si el robot así lo deseaba.

Fueron llevados a una cámara en el extremo lejano de la habitación y metidos en una desnuda sala mecánica, todos excepto Clark.

—Necesito este hombre —dijo el robot—. Cuando haya terminado su tarea para mí, serán ustedes libertados. No deseo hacerles daño, pero no intenten huir.

La sala no estaba construida para ser una prisión. La cerradura en la puerta era sencilla. El robot rompió el picaporte interior y la hizo inasible desde allí. Aseguró a Clark que no había peligro.

—Ahora démonos prisa —dijo.

Clark encontró que, bastante sorprendente, su tensión y su nerviosismo habían desaparecido para cuando Hain Egoth le condujo hasta la sala de control y le mostró la situación del mecanismo cerebral. Era un recinto al que ninguno de los terrestres había sido admitido.

El robot destornilló las tapas pesadas que escondían el mecanismo y Clark carraspeó al verlo. Inconscientemente había presumido que quizás fuese una caja pequeña conteniendo unos cuantos intrincados relés o válvulas electrónicas de alguna especie, pero estaba del todo falto de preparación para la masa de componentes que vio.

Aún más, se sintió desalentado por el tamaño total que tenía. Los componentes eran en extremo diminutos... algunos casi microscópicos, y miles de ellos montados sobre filas de soportes de metal. Las interconexiones parecían hechas con un material semejante a la tela de araña, que parecía tan frágil como para romperse al recibir el aliento de una persona.

—No puedo... —balbuceó Clark.

—Sí —le dijo Hain Egoth—. Por favor, ponga en marcha este receptor y enchufe esta clavija en aquel panel; es parte del tiempo del trabajo de que le hablé.

Clark se sentó y oprimió un pequeño botón a un lado de su cabeza. Se colocó una especie de casco y durante una hora estuvo manando en su mente un torrente de información tan compleja y detallada, que parecía mucho más allá de su consciente comprensión, sin embargo, se dio cuenta de que se iba depositando en circuitos en su mente, en donde quedaría a mano para cuando deseara aprovecharse de ella.

Al término del obligado adiestramiento, se sintió exhausto por la cantidad total de

energía que se le exigía y, sin embargo, su tarea actual aún no había empezado todavía. Pero mientras escrutaba una vez más el extensivo mecanismo, se sintió la indefinible oleada de certidumbre que conocía precisamente cuál era la función de cada uno de los miles de componentes y que era capaz de hacer lo que el robot le había pedido con respecto a reparar las averías.

—Estoy dispuesto —dijo.

—Sí... y es hora de empezar.

La forma robótica adoptó una posición desde la que podía ver el mecanismo cerebral y las manos de Clark mientras comenzaban la tarea del desmontaje. Visión y habla quedaron con el robot, pero por otra parte la criatura metálica se quedó inmóvil y sin vida.

El proyectil había penetrado en la envoltura, ligeramente desde abajo, y había roto una considerable masa de componentes del fondo de todo el conjunto. Durante una hora Clark arrancó las partes quemadas y averiadas, sintiéndose como un cirujano operando en un cerebro humano.

Una vez limpia la herida, según la imagen que él mismo se creó, se encaminó al armario de recambios y comenzó a extraer una enorme cantidad de unidades múltiples para reemplazar a las averiadas y volver a conectar el cerebro al sistema de control del navío.

Rápidamente, comenzó el trabajo de sustitución, utilizando el cable capilar irrompible que halló. Trabajó desde el extremo del control hacia el cerebro en sí, con el fin de colocar estos circuitos en su lugar antes de reconectar el mecanismo cerebro a las formas robóticas.

De pronto oyó un grito de alarma de Hain Egoth.

—¡Vienen! Sus hombres atacan el navío desde todas direcciones, tanto que apenas puedo describirlas. ¡No deje que le encuentren aquí! ¡Suelte a sus compañeros y dígales que se vio obligado a trabajar en el mecanismo y que logró escapar! ¡Le creerán y así se salvará usted también!

Clark dudaba. Alzó la vista hasta la inmóvil faz del robot donde los ojos mecánicos aún mostraban su débil luminiscencia. Miró el verde mecanismo bajo, sus manos. Nunca habría otra posibilidad; esta era la única.

Sólo una cosa parecía retenerle. Tuvo la visión momentánea del rostro despreciativo de George Demars. Entonces desapareció.

—Terminaré —dijo—. Puede que haya tiempo. Durante largo rato el robot no dijo nada, pero Clark pareció sentir fijos en él sus ojos luminosos.

—Desearía que mi raza le hubiese conocido, Clark Jackson —dijo el robot.

II

Clark aumentó su velocidad hasta el límite. En su cerebro se formó un nuevo

propósito y rogó al cielo que le concediera tiempo para llevarlo a cabo. Entonces, mientras aún estaba inclinado en el montaje de la máquina, oyó pasos a su espalda. No se volvió a mirar; sabía quién era el que acaba de entrar.

—Apártese, Clark —ordenó George—. Apártese de esa máquina o le mataré.

—Tendrá que matarme —contestó Clark—. Pero me gustaría saber cómo lo descubrió.

—Había un micrófono oculto en su habitación. ¿Cree que hubiéramos dejado a alguien sin vigilancia en algo tan importante como esto? Hasta sus pesadillas fueron grabadas y examinadas. ¡Quite las manos de esa máquina!

La mano izquierda de Clark descansaba en una pequeña palanca cercana a su cabeza.

—Mientras tenga las manos aquí, creo que estaré a salvo —dijo—. Incluso si me dispara, podré realizar lo que es necesario hacer mientras me desplomo.

—¿Qué es ello?

—¿No lo sabe? La puerta exterior está abierta. En tres segundos podríamos estar a quince mil metros de altura y si el frío y el vacío no nos matasen, la aceleración lo haría.

Alzó un momento la vista y se sorprendió al ver que el rostro de George se contraía de ansiedad y estaba tan cubierto de sudor como debía estarlo el suyo propio.

—No lo creo —dijo George—. Los demás estarán aquí dentro de un momento; Podemos apartarle de ahí sin disparar ni luchar —se volvió un instante y gritó—: ¡Teniente! ¡Por aquí!

—¡Que no se acerque nadie más de lo que lo está usted!

Desesperado, Clark miró a la maquinaria. Menos de una docena de conexiones quedaban por hacer para que pudiese llevar a cabo la amenaza de elevarse, pero George no podía saberlo. Mantuvo una mano en el control y trabajó rápidamente con la otra. Trató de mantener la conversación para impedir que George se recobrara.

—No entiendo por qué me dejaron llegar tan lejos si estaban enterados de mi conversación con Hain Egoth. ¿Cómo no me arrestaron entonces?

—Porque quería salvarle —dijo George—. Es usted un hombre al que no puedo permitirme el lujo de detener. Diez individuos con las más altas capacidades no podrían hacer el trabajo que efectuó usted en el pasado; y ahora le necesitaba a usted aquí.

—Pero no creo que haya logrado salvarme, George —repuso Clark—. O me va a tener que matar de un tiro o voy a lanzar el navío al espacio y moriremos todos.

—No le dispararé ningún tiro —dijo George con suavidad—, y usted tampoco bajará esa palanca.

»Si le hubiera arrestado anoche, usted se habría quedado helado y le habríamos perdido para siempre. Tuve que dejarle proseguir; tenía que permitirle que advirtiera el completo fracaso de cualquier intento para impedir que poseamos este regalo de los dioses, como suelen llamar al navío. Puede que tengan razón al darle ese apelativo;

quizás el pueblo que lo posea pueda llegar a ser una especie de conjunto de dioses. Vamos a descubrirlo y nada en la Tierra nos lo impedirá. Usted lo intentó y ha fracasado. Ahora regrese con nosotros y ayúdenos.

Clark se sintió durante un instante estupefacto de la incredulidad al darse cuenta de que George decía lo que pensaba. George le perdonaría le repondría en su puesto de la comisión, incluso ahora.

De pronto, cada instante de su vida en la que se había relacionado con George Demars volvió a su mente. Volvió a ver la arrogancia del joven universitario que podía hacer cualquier cosa que se le propusiera mejor que los demás; que era capaz de resolver una ecuación diferencial y ejecutar un concierto de Brahms y conducir un descapotable amarillo y robarle la novia a cualquiera.

—Este navío no es ningún Cadillac amarillo —dijo Clark suavemente.

Los ojos de George se le desmesuraron como si le acabaran de dar un bofetón en la mejilla, luego en su interior creció una compasión increíble. La mano del revólver le tembló.

—Todos estos años... —murmuró—. Han pasado tantísimos años y sigue usted pensando en aquello.

Un par de tenientes aparecieron tras George, Clark apretó los dedos en torno a la palanca. Había terminado la última conexión.

—Que no se acerquen más —advirtió. George les ordenó que retrocedieran con un simple gesto, pero siguió apuntando a Clark con su revólver de reglamento.

—Qué palabra ha escogido —continuó Clark con un tono tan indiferente como si estuvieran hablando en una tranquila sobremesa—. Habla de salvarme... y quizás, después de todo, esa sea la palabra adecuada. Eso es lo que hace usted a la gente, ¿verdad? La salva para utilizarla en sus fines particulares. Si mi derrota le proporciona algún placer ahora, aprovéchese cuanto pueda.

—¡Estúpido! —gritó George—. ¿Es que nunca aprenderá? ¿Es que jamás tendrá coraje suficiente para mantenerse en pie y tomar lo que desea y tenga derecho? Toda la vida se la ha pasado vendiéndose a si mismo barato; ahora está dispuesto a hacer lo propio con toda la raza humana.

»Pudo usted tener a Ellen Pond... ¿no lo sabía, Clark? Lloró la noche en que la devolví al baile ya demasiado tarde y usted se había ido; lloró por lo que usted pudiera pensar. Debí decírselo. Quizás las cosas serían diferentes ahora. Pero no lo hice porque usted no tenía bastante de lo que hay que tener para merecerse a una chica como Ellen; y sigue sin tenerlo.

»Si piensa que soy un embustero, pruebe lo contrario. ¿No cree que sé lo que significa dar suelta a esta ciencia antes de que seamos capaces de asimilarla adecuadamente? Puede que tenga razón; quizás nos destruiría en vez de enriquecernos. Pero tenemos derecho a averiguarlo, derecho a alcanzar una respuesta positiva en vez de no saber nunca y lamentar siempre haber podido salir de dudas.

»Se requiere coraje para hallar la verdadera respuesta a esa pregunta. Pero no se

necesita nada para deslizarse a nuestra espalda y tratar de destruir nuestra única posibilidad de despejar nuestras incertidumbres. Si tiene valor, aparte la mano de esa palanca y...

Casi simultáneamente se produjo una levísima contracción de los músculos de la muñeca de Clark y el estampido de un disparo.

La mano de Clark se alzó en movimiento reflejo ante el doloroso impacto en su pecho. Se tambaleó un momento sobre sus rodillas y carraspeó y cayó de costado.

George dejó que el revólver se le escapara de entre los dedos. Una náusea infinita estalló en su interior cuando vio la roja sangre salpicándolo todo. Rodeó la masa del cerebro robótico y se arrodilló junto al físico.

Los ojos de Clark permanecían abiertos, buscando frenéticos algo que enfocar. Entonces vio el rostro de George y le miró un momento.

—Siempre ganas —murmuró—. Este navío es mucho mejor que un Cadillac amarillo, ¿verdad?

Cerró los ojos y luego hizo un tremendo esfuerzo final.

—Toda mi vida odió tu coraje —dijo con fervor.

Al cabo de un rato George se levantó, los brazos colgando a sus costados desmadejadamente. Miró al físico muerto y a los restos del robot. Los ojos mecánicos le vigilaban, pero Hain Egoth no habló. George se preguntó si una vez más podrían restaurar a la criatura mecánica dándole la vida. Pero sabía con certeza que nadie era capaz de restaurar a Clark Jackson.

—Debí habértelo dicho —murmuró al muerto—. Quizás si hubieras tenido a Ellen todo sería distinto; poseías más de lo que de ordinario tiene un hombre y con ella serías quizás el mejor dotado de todos. ¿Pero cómo puede saber cada uno de nosotros cuándo tiene razón y cuándo está equivocado? Podemos seguir a aquello en que creemos, ¿pero cómo llegaremos a saber que nuestras creencias son la verdad absoluta?

A la vuelta de un siglo

James Blish

Sólo poco después de obscurecer los reporteros lograron encender una hoguera, a la que mantuvieron cálida y alta con cuanto les fue posible hallar en la nevada campiña que rodeaba a la colina. Su trabajo consistía en cubrir la llegada del siglo XXI para la primera edición —la hoja rosa, como se la llamaba— de los periódicos facsímil, desde un punto de vista bastante especial de la Iglesia de los Dones Retenidos. Pero puesto que la vuelta del siglo era improbable que se presentara inesperadamente, el mantenerse calientes tenía prioridad.

Dentro de una hora, sin embargo, los tres antiguos pedazos de barandilla de cerca con los que se formó la hoguera, se habrían consumido. Puesto que nadie se ofreció voluntario para bajar hasta la cerca por más madera, cuando llegó esa hora las llamas se redujeron considerablemente.

Sin embargo, aún brillaban lo bastante para mostrar el costado cercano del arco de madera sita en lo alto de la colina. Ocasionalmente, cuando cambiaba el crudo viento, podían oírse voces cantarinas procedentes del interior de aquel navío con aspecto de juguete. Los reporteros no prestaron atención; aún no era lo bastante tarde para que «Viniera el Reino».

Después de jugar un rato a «echar un pulso» sobre la lona, entraron en circulación las botellas. Esto provocó unas pocas discusiones entre los jugadores, pero cada cual estaba demasiado helado para interesarse seriamente por pelear. Todo se disipó en el acto cuando uno de los reporteros más jóvenes salió de la nevada obscuridad con dos pollos, que fueron desplumados y desmembrados prontamente, aunque de manera inexperta.

Los operadores de video habían estado hasta ahora eludiendo la hoguera, puesto que velaban sus fotogramas. Unos cuantos se habían trasladado al otro lado de la colina para fotografiar el botecillo de la cumbre silueteado contra el resplandor. Pero cuando comenzó a extenderse el olor a pollo, empezaron a regresar individualmente o por parejas, aunque resultara claramente imposible repartir sólo dos pollos entre tanta gente.

—¿Por qué no los echamos dentro de la cacerola? —sugirió un veterano reportero.

—¿Qué te imaginas que es esto, una fábrica de sopa? Deja que esos malditos buscones monden sus propios pollos, como hice yo.

—No chaval. Pienso usarlos como apuestas en el juego de dados. Por lo menos, parte de los pollos.

—Buena idea —dijo uno de los más aficionados al juego enderezando

penosamente la espalda.

—Vete al infierno —exclamó uno de los improvisados cocineros—. Yo me quedo con mi parte. De todas maneras, el dinero no es bueno. El año que viene lo emplearemos para envolver desperdicios, dado el modo en que va desapareciendo el pliofilm.

—Me parece que tú si que te convertirás en un desperdicio si dejas que se quemese esa ala —le advirtió el joven reportero—. De cualquier forma, puede que el año próximo sea diferente. Tengo un presentimiento, 1999 es sólo otro maldito año, pero parece que el año 2000 tiene que ser algo especial.

Hubo un zumbido sibilante por encima de las cabezas y toda la nevada tierra de granja se tornó fulgurantemente blanca y sin sombras. La bengala-paracaídas tardó largo rato en apagarse... lo bastante para que los del video corrieran a sus cámaras y enviaran varias y claras tomas del arca.

La luz fue lo suficientemente brillante como para mostrar los símbolos cabalísticos que habían sido pintados en sus costados en diferentes colores e incluso para captar la voluta de humo que salía por la chimenea que estaba en lo alto del techo de un castillete. Ninguna persona quedó visible para las cámaras, pero una tomó la cabeza de un perro mestizo... los ojos entrecerrados, las orejas gachas... asomada tentativamente por uno de los cuatro ojos de buey sitios bajo cubierta.

—Será especial... como eso —dijo el veterano reportero, señalando con la cabeza hacia el cielo donde el resplandor resultaba mortecino—. Sólo que la última vez que veas una luz así no podrás hacer ningún comentario después. Te habrás convertido en gas.

El joven pareció apesadumbrado y dudoso.

—Sí —dijo—. ¿Por qué esos holgazanes de Washington no se quitan el plomo de las bragas y bombardean Buenos Aires? ¿Por qué nos quedamos sentaditos, esperando que ellos nos ataquen primero?

—Eso no es cuenta tuya ni mía, hijo. No querrás que los chicos de Washington empiecen nada antes de que tengan el lugar estrujado y seco, ¿verdad? Vamos, pásame un pedazo de esos ahora que estás con ello.

—Sigo pensando que quizás Kruschchev tuviera razón —dijo el joven con tozudez—. Debimos haber escarmentado del último chasco y dejar que los comunistas barrieran por nuestra cuenta al Brasil y a las dictaduras de otros países europeos. Antes que nosotros estaban contra esos pájaros.

—Malditos sean todos estos arbustos —gruñó uno de los hombres—. No hay a mano ni uno sola rubia con la que tumbarse a su amparo. Vaya sitio infernal para pasar la entrada de Año Nuevo. ¿Qué pasará ahora en Times Square?

El veterano reportero se encogió de hombros.

—Estará lleno de gente y todos mirarán a la pantalla de video del edificio del Times, esperando ver lo que les sucede a esos «puddings» de lo alto de la colina. No les habéis enviado hasta ahora mucho que ver.

—«Nada que mirar» es justo lo que tenemos aquí para enviarles. Si realmente hubiese de producirse algo que ver, este sitio estaría lleno de cables desde aquí hasta Dubuque.

—Y un infierno que sí. Todos vosotros estaríais escondidos bajo las mesas de casa Jimmy, esperando que el Señor, en medio de la confusión, pasara por alto vuestros pecados...

—Que sea como a ti te guste, papaíto...

Hubo una renovada explosión de cánticos en la colina y pudo oírse cómo una voz potente gritaba palabras indistinguibles. En medio de la segunda estrofa, una vaca mugió disgustada. Habían muy pocos animales en la lancha salvadora.

—No me pescarás escondiéndome bajo ninguna mesa —dijo el más joven, dejando la botella en el suelo—. La bomba infernal o el fin del mundo son lo mismo para mí. Soy tan bueno como cualquier hijo de vecino y no me importa quién lo sepa. Lo que digo es, ¿eres un hombre o un ratón?

—Se refiere a una tirada —dijo uno de los ayudantes, sacando los dados de la nieve y mirando de reojo al veterano—. Eh, me parece que te he reconocido. ¿No eres el fulano que explotó la historia de los hielos fundentes del polo? ¿Qué diablos haces aquí? Deberías estar nadando en dinero...

—Me pillaron mientras aún lo gastaba —dijo con un gruñido el viejo—. ¿Y a ti qué? Te diré otra cosa, además, metomentodo. Esos tipos universitarios están ahora todos en libertad condicional. Gracias a los lloriqueos de sus hermanitas; hasta el último de ellos. Y aquí es donde me han enviado... ¿y por qué? Por nada, por nada...

—Es duro —dijo el jugador de dados.

—Por mí, no me importa —continuó el veterano—. Lo que me mata es dejar que esos tipos se vayan de rositas. Un año en chirona... ¿qué es en la vida de un chaval? Deberían enrolarlos a todos por el plazo completo en la infantería. Eso serviría para enderezarlos. Yo fui jefe en la última quinta. Si hubiesen estado a mis órdenes...

Uno de los ayudantes se levantó, echando un roto travesaño al fuego.

—Las doce menos cuarto —dijo.

Todos se levantaron; algunos con envaramiento; nadie con prisa. A lo lejos podía oírse el zumbido, muy suave, en su viaje de regreso.

—Bueno, me alegraré mucho cuando haya terminado —dijo el viejo reportero sin dirigirse a nadie en particular. El joven, con la cabeza ladeada, le abordó.

—Va a ser también muy duro para los muchachos de sobre la colina —dijo—. Quiero decir que... uno piensa que marcharse en una cosa así será bastante malo.

—¿Y por que?

—Bueno, trata de ponerte en su lugar. Serán remolcados hasta el cielo, a las doce en punto. El resto de nosotros se supone que moriremos ahogados o quemados, o algo por el estilo. Cuando no ocurra nada, la sorpresa será mayúscula. Cualquiera pensaría que será duro para ellos; o bien hacerles planear y tocar tierra, o hacerles recobrar el sentido.

—No será nada de eso, sin embargo. Conozco a los de su clase. No dan su brazo a torcer.

El zumbido se instaló sobre la colina y pasó de nuevo esta vez más cerca. El viejo tropezó en una piedra y soltó un reniego.

—No cambiarán ni pizca. ¿Por qué diablos no deja caer esa bengala? ¡Nunca cambiarán, hijito; nunca cambiarán!

Correo del caos

Poul Anderson

El proscrito dijo:

—Pero si ustedes tienen libre albedrío, el sentido de voluntad como un factor casual en sí, independientemente de la casualidad, entonces tienen el caos. Poseen un futuro que no queda únicamente determinado por el pasado y cualquier cosa... *cualquiera...* puede suceder.

—Necesariamente no —replicó el filósofo—. Es natural que usted esté bajo los prejuicios consiguientes en favor del determinismo absoluto; y sin embargo mucho de lo que habla hace creer en la libre voluntad. Del todo diferente de la experiencia directa, hay cosas tales como el principio de incertidumbre...

—Superado —saltó el proscrito, encendiendo un cigarrillo.

El breve resplandor del fósforo colocó asombrosamente en relieve contra la obscuridad de la habitación su rostro, flaco y de nariz ganchuda, con un mechón de pelo rojo cayendo sobre la alta y estrecha frente. No tenía los ojos quietos nunca; hurgaban por entre las tensas sombras. Cada débil ruido de la noche y de la ciudad exterior les impulsaba a mirar por las gruesas cortinas de la ventana. Antaño fue un joven apuesto, pero la vida le había envejecido.

—Superado —volvió a decir. Las palabras se desparramaron, su aspereza rota por encima del ritmo suave del arrastrar de sus pies, paseando de arriba abajo y en torno a la habitación, donde el filósofo era una sombra más profunda, en el viejo y añorado sillón—. El principio de una incertidumbre se aplica sólo a los fenómenos individuales subatómicos, no a la legalidad estadística del universo microscópico.

—Podría traer una cita del físico Darwin —dijo el filósofo—. Supóngase usted que tiene un aparato o un átomo, que emite un solo electrón con igual probabilidad de ir en dos direcciones. Puesto que el electrón puede tomar uno de esos dos caminos, su sendero actual queda indeterminado por su historia anterior; puede decirse que tiene libre albedrío, ¿eh? En uno de esos posibles caminos coloque usted un contador Geiger corriente; en el otro, una unidad amplificadora que el electrón puede hacer funcionar y que a su vez haga estallar a un cartucho de dinamita. Con toda seguridad, la diferencia entre un inofensivo chasquido y una explosión que puede destruir a la ciudad entera es importante en el microcosmos. ¿No?

El filósofo rió por lo bajo, una carcajada silenciosa que el proscrito recordó a través de la inmensidad de los años. Era como si el hombre estuviese plantado ante su clase de nuevo, discutiendo por todas partes a la vez, mostrando un enigma y una paradoja con la esperanza de provocar una reacción prevista. Cualquier respuesta genuina lo haría... al filósofo jamás le importó mucho lo que creyesen sus estudiantes, mientras que hubiera algo dentro de sus cráneos. Siempre había pretendido que una conclusión final representaba la muerte del intelecto y su postura

le había costado últimamente su cargo. Si no hubiera sido demasiado conocido en el mundo exterior, quizá le hubiera costado hasta la vida.

La chispita roja del cigarrillo del proscrito se debilitó y osciló, como un diminuto puño batiendo contra las puertas de la obscuridad. La tensión se estremeció en sus palabras. Había hecho huir a su viejo maestro para salvarle la vida y ahora apartaba de sí este argumento para recobrar o no perder la cordura; pero su calma fina y tensa estaba a punto de desmoronarse.

—Eso es distinto —respondió—. El camino del electrón no queda determinado por consideraciones de energía. Pero uno no puede torcer el curso predeterminado del microcosmos sin gastar energía, sin mover átomos, ¿verdad?, y puesto que esa energía en sí es uno de los factores determinantes, sucede que tal cambio de curso — como un ejercicio de libre albedrío, si usted gusta— violaría la ley de la conservación.

—No al menos que una persona como Clerk Maxwell piense de otro modo —dijo el filósofo—. Sugirió una vez que...

—¡Al diablo con Maxwell! —Era rabia contra el mundo que se mostraba en la voz del proscrito. Había escapado de las celdas de tortura del estado demasiado recientemente para aguantar mucha oposición—. Le digo a usted que un universo conteniendo libre albedrío, sería un universo de caos... sus explosiones Darwinianas ocurrieron en todas partes, en todo momento. Y sin embargo usted siempre ha mantenido que había un sistema para los acontecimientos, que la vida iba a algún lugar, que tenía alguna meta...

—¿Cómo...? —Reprimió la sarta de obscenidades que le habían acudido a los labios, chupó frenético de su cigarrillo y siguió con una rabiosa especie de control—. ¿Cómo puede reconciliar las dos nociones? Las fórmulas de libre voluntad y de un universo teleológico se contradicen mutuamente.

—No, no lo hacen —el filósofo podía haber estado sonriendo; en la obscuridad no se podía decir—. Yo sólo he dicho que las especulaciones filosóficas de Maxwell indican un camino para que exista la libre voluntad; y en su trabajo puramente científico sobre los gobernantes, uno puede quizás hallar un rastro que conduzca al mecanismo de la teleología. El concepto de retroalimentar...

Algo pareció romperse dentro del proscrito. Lanzó su cuerpo zanquilargo a una silla y se sentó durante largo rato sin escuchar. Cuando volvió a hablar, había cierta finalidad mortal en él:

—Ante eso, señor, puede que esté inclinado a acompañarle parte del camino... tan lejos como ese insensato caos de libre voluntad incontrolada. Cuando uno ve que se acerca el Día del Juicio y que el hombre lo trae sobre sí —contra toda cordura—, uno se pregunta si puede haber razón en el universo... Usted dijo una vez, ¿verdad?, que la historia ha mostrado una tendencia hacia lo mejor... que cuando las cosas se ponen terriblemente mal, algo ocurre para compensar, para devolver a su línea el curso de los acontecimientos.

—Eso es cierto —asintió el otro—; usted puede encontrarlo paso a paso. No vivimos en el mejor de los mundos posibles, pero tampoco es el peor, y progresamos. Es como si la providencia nos hubiese dado libre voluntad para poder forjar nuestro propio destino; y luego —para asegurar que no quedaríamos fuera de control, que el destino remoto conseguido por nosotros era el adecuado— ha puesto una especie de gobernador también sobre el cosmos. Una retroalimentación negativa, podría decirse, para que una torpeza demasiado grande provocase por si misma reacciones compensadoras. La idea del equilibrio dinámico es antigua en la ciencia física; y no veo por qué no se puede aplicar. También veían al mundo humano.

La sonrisa del proscrito, vista brevemente mientras daba una chupada a su cigarrillo, era bastante horrible.

—Ahí difiero. He visto cómo las cosas van a estrellarse y sé que es demasiado tarde. Ellos encarcelaron, torturaron y fusilaron a quien se atrevía a hablar en su contra; los extranjeros se mostraron demasiado cobardes para actuar mientras todavía había tiempo... y ahora, amigo mío, el Estado tiene la bomba de conversión y no hay nada que podamos hacer para detenerlos.

Al cabo de un momento añadió, casi distraído:

—Por eso es por lo que no me he suicidado. El Estado me ahorrará la molestia cuando ponga en funcionamiento esa reacción y al mismo tiempo arrojaré en el trato una maravillosa y brillante exhibición pirotécnica.

Hubo un larguísimo silencio. Algunos ruiditos llegaron desde las calles oscuras, arrastrar de pasos en la nieve, el zumbido de un automóvil, una vez el agudo silbato de un avión a chorro volando por encima de sus cabezas. Hacia frío en la habitación, y los dos hombres estaban pobremente vestidos y su carne se estremecía.

—Un momento de calor —dijo el proscrito con aire ensoñador—. Una gran luz blanca.

—¿De veras piensa que... inflamará la atmósfera? —El susurro del filósofo rebordeó por toda la estancia, apagado por las sombras y acosado por el techo como límite. Una viga crujió al enfriarse más.

—Si. Por eso... ¿Qué diablos...?

El proscrito estaba en pie y retrocedía contra la pared, gruñendo mientras trataba de coger su pistola robada. El filósofo movió su cuerpo ponderoso más despacio, levantándose y retrocediendo lejos de la inesperada radiación.

—¡Oh, no...!

Un zumbido en la habitación; las paredes parecieron temblar; una ráfaga de viento mientras la perlada luz sin origen se espesó. El arma del proscrito detonó dos veces. Las balas alcanzaron a la cosa que estaba tomando forma y estallaron con una breve llamarada roja.

—Dios del cielo...

—Del infierno —gruñó el proscrito—. Han enviado a un mensajero especial del infierno por nosotros.

Su mente corrió, breve, alocadamente: *No hay duda, el Diablo quiere algunas muestras de la maldad moderna. Bueno, no pueden enseñarme mucho que yo no haya visto ya.*

La visión se hizo sólida. Pudieron oír cómo las tablas del suelo crujían bajo su peso. Tenía cola y una cabeza redonda y con morro; su cuerpo pelado color oro pálido, estaba arropado por una especie de telaje Y un nimbo azul pendía en su torno, iluminando contra la oscuridad y haciendo que los rostros humanos adquiriesen un tosco relieve. Los ojos eran grandes, luminosos y muy hermosos.

Les miró con asombro y con una extrañeza que poco a poco se convirtió en aceptación semicomprendible. Entonces empezó a hablar.

Muchos millones de años más tarde, Ushtu se quedó plantado mirando a la gran máquina, notando una sequedad en la garganta. Su pensamiento era desgarrado, vibrante por la tensión interior, y no podía reprimir el pequeño pánico final antes de embarcarse.

—Es un salto largo.

—Sí —replicó Zanasthuwain despacio—. Sí, lo es. Pero no tengas miedo; sabemos que dará resultado.

—Oh, eso no lo dudo. Es sólo cuestión de más potencia... ¿verdad?

Zanasthuwain agitó la cola para mostrar su asentimiento.

—La energía completa de seis enjambres. No se pueden deformar las líneas mundiales tanto sin expandirse proporcionalmente. Pero sin embargo, no hay diferencia en el principio para los saltitos en el tiempo que hemos estado efectuando durante los pasados cien mil años poco más o menos. Sólo que éste es mayor.

Su pensamiento estaba impregnado de simpatía.

—Comprendo que no te pongas contento ante la idea de ser arrancado de la mente-enjambre... aun cuando sea para un breve período... y quedarte completamente solo, en una era de la que conocemos únicamente que era incomprensiblemente extraña a la nuestra. Pero es justo demasiado distancia para que nosotros mantengamos un rayo comunicador —puso una zarpa en el lomo de Ushtu—. No temas; no estarás mucho tiempo. Te daremos tres días y luego te devolveremos aquí. Es sólo una inspección preliminar.

Esto resulta una tosca expresión de la sutil oleada de pensamientos que se agitaba y giraba entre ellos. Una raza telepática, en la que claramente tenían un lazo subliminal con los demás, en la que en caso de necesidad, cada personalidad separada podía unirse en la gran mente multifacetada que era el alma del enjambre y que sobrevivía a los individuos mortales, abarcándolos... tal raza no necesitaba de la conversación, de la recapitulación y de la discusión entre los miembros, cosa que un no telepata tiene dentro de su propia consciencia.

Sin embargo él no telepata atisba algo de esa especie. Discute consigo mismo; recuerda por centésima vez todos los factores que le condujeron a esta decisión; ensaya de nuevo y se pregunta si lo ha hecho bien después de todo... y finalmente se lanza hacia adelante para escapar de la tortura de sus propias dudas. De una manera vaga las dos personalidades de Ushtu y Zanasthuwain (designaciones que no son del todo nombres personales) reexaminaron las facetas de una decisión que ya habían tomado. Muy hondo dentro de ellos, uniéndoles, corría todavía la fuerte corriente de la mente enjambre, la basta potencialidad viva que ahora les abrumaba y que sin embargo era más real para ellos que el mundo físico exterior.

—Estoy... —Ushtu balbuceó dentro de las limitaciones de su consciencia individual de expresión—. Nunca me vi tan desgajado antes; no conozco de nadie que lo hubiese sido.

—Me parece —pensó reflexivo Zanasthuwain—, que la mente-enjambre conoce unos cuantos casos similares. Una vez nos hemos visto obligados a manejar cierto problema psíquico; y quedó dentro de las más viejas memorias de la raza... más aún que la de cualquier individuo vivo... y allí buceamos en busca de datos. Me parece recordar algo acerca de individuos que han sido desgajados temporalmente y que han regresado para implantar una versión hacia la experiencia en la memoria racial. Pero ha sido sólo un dato pasajero y no se ha quedado en mi memoria personal muy bien.

—Me sentiré muy solitario —pensó Ushtu—. Pero tres días... supongo que puedo soportarlos.

No se le ocurrió revelarse contra la decisión de la mente-colmena. Eso habría sido rebelión contra sí mismo y contra algo más que el propio yo que era su certeza de inmortalidad. Quizás su cuerpo muriese, pero su mente —el sistema de recuerdo y de pensamiento que era su yo esencial— seguiría en la memoria de la raza.

—¡Después de todo... era una misión interesante!

—Descubrirás tanto como puedas sin exponerte a un peligro innecesario —pensó Zanasthuwain—. Más tarde, enviaremos equipos completos de investigación; pero no queremos arriesgar demasiados organismos la primera vez. Te traeremos de nuevo en el tiempo cuando sea necesario y ahora te enviamos al momento aproximado de la extinción de la vieja raza... bueno, lo más cerca que hemos podido calibrarlos... pero dudo que te sea posible descubrir mucho más en este viaje que su exacta apariencia exterior y un poco acerca de sus sistemas de pensamiento y de su tonología. Es más, no importa cuántos científicos enviemos allá a su época, nunca lograremos comprenderles. Eran demasiado extraños a nosotros.

Miró por la ventanilla hacia el panorama desnudo del desierto más allá... yermo, con recortadas rocas, con onduladas dunas, y con una maleza gris en el horizonte. Los ojos de Ushtu siguieron los suyos; era, como si viese los fantasmas diminutos de aquella raza enterrada agitándose bajo el implacable y brillante sol... como si un aumento de antigüedad y de extrañeza soplara por la cansina Tierra. Se estremeció un poco y volvió la mirada hacia la confortadora solidez de la máquina del tiempo.

—El clima era húmedo entonces, ¿verdad? —preguntó Zanasthuwain.

Ushtu agitó la cola. Él —su propio cerebro físico— había sido adiestrado por la mente-enjambre que contenía todo el recuerdo de la raza sobre las conclusiones geológicas y panteológicas. En cierto modo, Zanasthuwain era físico. Cuando la mente-enjambre era requerida, habían partes de él que contribuían más a aclarar tales cuestiones. Pero como individuos, tenían poco conocimiento fuera de sus propias especialidades.

—Por lo menos más húmedo que ahora —replicó Ushtu—. Lo máximo que podemos determinar, aunque la evidencia es condenadamente confusa, resulta que el

extremo final de esa época coincidió con una era glacial. Los desiertos parecían ser una excepción, más que la norma general. Luego, de pronto... aparentemente de manera simultánea, con la desaparición de la vieja raza, y con la extinción de la mayor parte de la vida terrestre... La época del desierto comienza, Es más, este caso era mucho más acusado entonces que ahora. La tierra ha reverdecido considerablemente y la humedad aumentó también después de la catástrofe.

—¿Y qué fue... eso?

—¿Quién sabe? Eso es lo que queremos descubrir, ¿verdad? Quizás algún desastre astronómico.

—Improbable —gruñó Zanasthuwain vocalmente para demostrar su impaciencia con esa idea—. Considerando las grandes zonas quemadas encontradas en aquella época, me inclino hacia la teoría de que fue una reacción de conversión total que se escapó de la mano de sus creadores.

—Eso es muy bonito —objeto Ushtu—. Sabemos qué la vieja raza era una especie de mamíferos altamente evolucionados, dividida en varios subtipos y distribuida por todos los continentes. Conocemos que trabajaban con piedra y cemento, y hay motivo para sospechar que habían progresado tan lejos como para llegar hasta los metales. Conocemos que fueron destruidos por la misma catástrofe que barrió todas las altas formas de vida y que obligó a la evolución a comenzar de nuevo. Y eso es todo cuanto sabemos. ¡Pero imaginar que tuviesen energía atómica... bueno, es excesivo!

—Es sólo una sugerencia —vibró Zanasthuwain con una nota de perdón en su pensamiento—. Y sufre por causa del lógico retroceso de cualquier raza que conociese bastante para disparar el gatillo de una conversión total de masa a energía y que no supiera tomar las debidas precauciones. Bueno..., bueno... tendremos que formular hipótesis.

—Eso —vibró Ushtu, no sin una ansiedad sobreponiéndose a sus temores—, es lo que no tendremos que hacer durante mucho tiempo. Pronto sabremos.

La fecha del salto en el tiempo más largo había sido un millón de años, volviendo a los días primitivos de la raza... teoría y práctica estaban de acuerdo en que sólo el pasado era alcanzable; al futuro únicamente puede llegarse por el proceso normal de la espera. Pero el monstruo brillante que asomaba en esta pequeña y mal iluminada y fresca cámara podía lanzar una masa a una impensable distancia en el tiempo; y entonces, soltando las tensiones artificialmente creadas, devolverla a la realidad presente. Enviarla a la edad de aquellas especies misteriosas que vivieron antaño en el planeta, dejaron sus huesos y trabajaron la piedra para confundir al futuro, y luego morir en una extinción general de sus formas de vida más complejas. Las mentes-enjambre de la Tierra estaban más que simplemente curiosas sobre aquel desastre, querían saber por el bien de sus propias vidas. Aquello algún día podía volver a suceder.

—Estoy dispuesto —pensó Ushtu. Avanzó hasta la plataforma del proyector.

Brevemente, como el toque flotante de una mano, otra mente se enlazó a la suya... Chutha, la madre de sus cachorros. Había una ternura en la caricia que impresionó a Ushtu enronqueciéndole la garganta.

—¡Adelante! —Vibró con aspereza.

Durante un instante hubo un terrible silencio en el que sus nervios se pusieron tensos después de lo que le pareció un hueco terrible, tan terrible como el silencio, y dejó de estar allí.

Eso fue, que no estaba allí... La comunidad, la sensación de pertenencia, la gran mente de la raza que daba significado a toda su vida, ya no estaba allí; no existía, no volvería durante cincuenta millones de años. Ushtu estaba solo.

Lentamente se recuperó, luchó con el pánico gritando desde las más bajas profundidades de su cerebro y miró con tozudez su nuevo medio ambiente. Había sido escogido por su estabilidad neural, entre otras cosas; podía soportar el aislamiento durante tres días.

Habían proyectiles metálicos chocando contra su campo de fuerza protector y explotando en una lluvia de metal fundido. Venían de uno de los dos seres que estaban agazapados contra el extremo lejano de la pared de lo que debía ser una habitación... agazapados, mirándole con locura en sus ojos, y apuntándole.

Así que... habían llegado hasta labrar los metales y conseguir la propulsión química. Ushtu se esforzó hasta adoptar una fría calma antinatural.

Aquella era la vieja raza viviente; había cruzado el pozo de años y misterio... y ahora, gracias a la supermente, iba a poder estudiarles.

Las reconstrucciones paleontológicas habían sido bastante correctas... pero entonces hubo la ayuda de fragmentos de escultura. La piel casi sin pelo de estas criaturas no tenía pigmentos (¿era una característica general de la especie, o peculiar en esta variedad?) y hasta en la débil luz, Ushtu pudo ver el color rosado producido por la sangre al manar por debajo del rostro y de las manos. De otro modo, sus cuerpos estaban envueltos en ropas que juzgó hechas de tejidos vegetales. Pero le complació que su propia ciencia hubiese razonado tan estrechamente. Le daba una sensación de confianza.

Pero las mentes de ellos, eso era lo importante; Ushtu tenía que entrar hasta sus yos esenciales.

Abrió los propios centros telepáticos hasta el máximo y dejó que un fluido sorprendente e ininteligible se vertiese dentro de sí. No esperaba que su sistema normal fuese suficiente como para una comunicación inmediata. Pero las investigaciones de la Séptima Colmena habían revelado hacía mucho (tiempo en el futuro, se corrigió a si mismo), que había, por necesidad, una resonancia cierta y básica, que debería encontrarse en toda vida inteligente. Ushtu tuvo que pasar la simple energía material emitida por sus sistemas nerviosos, hasta la última realidad que ni era materia ni energía sino un sistema. Lo que primero descubrió le dejó estupefacto. Estas criaturas no eran sensitivas una a otra; no podían sentir los

sistemas de los demás y su comunicación únicamente podía realizarse por medios físicos.

No era un fenómeno desconocido en su tiempo... pero jamás se le había ocurrido que la verdadera inteligencia fuese posible sin telepatía.

El asombro de revulsión fue seguido por un sentimiento de piedad. ¡Pobrecillos! ¡Pobres animales encerrados dentro de sus propios cráneos, condenados para siempre a una soledad más allá de toda imaginación! Ushtu pensó en el cálido vivir que le había ligado con Chutha y se preguntó que era tener a una compañera y no saber nunca que ella te amaba.

Pero el sistema... tenía que hablarles. Pronto, antes de que el pánico les volviera locos.

Había un centro del lenguaje. Lo tentó, dejó que su estructura se hundiera en su propio sistema nervioso y lo estudió durante cierto tiempo. Utilizaban un simbolismo vocalizado. Se le ocurrió que los raros signos fragmentarios escritos en parte de su trabajo debían haber sido —debían ser— únicamente visuales al lenguaje auditivo, un pobre sustituto para el recuerdo de raza pero lo mejor que estos patéticos monstruos podían hacer.

El propio sistema vocal de Ushtu, una reminiscencia evolucionaria poco usada, no era tan desigual a la de estos seres que le impidiera pronunciar los sonidos. Su acento resultó áspero y extraño, pero lo comprendieron cuando les habló.

Todo proceso, desde su salida ante ellos hasta su dominio de su lenguaje, había ocupado quizás sólo un minuto.

—No tengáis miedo —dijo—. No estoy aquí para haceros daño, sino sólo para estudiaros —no, eso tenía malas interpretaciones—. Quiero decir, para conoceros.

El ser mayor y más pesado respondió con sequedad:

—¿Quién es usted? ¿Qué es usted?

La mentira no era un concepto básico en el mundo de Ushtu.

—Soy un científico. Vengo del futuro. Aproximadamente de cincuenta millones de años a partir de ahora.

—¡No! —El ser pelirrojo casi gritó la palabra.

—Sí —repitió Ushtu.

—Pero eso no es..., no es... ¡No, atrás! ¡O dispararé!

—Espera, Boris. ¡Oh, señor, espera! —El filósofo sacudió su gran cabeza calva y miró a Ushtu con ojos que poco a poco se fueron aclarando—. Tenemos que creer a nuestros propios sentidos.

Sí, pensó Ushtu con una nueva explosión de piedad, sí, tienen que creer lo que ven y sienten y oyen. Están encadenados dentro de sí mismos y no tienen otra realidad.

—Viaje por el tiempo... ustedes han conquistado el tiempo y han vuelto —el filósofo se pasó una mano temblorosa por los ojos—. Es como un sueño.

—Es lo bastante real —dijo Ushtu —y os aseguro mi amistad. ¿Qué posible

interés podría tener en hacer daño a miembros de una raza que murió cincuenta millones de años antes de que yo naciese? añadió bastante razonablemente.

Se estremeció un poco. El frío de esta época le mordía. Sería bueno regresar pronto.

—¿Mi... designación? ¿Nombre?... me llamo Ushtu —dijo—. Ustedes son Boris Ilyitch Petrov y Vladimir Rojansky, y su raza recibe el nombre de hombres.

—¿Cómo lo sabe? —susurró el pelirrojo Boris.

—Ustedes dirían que soy telépata... aunque yo no puedo seguir todavía todos sus pensamientos. Pero alguien viene.

—¿Qué?

Ushtu se quedó sorprendido ante la inmediata reacción de miedo de los dos.

Los noto —explicó—. Yo estaré fuera de la vista aquí, para que no se alarmen al verme sin previo aviso.

—Alguien... tienen que haberme oído disparar... —Boris se volvió hacia la puerta, gruñendo—: la policía...

Ushtu sintió cómo el terror y el odio saltaban de aquél; se sintió ligeramente enfermo. En su mente la palabra «policía»; buscó un equivalente. Era un colmena..., no, una organización..., una banda de hombres pertenecientes al «Estado». El «Estado» era una especie de enjambre. Pero era sorprendente lo que las relaciones entre «Estado» y «policías» despertaban en aquellos dos hombres. ¿Podrían estar enfermos? No sabía lo que pasaba por «cuerdo» en este mundo y lo que eran casos patológicos.

—Escóndase, Boris —gritó Rojansky—. Yo...

—¿Esconderme? ¿En un apartamento de una sola habitación? —El pelirrojo se adelantó hasta la puerta y se apretó contra la pared interior—. No, dejémosles entrar; y entonces... quizás podamos dominarles...

Los pies calzados con botas se detuvieron y hubo un golpear atronador en la puerta.

—¡Abrir ahí adentro!

—Está bien, está bien; ya voy —Rojansky dio vuelta a la llave y se apartó. Cuando la primera figura uniformada cruzó la puerta, Boris le disparó al estómago.

El congelado horror de Ushtu se fundió en un relámpago de acción. Su mente se puso en movimiento, asiendo, provocando corrientes nerviosas y los dos seres que habían matado a los de su propia especie se tambalearon y cayeron al suelo.

La policía estuvo sobre ellos al instante. Ushtu ya se había marchado cruzando la ventana. Se agazapó debajo de ella, notando los salvajes dientes de la noche sobre su piel desnuda y escuchando la violencia dentro de la habitación.

Era comprensible, pensó en un fugaz instante, que las mentes que no tenían comunicación una con otra enfermaran de vez en cuando... hasta que el sufrimiento final se volviese contra la propia vida. Será necesario detener y confinar esos maniáticos y curarles... oh, si los medios eran inadecuados, disponer de su vida

rápida y piadosamente.

Un policía miró por la ventana, directamente a la gran forma física de Ushtu. El científico, que se familiarizaba un poco más con la neurología humana, cerró los centros visuales del hombre, para que su imagen retinal no quedase registrada en el cerebro.

Hubiera sido un error revelarse a sí mismo en seguida, comprendió Ushtu, aunque apenas lo hubiera podido evitar. Quizás su súbita aparición había sido la sorpresa final que impulsó a aquellos cerebros inestables al abismo de la locura. Mantendría su presencia en secreto durante cierto tiempo, observaría sin ser observado y sacaría sus propias conclusiones. Entonces, armado con algún conocimiento de lo que se enfrentaba, podría entrar a comunicarse con el Estado.

Boris y Rojansky y el gimiente policía herido fueron transportados hasta un vehículo detenido ante la casa. Los que los llevaban vestían diferente uniforme y eran tratados con una especie de temerosa deferencia. La larga y oscura máquina se puso en movimiento y partió calle abajo, perdiéndose en la noche.

Ushtu se apartó de la casa y, al faltarle otra dirección, siguió las huellas del coche en la espesa nieve. Se mantuvo en las sombras y los pocos transeúntes no le vieron.

Hacía frío, un frío furioso y amargo; las estrellas eran un guía con fulgor de constelaciones desconocidas por encima de los blanqueados tejados; la noche se metió en sí misma con un escalofrío que envolvía de obscuridad a toda la ciudad. La nieve crujía bajo los pies de Ushtu y su aliento formaba nubes fantasmales de vapor al débil resplandor estelar. Alzó su pantalla de fuerza para dejar que el exceso de calor le abrigara un poco.

La ciudad dormía, pero era un sueño intranquilo; su mente inquisitiva encontró un miedo tenso allá donde escrutó. Miedo, inseguridad, tensión, era algo que caminaba detrás de cada hombre y le sonreía cuando miraba en su torno, había una pena abrumadora y un profundo odio malhumorado, la ciudad estaba enferma.

La ciudad estaba loca.

Ushtu se dio cuenta de esto con revulsión. La ciudad no era una colmena; era un amazamiento insensato de estas mentes mudas individuales... y sin embargo en cierta manera melevolente, la ciudad estaba viva. Era una parte del Estado, el todopoderoso Estado cuyas gentes patrullaban por las calles vacías llamando a las puertas en mitad de la noche; y le parecía a Ushtu, de lo que había podido captar en fragmentos mientras caminaba por entre el viento que azotaba las calles, que en cierto modo eso era un enemigo.

¿Y, sin embargo, qué podía ser del Estado sino una creación de estos mismos seres a quienes ahora producía tal miedo insoportable y creciente?

El Estado no era un enjambre, era un mito, una palabra... ¿Cómo podría existir en todas aquellas conversaciones en voz baja y esos pensamientos jamás expresos, excepto como el sueño o obsesión persecutoria de un cerebro loco?

¿Estaba loca toda la vieja raza?

¿Pero qué era la «cordura»?

Ushtu sacudió la cabeza; no podía desentrañar aquel enredo.

La nostalgia se alzó en él hasta que tuvo que detenerse y con un esfuerzo recobrar la calma. El viento limpio y desnudo y la soledad de sus desiertos, los árboles canijos y polvorientos creciendo cerca del agua fresca, la belleza iridiscente de un gran cráter procedente del antiguo cataclismo y siempre y en todas partes la realidad viviente de su raza... ¡no, nada! Él era un fantasma del futuro vagando por un mundo que llevaba cincuenta millones de años en su tumba, y sollozó al recibir aquel aire punzante en sus pulmones, y ansió recobrar la cálida lucidez que no estaba ya en ninguna parte.

Sólo... no estando en el universo en que siempre estuvo, su soledad era infinita.

Recuperó una cierta parte de su control. Comenzaba a sentirse aliviado, y al propio tiempo un manchón gris se aclaraba en el firmamento de levante manando por entre las irregulares características de las altas casas. Tenía que encontrar donde ocultarse.

Eso no era difícil. Ushtu entró en los sótanos de un gran bloque, utilizando su rayo magnético para abrir puertas y cerrarlas tras de sí, y se acurrucó junto al agradable calor de una caldera. Después sólo tuvo que blanquear las percepciones sensitivas. Entre cabezadas, dejó que su sentido telepático vagara por la ciudad.

Para entonces, Ushtu podía seguir la conversación humana a considerable distancia sin tener que oír las palabras e incluso podía captar ocasionales pensamientos no pronunciados. Era sorprendente la cantidad de información que podía reunir y cuanto le fue posible deducir de aquello. Pero no le servía de mucha ayuda; aquellas criaturas eran sencillamente demasiado distintas.

No formaban el grupo de desequilibrados paranoicos que se había imaginado —no del todo—. Había un cierto calor en ellos, amor y risas y esperanzas contra todo raciocinio... una madre y sus cachorros; una hembra y su compañero; un artesano dedicado a su trabajo y disfrutando de él; alguien cantando; una feliz ternura, que añoraba por la consecución de algo siempre denegado. Uno podía llegar a simpatizar y no dejar de reconocer con que gallardía se enfrentaban con su mundo cruel.

Porque era una experiencia áspera y mordaz; era como si el frío de los glaciares en retirada yaciera aún en el corazón de la Tierra. No era solamente que la mayoría fuesen pobres: pobres en alimentación, pobres en vestido, pobres en alojamientos, viviendo mezquinamente, y no alcanzando nunca los brillantes sueños que a cada año se obscurecían más y más. Era que tenían miedo. Por debajo de todo, siempre con ellos, en su interior, entre ellos, había una pesadilla.

Tenían miedo del Estado y de sus agentes. Temían a los otros estados —repartidos por el mundo—, preparando los medios de aniquilarles gracias a un insensato propósito. Temían a la muerte, al dolor, al hambre, a la enfermedad... a un millón de posibles muertes que rozaban el borde de la posibilidad. Se tenían miedo mutuo... el vecino vigilaba a su otro vecino y se preguntaba si era espía, se preguntaba si sería capaz de testificar en secreto contra él, contra ellos, se preguntaba qué había sido de aquellos a quienes los agentes vinieron a despertar a medianoche —tal era su adaptabilidad para bien o para mal— la mayoría no era realmente consciente del horror de sus vidas; en su mayor parte las aceptaban como algo definitivamente natural e inevitable y hallaban cuantos ánimos podían encontrar.

Ushtu empezó a darse cuenta de ciertas potencialidades de la comunicación puramente sensorial. Permitía formular declaraciones que no correspondían a los hechos... una especie de coloración protectora verbal. Pero entonces, ¿cómo podía saber uno lo que era la «verdad»? ¿Cuán lejos de la realidad era posible llegar?

Y sin embargo —y sin embargo— esta masa torturada y atemorizada de animales había salido de los bosques, desnudos, ignorantes e indefensos; y en menos de diez mil años habían roto el átomo y soñaban en viajar por el espacio.

¡Diez mil años! En los enjambres no se había producido ningún cambio significativo desde hacia casi un millón de años, recordó Ushtu. ¿Qué no podía hacer la vieja raza? Impulsada por su propia soledad, alzándose por encima de sus

limitaciones, podía llegar hasta las estrellas y el día en que el sol se enfriara su historia se hallaría aún en el principio.

Solo que no lo harían. Pronto, en algún momento, dentro de aquella misma época, desaparecerían... aniquilados sin dejar rastro; destrozados; quemados y olvidados.

Un horrible sentido de vastedad e inseguridad universales creció dentro de Ushtu. Por su propio bien, por la supervivencia, los enjambres de su raza tenían que saber qué había extinguido a estos locos, pesarosos y magníficos seres, para que el pueblo de Ushtu pudiera proteger su inmutable felicidad contra ese peligro destructor. Su misión era más que curiosidad... era cuestión de la vida misma.

Se preguntó qué había sido de los dos primeros humanos que había conocido. Los pensamientos que recibió de ellos, comparados con la media de lo que ahora había experimentado, eran agudos y fuertes... neuróticos, pero difícilmente insanos. Habían tratado de matar a los agentes del Estado, sí... ¿pero no había la posibilidad de que aquellos agentes merecieran la muerte o por lo menos desearan matar a sus presas?

Si los dos estaban aún vivos, sería de gran ayuda volver a hablar con ellos. Mientras el breve día invernal se acercaba a su término, Ushtu tomó una decisión. Encontraría a los rebeldes.

Ushtu abrió la puerta barrada y cerrada con llave y entró en una celda tan pequeña que su masa empujó al hombre contra la pared opuesta. El apagado resplandor de su escudo de fuerza era la única luz. Los guardias, ante cuyos ojos había pasado sin que le vieran gracias a neutralizar sus retinas y nervios ópticos, estaban en la parte de fuera del gran bloque de celdas; puesto que los demás prisioneros aún estaban despiertos, Ushtu tuvo que hacer un ligero esfuerzo para dormirlos mediante ondas hipnóticas. Ahora estaba a solas con el que había deseado hallar.

El rostro macilento y manchado de sangre de Boris le miró con torpeza, sus rasgos destacados contra la espesa y movable obscuridad que le servía de pantalla contra la luminiscencia del proyector. Cuando él habló, su voz resultó inexpresiva.

—De manera que ha vuelto usted. No se trataba de un sueño.

Ushtu se acurrucó en el húmedo suelo, balanceándose sobre la cola y no miró a los ojos del humano. Había en ellos una expresión demasiado acusadora.

—Supongo que fue usted quien me paralizó —prosiguió Boris en el mismo murmullo plano—. A mí y a mí compañero. De otro modo habríamos tenido una pequeña oportunidad de escapar...

—No estaba familiarizado con las condiciones de este período —replicó Ushtu—. La sorpresa de ver cómo se intentaba asesinar me impulsó a la acción lo que quizás fue un error. ¿Pero dónde está el otro, Rojansky? Te pude encontrar por tu sistema característico de pensar, pero él no está en este edificio.

—No, no está. Se lo han llevado a alguna otra parte —dijo Boris—. Comprenda, es conocido internacionalmente... no pueden hacerle lo que harían a cualquier obscuro físico como yo. Además, padece del corazón; si muriera mientras le interrogan, eso podría ser una torpeza. Así que... —Se encogió de hombros.

Probablemente le tienen encerrado en algún lugar fuera de la ciudad para futura consideración de su caso.

—Pero, a ti... ellos te han... —balbuceo Ushtu.

—Oh, no mucho... todavía —la amarga sonrisa resultó bastante desanimadora—. He perdido unos cuantos dientes; quizás tengo un riñón suelto o desprendido Y, claro, estoy atontado. Pero ellos están bien seguros de que, no formo parte de ninguna conspiración importante, así que probablemente no me molestarán con muchas entrevistas antes de que me fusilen.

—¿Pero qué has hecho? ¿Por qué te tratan así?

Boris se encogió de hombros.

—Soy un enemigo del Estado.

—Eso está claro —dijo Ushtu con sequedad—. ¿Por qué?

—Oh... es una larga historia —la voz sonaba cansada—. Siempre dudé de la necesidad de muchas cosas que hizo el Estado. Me preguntaba por qué las otras naciones del mundo estaban compuestas uniformemente por monstruos sedientos de sangre y... bueno, hice preguntas aquí y allá.

»Todavía se pueden descubrir cosas, si se es discreto, y se sabe cómo abordar a las personas que poseen tal información.

»Mientras, como físico prometedor, se me colocó a trabajar en la energía atómica... militar, claro; no tenemos de otra clase. Mi trabajo durante una temporada consistió en leer periódicos científicos extranjeros; de esa manera, me familiaricé con una física que no estaba coloreada por la “utilidad social”. Entre otras cosas, me tropecé con algunos cálculos acerca de la conversión total de la masa en energía.

»Puede hacerse; lo sabemos. Hasta un kilogramo de materia puede ser casi instantáneamente convertido en pura energía radiante y cinética. Nuestro propio proyecto militar ha completado casi tal bomba. Un arma para destruir continentes, ¿eh?

»Estos cálculos, sin embargo, indicaban que tal acción no podía resultar segura. Se conocía que una cierta intensidad de energía iniciaría toda clase de reacciones en la materia circundante, pero nuestros científicos asumieron que el efecto podía ser rápidamente anulado. Aquel trabajo que estudié mostraba —por lo menos a satisfacción mía que existía una gran probabilidad de originar una reacción en cadena dentro de la atmósfera. Se necesitaría cerca de un minuto para que se atajase ese peligro y se cortaba la reacción... pero mientras, esta reacción habría dado la vuelta a la Tierra. ¡Una breve llamarada en todas partes; un pedazo de sol en cada uno de los pulmones de todos los hombres vivos; y luego... el fin!».

Boris permaneció sentado y en silencio durante un momento antes de proseguir:

—Naturalmente, llamé la atención de las autoridades sobre esto. De inmediato me dijeron que me callase. El proyecto se vería más adelante; sus propios hombres aseguraron que este aviso era pura propaganda. De acuerdo con los físicos políticos, de quienes se tomaba lo que afirmaban como verdad, tal reacción en cadena es

imposible. Vi sus cálculos y eran las matemáticas más chapuceras que jamás pude encontrar. Las creencias básicas estaban modificadas para dar los resultados deseados y... ¡Oh, al diablo con todo! —Su maldición era llana y cansada—. Traté de alarmar a mis colegas; me arrestaron por sabotaje. Mediante una combinación de suerte y desesperación, escapé, y fui en busca de mi viejo profesor y amigo, el único hombre en quien podía confiar... y entonces vino usted.

—Pero espere —objetó Ushtu—. No se puede estar tan locos como para correr el riesgo de destruir la humanidad entera y a sí mismo con ella. Un maniático suicida, simplemente no podría gobernar, las responsabilidades de...

—No es usted humano —dijo Boris—; usted no puede comprendernos. Un humano no tiene que ser adiestrado en la más rigurosa clase de pensamiento lógico... y ningún político o delegado gubernamental lo ha sido jamás... y tampoco puede convencerse de nada. El racionaliza el más frenético de los deseos, si su propio bienestar depende de eso.

»Y en este caso, así sucede. El país se agita intranquilo. Durante casi dos generaciones de gobierno del partido, las cosas han ido de mal en peor; las privaciones aumentaron; la tiranía se ha endurecido y la vieja excusa de verse cercados por un mundo hostil se ha debilitado. Porque aunque es cierto que las naciones exteriores odian y temen a nuestro Gobierno —sabiendo que es agresor, jaranero y despótico— no obstante no nos han atacado. Llevan esperando mucho tiempo; han reprimido una tentativa tras otra de agresión... por nuestros países títeres... pero no nos han atacado.

»Si la dictadura tiene que sobrevivir habrá guerra, y pronto. Pero se necesita una guerra victoriosa y creo que el Estado se da cuenta de su propia debilidad creciente. Por eso ese proyecto loco de la bomba conversora. Si, cuando se lancen a la próxima guerra, las cosas les van mal, lanzarán la única arma que saben que sus enemigos no pueden y no quieren tener. Porque incluso si los resultados de los físicos extranjeros son exactos... ¿qué pueden perder los hombres del Estado?

Ushtu se quedó sentado sin palabras, sin moverse, confuso en sus sombríos pensamientos.

¿Podría ser culpado por este horrible fracaso de la raza el no tener comunicaciones telepáticas, que la llevó a caer en el solipsismo y en la locura, y posiblemente en la falsedad y el autoengaño? ¿O había más?

Porque la mente humana tenía potencialidades que Ushtu no podía empezar a captar. Con la excepción del proyector de tiempo... y del respaldo general de conocimiento científico, no mucho más allá del hombre de hoy, que lo hacía posible... no había nada en las grandes mentes-enjambre que hubiese evolucionado en un millón de años en su civilización y que la vieja raza no hubiese adquirido en unos pocos cientos. Pero más que eso... era una gente que vivía.

Encerrada en una soledad eterna, a tientas a través de la ciega noche e impulsada por una diabólica energía que apenas Ushtu podía imaginar, la Vieja Raza vivía y

sentía y percibía con una intensidad que las plácidas mente-enjambre y los semiindividuos unilaterales comprendidos en ella, ni podían conocer ni entender. Esta Vieja Raza, estos seres humanos, reían y lloraban, pensaban trabajaban y jugaban, cantaban y amaban y odiaban con toda intensidad, y fuera de aquella infinita tempestad, alzaban un arte, música y literatura, que no tendrían parangón mientras las estrellas brillaran.

Su fracaso era enorme. Pero resultaba simplemente, que sus triunfos podían haber sido tan grandes como este fracaso ahora.

—Y usted es realmente del futuro —Boris sonrió con la comisura de los labios y sacudió su cansina cabeza—. Es raro que no me sorprenda, que lo acepte como profundamente natural. Supongo que en la víspera del Día del Juicio, deben esperarse sólo extrañas visiones.

Ushtu continuaba en silencio, todavía pensando.

—Usted no es ni remotamente humano —dijo Boris—. Así que aparentemente nosotros nos barrimos del mundo; ¿sabe usted algo de ello?

—Nada —contestó Ushtu con amabilidad—. La evidencia paleontológica es demasiado ligera. Sabemos que ocurrió cerca de esta época... pero no podemos, naturalmente, fijar la fecha con menos aproximación de algunos millares de años. Podría ocurrir mañana... o hace milenios, por cuanto nosotros sabemos.

—Mañana es un poco más cerca —la voz del hombre era triste—. Si la humanidad bordea esta crisis, yo más me imagino que habrá aprendido algo de decencia y sentido común.

Una súplica breve y desesperada brilló en sus ojos.

—Usted sabe más acerca de la naturaleza del tiempo que nosotros... ¿verdad que no es posible cambiar el pasado?

—No —dijo Ushtu con voz baja—. No es sólo empírico, sino una lógica imposibilidad. Un acontecimiento puede ocurrir y no haber ocurrido; según esa teoría, lo que constituiría una autocontradicción.

—Eso mismo, eso mismo. *El dedo que se mueve escribe, y habiendo escrito*. Son muchas ideas del viejo profesor acerca del libre albedrío.

—Sin embargo... —Ushtu buscó lentamente una conclusión—. Sin embargo, Boris Ilyitch, considera que nosotros no conocemos el curso predeterminado del inmediato futuro. Suponte, por ejemplo, que tu raza sobrevive este periodo. Podría fácilmente haber un término de diez mil años de vida antes de su definitiva extinción.

«¡Y si no perdieron el tiempo, quizás... pueden por lo menos haber hombres en los otros planetas, o entre las estrellas, para seguir adelante con la raza cuando la Tierra se haya quemado...!».

Boris se encogió de hombros.

—¡Sueños! ¡Sueños!

Los ojos de Ushtu se iluminaron con una lenta radiación física.

—No es así. ¡Por qué puede ser posible realizar eso!

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué quiere decir? —El humano se incorporó sobresaltado.

—Te he hecho más mal que bien, parece —dijo Ushtu decidiéndose—, y me gustaría recompensar ese mal que te hice. No deseo verte a ti y a tu pueblo sufriendo innecesariamente. Finalmente, si sobrevivís durante unos cuantos siglos, indudablemente realizaréis cosas más allá de las capacidades de mi propia raza... cuyos observadores del tiempo copian de los otros. Así que es mejor que se elimine esta bomba conversora.

—Pero..., pero...

—Si has analizado la situación correctamente —dijo Ushtu—, la destrucción de la fábrica de la bomba... yo me imagino que es una instalación grande y compleja, no reemplazable fácilmente... dejará este estado constituyendo todo menos una insuperable amenaza para el resto de la humanidad.

—Sí... sí, eso... Porque cuando descubran lo que ha estado sucediendo, las Naciones Unidas actuarán... y hay por todo el país una rebelión potencial que necesita sólo esa realización no material nacida por medios naturales... mucho más próxima al viejo concepto del alma de lo que los psicólogos de ustedes, actuales, parecen pensar.

—Según eso, la energía material que ustedes miden como acompañando al pensamiento, la voluntad, y a procesos similares, es sólo un subproducto; la verdadera acción de la mente no entraña transformación energética en absoluto. Y donde las consideraciones de energía no son únicamente determinativas del proceso externo, el sistema mental puede forzar el resultado para ser y tomar una más que otra de todas las posibilidades. Ese es el verdadero significado del concepto «libre albedrío».

Se puso en pie, una masa gigantesca en medio de la obscuridad.

—No tenemos que preocuparnos por la disparidad meramente material, amigo mío. Lo que importa es hacer ese trabajo ahora.

La mente de Ushtu se extendió, palpando, tanteando, hurgando en las torturadas profundidades de las almas humanas que le rodeaban. Al cabo de pocos momentos, había localizado a un guardia de servicio que odiaba su trabajo, que le unía al Estado, y que esperaba un milagro.

El torbellino de muchos años cristalizaron de pronto en una decisión. Había una gran paz dentro del guarda.

—Perdóname —dijo a su contrincante partida de ajedrez—; he de ir a un sitio...

Cruzó una puerta, dobló en torno al bloque de celdas y entró en él por la parte trasera. Sabía que el nuevo prisionero era un científico; pudo escuchar fragmentos del salvaje interrogatorio anterior de aquel día y como entonces sus dudas se agitaron, ahora de pronto había decidido que tenía que hacer a aquel hombre unas cuantas preguntas por su parte.

—Petrov —susurró desde fuera de la puerta—, Dr. Petrov.

Boris se adelantó, cogiéndose a los barrotes de la celda. Ushtu no quedaba a la vista, pero era él quien condujo el coloquio de cinco minutos. Al final el guarda abrió con llave la puerta de Boris.

—Vamos —dijo en silencio—; y que la Providencia nos acompañe.

Boris no pudo decir si la deleidad caminó junto a ellos o no lo hizo. Pero Ushtu sí que estaba allí, extendiendo el sueño y la inconsciencia como un velo en su torno, él mismo invisible para todos, excepto para un hombre. Los demás prisioneros dormían; no hubo alarma. Cuando los rebeldes llegaron a las porciones exteriores de la cárcel, los diversos centinelas —por el más improbable de los milagros— no miraron hacia los rincones exactos en donde Boris y Ushtu estaban plantados. Dejaron pasar a su colega cuando les dijo que tenía una misión... entonces, de manera igualmente improbable, todos miraron en otra dirección cuando sus dos compañeros, los fugitivos, pasaron por su lado.

Los tres salieron a la noche que era dura y cruel de frío, viento y nubes que soplaban desde el este con la nieve girando al caer en las calles vacías. Se estremecieron de frío y corrieron la mayor parte del camino hasta que encontraron un coche aparcado al exterior de un edificio. En él habla un conductor militar. Ushtu le hizo dormir mientras Boris y el guardia Yakov se acercaron; no se movió hasta que brazos poderosos le rodearon el cuello y entonces ya fue demasiado tarde para los movimientos.

El coche rugió por las calles de la ciudad en un torbellino de prisa desesperada, saliendo hacia el aeropuerto. Frenó ante la puerta principal, y los centinelas, ordinariamente recelosos, allí apostados dejaron que los dos hombres y el monstruo invisible cruzasen... obedeciendo simplemente a la palabra de que tenían una misión

urgente. Quizás el hecho de que uno de los hombres llevase uniforme de la policía secreta, tuvo algo que ver con ello. O puede que...

No era noche para velar, pero un reactor militar estaba calentando sus motores dentro del hangar. El mecánico principal decidió de pronto que era un buen momento para que alguien despegara y que por tanto pudiese ordenar a sus subordinados que preparasen la máquina para hacerle una prueba. Pero cuando un hombre con el uniforme de policía secreta apareció y le pidió el avión, nadie protestó... aunque, ordinariamente, habrían estado alerta, y consultado con una autoridad superior.

Boris que, como reservista, tenía alguna experiencia, tomó los mandos y el reactor surcó los aires. Cuando estuvo por encima de las nubes, a la escalofriante y fría claridad de las estrellas, tomó rumbo éste hacia la gran planta convertidora. Era uno de los pocos que conocían su situación; había estado allí varias veces.

Yakov, no viendo ni sabiendo que una criatura iba con ellos, no podía creer que todo se hubiese producido con tanta facilidad. Permaneció sentado y boquiabierto mientras Boris aumentaba la potencia de los motores y dejaba tras de sí el estampido de un trueno.

—¿Por qué lo hice? —murmuró—. Debo estar loco. ¿Cómo lo hemos logrado?

Media hora más tarde, el reactor descendió por encima de la masa extensa de la fábrica.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Boris, y su rostro se retorció con la tensión—. Ahí abajo hay muchos cañones antiaéreos.

—Sí —murmuró Ushtu—. Un momento.

Se inclinó hacia adelante, una sombra más, carente de todo sentido de humanidad, volando por el firmamento de un mundo que había muerto antes de nacer. Con sus percepciones sensitivas reunidas a su manera, notando cómo los átomos estallaban allá abajo, analizando, calculando, llegando a un resultado final escalofriante.

Una bomba, incluso pequeña que cayese precisamente en aquel punto, destruiría el circuito y cerraría un conmutador que destruyendo al mismo tiempo cierto recipiente, enviaría a toda la fábrica en pedazos por la estepa.

—¡Ahora! —dijo.

La bomba cayó, Boris hizo que el reactor saltase hacia el cielo en busca de seguridad.

Durante los momentos en que caía la bomba, Ushtu pensó mucho. No había motivo alguno para que pensase de pronto en su propia época, en su casa; los fríos desiertos brillantes y las herbosas montañas asomando en un cielo sin nubes; los enjambres y cachorros y Chutha, su bien amada, y la profunda maravilla de formar parte de algo. Pero así lo pensó Y el recuerdo de su hogar fue un dolor fiero y ciego dentro de sí, y quizás gritó al caer la bomba.

El cielo flameó lívido. Durante un momento las estrellas desaparecieron; el firmamento fue un cuenco de latón incandescente y un infierno blanco azulado de radiación, corriendo en estampida por las llanuras invernales en contra de un

horizonte tembloroso. Nómadas, a cien millas de distancia, vieron la columna de luz alzarse al borde del mundo y aullaron tratando de aplacar al furioso Dios nuevo, cayendo de bruces sobre la nieve en muda adoración. Luego vino la obscuridad y la columna de humo y polvo de furia rugiente, subiendo y subiendo hasta que tapó a Orión y surgió entre las constelaciones. Los sismógrafos se volvieron locos en todo el planeta.

Nunca se pudo saber si Ushtu tuvo un brevísimo instante de consciencia antes de desaparecer, si se dio cuenta, que él y su mundo habían servido su propósito; y sí, en aquella gran angustia, aún recordó su casa y a Chutha. ¿Es posible que un ser puede saberse a sí mismo parte de una cadena casual de autoanulación?

Lo más probable es que se diese cuenta de la nada; porque, después de todo, nunca había existido realmente.

Boris y Yakov se miraron uno a otro con creciente maravilla, muy alto en el firmamento, por encima de las ruinas del sueño de un tirano. Apuntaron el reactor hacia la más próxima frontera.

—Si dudas que la Providencia pueda cambiar e curso de los acontecimientos —dijo el filósofo—, necesitas sólo echar un vistazo a esa fantástica serie de aparentes accidentes, de coincidencias y de sencillos milagros que ha hecho posible para ti detener la carrera del hombre hacia el suicidio. Yo no deseo despreciar tus consecuciones, Boris, pero... bueno, considéralo. Era improbable en primer lugar que, después de escapar, tú pudieses, en un momento de histeria disparar contra algún enemigo imaginario y al hacerlo así atraer a la policía sobre nosotros y que nos quedásemos también paralizados por el desastre e incapaces de hacer ninguna resistencia efectiva. Pero la súbita decisión de tu amigo Yakov de libertarte, es un impulso que él mismo nunca ha sido capaz de explicar. Violaba todo sentido común y eso (a través de la secuencia más increíble de fallos, negligencias, descuidos, rebeliones y sueños, por parte de un hombre tras otro) hizo que vosotros dos fueseis capaces de escapar y de robar aquel reactor, demuestra simplemente, que el destino, o la suerte si lo prefieres, sobrepasa todo sentido común. ¿Eh? Y que tu bomba dejada caer a lo loco, diese precisamente en donde estropearía todo el asunto y matara a una pequeña cantidad de hombres clave que estaban cerca, ¿no te hace creer en ángeles de la guarda?

»Claro, los acontecimientos que siguieron y que condujeron a nuestra última liberación resultaron bastante lógicos... pero precisamente ese instante crucial en el que te imaginaste triunfar y que apenas puede ser explicado, excepto si recurrimos a alguna especie de ayuda sobrehumana.

—Pero yo creí que usted dijo una vez que la intervención divina implicaba la reforma del plan inicial por parte de la deidad —objetó el físico.

—Perfectamente. Yo no creo en el milagro viejo estilo, no —el filósofo fumó

satisfecho su cigarro—. Por otra parte, si el hombre tiene libre albedrío, es necesario alguna especie de sistema de control divino para mantener nuestras inteligencias nítidas para impedir que hagan un lío demasiado grande con las cosas.

—Ya vuelve otra vez —se quejó el físico—. Ya le he dicho que el libre albedrío es una ilusión, que crece de nuestro imperfecto conocimiento de la psicología... que entre otras cosas viene de los principios de la casualidad y de la conversión de la energía.

—Clerk Maxwell pensó de otro modo —dijo el filósofo con suavidad—. Sugirió una vez que hay tiempos cruciales cuando dos o más acontecimientos son igualmente posibles. Como el electrón darwiniano que te mencioné. La casualidad universal es una noción que la ciencia, incluso desde Heisenberg, ha tenido que abandonar; y la simple energía y las consideraciones momentáneas no detenían únicamente el desarrollo de todas las situaciones.

»Aquí tenemos, decía Maxwell, que el libre albedrío puede encontrar su lugar. Sin gastar energía por si misma, la mente puede ser capaz de actuar como factor determinante para zanjar cuál de las diversas posibilidades ha de ser realizada en la actualidad. ¿Vamos a utilizar la energía atómica para destruirnos... como nuestros últimos gobernantes parecían querer... o para construir un mundo en que se pueda vivir, como la ONU trata ahora de hacer? Yo no pienso que un simple análisis de energía momentánea... incluso electrón por electrón... revelara cuál es o cuál ha de ser la actual decisión; las partículas individuales no están sujetas a la casualidad. No, se tiene que añadir un factor extra, y ese es el factor que yo llamo libre albedrío.

—Pero en ese caso —dijo el físico—, su Providencia ha abierto las puertas del caos. Porque entonces, los hombres podrán hacer cuanto quieran y lo más probable es que se pierdan olvidándose y apartándose de cualquier plan divino ya creado. En serio, ¿cómo puede usted reconciliar su creencia del libre albedrío con su creencia de que el universo tiene un propósito definido... un destino?

—Porque mi estudio de la historia, me ha convencido de que vamos a algún lugar y aunque las cosas de vez en cuando aparezcan desesperadas, alguna improbabilidad ocurre para salvarnos —replicó el filósofo—. Piensa en tu propia y fantástica experiencia, como un ejemplo entre muchos. ¿Eh?

—No, no creo que la Providencia tenga, que intervenir personalmente para salvarnos de nosotros mismos. Pero creo que... Él... ha instalado un..., un gobernador, un sistema de reivindicación negativo en el universo, para que las ofensivas partidas y separaciones del plan, necesariamente, provoquen sus propias medidas correctivas. Tenemos libre albedrío... tenemos que salvarnos a nosotros mismos... pero estamos guardados contra que nos arruinemos o nos destruyamos nosotros también.

—Eso es una forma de la teleología, ¿verdad? —preguntó el físico.

—No del todo —dijo el filósofo—. La teleología, es, poco más o menos, la idea de que el futuro puede tener una influencia casual en el pasado. Mis propias creencias

me requieren tal presunción.

—Aún así —murmuró pensativo—, el concepto abre algunos aspectos fascinantes especulativos.

Entonces sería posible para un hombre hacer cualquier cosa antigua y evolucionar los futuros no predestinados. Pero el gobernador del destino empezaría a operar; y estos mismos futuros influirían al pasado, de tal manera, que ellos mismos no pudieran llegar nunca a plena existencia. Eso podría ser el principio actual de la realimentación, ya se sabe: cualquier cadena de acontecimientos no acordes con el destino total, debe adaptar necesariamente su propio pasado y así anular su existencia.

—Ahora —rezongó el físico—, va usted demasiado lejos. Usted cae en la autocontradicción. O una cosa ha ocurrido o no ha ocurrido; la lógica no admite una clase intermedia de semirrealidad. Estos futuros hipotéticos autoanulantes suyos nunca han, y nunca podrán existir.

El filósofo asintió con curiosa amabilidad.

—Sí —dijo con voz tranquila—, sí, en eso debes tener razón; nunca existieron.

La mente del mañana

Lester del Rey

I

Paul Ehrlich alzó la vista de sus pastelillos a tiempo de ver cómo su padre salía disparado de su silla y se encaminaba a la cocina. Mediante el despellejarse las espinillas contra la pata de la mesa, apenas logró coger al viejo del brazo y obligarle a sentarse de nuevo. El agudo dolor no contribuyó en nada a disminuir su irritación.

—Maldita sea, Justin, ya te dije que dejases de molestar a Gerda y lo dije en serio. Ya tiene bastante trabajo ella en hacer su tarea dentro de las dieciséis horas para que tú vayas a alterarla. ¡Ahora siéntate y come... y déjala en paz!

—¡Algún día, Paul, te demostraré que aún puedo darte una buena tunda! —Justin Ehrlich se dejó caer en la silla, pero la expresión rebelde permaneció en su rostro—. ¡Esa mantequilla está rancia! ¡Le dije que no tomaría mantequilla rancia!

—Entonces prescindirás de ella, a menos que quieras construir un separador de crema, para que la leche no tenga que esperar demasiado hasta que la crema suba. No se puede sacar mantequilla dulce de crema rancia. ¡Además, la mantequilla es un lujo; bastante suerte tenemos con poseer vacas!

—Sí. Pero sin embargo, necesitamos conseguir un toro —Harry Reassler rebañó la última porción de jarabe de remolacha con un pedacito de pastelillo y señaló sombrío por el cristal tosco de la ventana al mundo exterior a la casa de adobes y troncos—. No es el mismo mundo en que yo nací, señor Ehrlich, Mi esposa lo intenta, claro, pero sólo tiene dos manos. Vamos, Paul, será mejor que nos pongamos a trabajar en ese tejado de granero.

Paul asintió y siguió a su socio al exterior, con una sensación de alivio al dejar atrás las contrariedades de su padre. El viejo debía estar empezando a chochar, si lo que se imaginaba que significaba la palabra chochar era correcto. ¡Quejas y reniegos! Llevaba una vida que hubiera sido el cielo para la mayor parte de la gente que seguía viviendo... y pocos hombres de más de cincuenta años se incluían en ese grupo. Volvió a sacudir la cabeza y empezó a cortar tablas de madera de pino, mientras Harry enderezaba los clavos de su mohosa y reducida colección.

Hubo un tiempo en que su padre casi le pareció un dios y tuvo que admitir que su presente riqueza era en parte debida a sus propios esfuerzos. Justin había huido a la isla McQuarie cuando previo el estallido de la V Guerra y su provisión para la estancia demostró ser tan adecuada como su selección de retiro había sido prudente. Durante veinte años había continuado allí su investigación, hasta que la guerra se extendió de las naciones a los pueblecitos y se apagó. Y sólo entonces consintió en emprender el peligroso viaje de regreso.

Pero por muy bien que hubiese previsto las consecuencias de la guerra, rehusó sin embargo a adaptarse a ellas, una vez hubieron vuelto y desde entonces la carga recayó sobre Paul. Diecinueve años de un infierno de energía material habían hecho

el peor de los trabajos; el hambre mató a la mitad de los sesenta millones de supervivientes del mundo. Ahora habían retrocedido hasta una tosca mezcla de primitivos exploradores y granjeros normales, y la vida seguía. Por lo menos había tierra suficiente, mucha parte de ella aún buena, aunque las herramientas agrícolas habían sido casi totalmente destruidas.

Sin embargo, Paul se había desenvuelto bastante bien. En los dos años desde que el bote llegó a muelle y comerció consiguiendo otras cosas, había vagabundeado por la comarca, traficando por el camino hasta la mediana seguridad de aquel lugar y arrastrando a su padre consigo. Y ahora, después de tres meses de sociedad con los Raessler, Justin...

—¡Paul! Maldita sea, Paul, ¿dónde estás?

¡Oh! —El viejo vino furioso doblando la esquina del granjero, maldiciendo a los escombros que pisaba e interrumpiendo las amargas meditaciones de su hijo—. Creí que me habías dicho que mi equipo llegó ayer. ¿Dónde diablos lo has escondido?

Paul hizo una mueca mientras fallaba el golpe de hacha y estropeaba una presunta plancha del tejado.

—En el cobertizo. Los hombres estaban demasiado cansados para seguir llevándolo más allá, después de haberlo transportado remontando el Snake River. ¡Y basta de renegar! ¡Tienes suerte de que hayamos podido pagar porque hicieran ese trabajo; yo no habría peleado con las aguas del Snake ni por diez toros y un tractor!

—¿Suerte? ¿Por qué te piensas que escogí la mercancía para comerciar antes de que me escondiera? ¿Por qué desperdicié la mitad de mi tiempo haciéndote estudiar los libros de agricultura que me llevé? ¡Suerte! ¿Crees que no veía lo que iba a venir? Aunque jamás pensé que elegirías un sitio olvidado de Dios como este. Ahora, si yo...

—Claro —le interrumpió Paul—. Lo sé... ¡habrías redescubierto el Paraíso con ferrocarriles! Cuando encuentres mejor tierra, un sitio más seguro, o alguno en donde la gente haya vuelto a medias a la normalidad, iré contigo. Sólo me costó dos años encontrar esto... ¡Tus chismes están en el cobertizo, papá!

Justin rezongó y luego se fue apresuradamente, murmurando algo acerca de la condenada impertinencia, mientras Harry le miraba con un ceño de duda.

—No deberías hablarle así a tu padre, Paul. Después de todo él tuvo más vista que nosotros. Algún día probablemente poseerás todo Idaho, tan pronto como llegemos un poco más adelante. Ahora, tenemos que cultivar el terreno de cualquier forma, pero por lo menos tú tienes conocimientos. Huir de la lucha no hizo que el resto de nosotros aprendiese cosas útiles.

—Si lo sé, Harry, pero... Sigamos con el tejado. Hay muchas cosas que remendar aquí.

Estaban a mitad de camino de la subida de escalera cuando una serie de gritos penetrantes procedentes del cobertizo culminó en un aullido final y la figura de Justin salió torrencial hacia ellos. Paul suspiró cansino, haciendo un gesto a Harry para que

siguiere subiendo y comenzando a bajar para enfrentarse a la furia. ¡La paz, era maravillosa! No sólo el viejo no trabajaba cuando se necesitaba con urgencia cada mano disponible, sino que hacía imposible que los demás trabajasen a su lado.

—Está bien, ¿qué ocurre? —preguntó mientras se dirigía hacia la puerta por la que su padre había vuelto a retirarse.

—Mira. ¡Estropeado! ¡Absolutamente estropeado! ¡Yo mismo embalé esa máquina de escribir y ahora mírala!

Era todo un panorama, de acuerdo. Aparte del chasis roto, de las teclas torcidas y de una masa caótica de palancas y de alambres, en nada se parecía a una máquina de escribir.

—¡Si llegó a ponerles las manos encima a tus transportistas! ¡Hervirlos sin aceite... plomo derretido en sus zapatos... los freiré...! ¡La única máquina de escribir que tenía y mírala!

El muchacho hizo una mueca, soltando una risita al ver la furia de su padre.

—Si quieres nadar por el Snake abajo, tras ellos, adelante. Pero probablemente te resultará más práctico que escribas a mano.

—¡Qué! —Justin se detuvo en lo alto de su grito, cerró la boca y con el evidente y maestro control que necesitaba para gobernar a los niños, obligó a su voz a que fuese razonable—. Tendremos que conseguir otra. Boise ha sido encontrado, pero creo que esto fue lo peor y nadie busca máquinas de escribir. Me llevarás a Boise mañana y excavaremos y hurgaremos hasta que encontremos una.

Volvió a meterse en el cobertizo y comenzó a repasar sus otras pertenencias, mientras Paul regresaba hacia el granero y el sentido común a Harry. ¡Esa última petición, cuando los campos necesitaban siembra y cultivo, sería demasiado fuerte para que se la tragase incluso Raessler! ¡Y un cuerno con Boise!

Pero sorprendentemente, Harry contempló el asunto de manera distinta. Frunció el ceño y se puso pensativo, encendió un cigarrillo antes de responder.

—Mejor que vayas, Paul. Cuando un brujo quiere maquinaria, quizás es buena idea proporcionársela.

—¿Un qué?

—Un brujo... un tipo que se dedica a los encantamientos y a la magia; como los que solían enviar fantasmas a luchar contra los soldados. No, no es verdad, tú no lo sabes... no estuviste allí. De cualquier manera, la gente de los alrededores se imagina que tu padre es un brujo, una cosa muy delicada para tener de tu parte, los brujos. Será mejor que le lleves; yo sembraré las patatas y Gerda quizás me ayude.

—La magia es una tontería —le dijo sombrío Paul—. Tus fantasmas eran probablemente alguna tosca forma de invisibilidad. Yo no aprendí demasiado de la vieja ciencia, pero sí sé lo bastante como para no caer en tales cosas. Y no iré a Boise. Vamos, terminemos ese tejado antes que haga demasiado calor aquí arriba.

Gerda tenía bastante que hacer sin sembrar patatas y Harry ya estaba trabajando más de lo que le correspondía. Si Justin quería perder el tiempo que lo perdiese solo.

II

No hacía viento en Boise y el sudor corría por el rostro de Paul cuando se dejó caer dentro de la sombra de la carreta y comenzó a desenvolver el almuerzo que Gerda había preparado. Justin rebuscó por entre unos pocos montones más de escombros y se le unió. Con una voz el viejo había hecho más de lo que le correspondía; estaba lo bastante cansado para tragar tres bocados de su bocadillo antes de escupirle y maldecir.

—¡Manteca rancia! ¡Le dije a Gerda que no quería manteca... está absolutamente seca, como su asqueroso pan!

—Cogiste mis bocadillos, los tuyos están en la otra bolsa. Y Gerda es una estupendísima cocinera —Paul regó su bocadillo con la caliente y amarga cerveza casera y estudió los escombros de la antigua ciudad con una gran expresión de dudas—. Esto ya ha sido saqueado y no tenemos la menor idea de dónde mirar. Por pura suerte que encontráramos la lata de ANTU; si mata las ratas como dices, el viaje habrá valido la pena. Pero no hallamos nada más. ¿Por qué no nos vamos?

—¡Por qué no encontraría una máquina de escribir! ¿Qué es eso?

Paul sacudió la cabeza y le entregó la cosita.

—A mí que me registren. Esperaba que tú supieses darle algún uso. Es una latita de un aspecto muy gracioso.

—Umm. Un revelador magnetrónico de memoria, aparece, por debajo del polvo y la suciedad que le cubre. Ajajá, lo es —Justin le miró dudoso, comenzó a deshojar y luego lo volvió a mirar con nuevo interés—. ¿Sabes lo qué es, o lo has olvidado?

De algún lugar de su memoria, Paul extrajo una idea general. La ciencia había tropezado con ella accidentalmente, poco después de que la corriente magnética fuese vuelta a descubrir y utilizada. Una suspensión coloidal de metales, en una jalea de siliconas quedaba provista de nodos; entonces conectando dos nodos cualquiera, quedaba un lazo conductor permanente a través de la gelatina, igual que dos hechos causan un lazo permanente entre las células cerebrales. Se podía enseñar por experiencia, después de un tiempo, puesto que los enlaces se hacían increíblemente más conductivos con la utilización. Había demostrado ser una cosa completamente satisfactoria para substituir los reveladores telefónicos. Justin asintió.

—Y las máquinas de sumar. Este asunto es uno del sistema de dos nodos, según deduzco. En su mayor parte, todas las máquinas comerciales se vendían en el mismo lugar, así que espero que seas lo bastante brillante para acordarte de dónde lo encuentre.

Les costó mucho menos de media hora excavar el agujero detrás de la carreta, unos seis pies adicionales a través de los blandos escombros. El pico de Justin tropezó primero con el cemento, y no había nada débil en su ataque sobre un círculo

de cuatro pies; los brazos del muchacho le dolían de quitar escombros y de apartar el cemento, cuando éste se rompió finalmente. ¡Su padre desapareció en medio de una lluvia de polvo y maldiciones!

—¡Uff...! —Hubo un fino vigor en los reniegos, así que no se había hecho mucho daño y un segundo más tarde apareció la cabeza del anciano—. Vamos, nos hemos encontrado con unos sótanos que se nos pasaron por alto. Huelen mal, pero el aire se está renovando. Échame la linterna... humm dos bodegas, un andamiaje de madera rajada entre ellas. Hay una escalera por aquí, aunque para alcanzarla tendré que pasar por el agujero.

Pero Paul no perdió tiempo en esperar que le pusieran la escalera. Había visto apilada una serie de herramientas, hachas y rastrillos. ¡Hachas y rastrillos!

Abrió otra caja, revelando inútiles mangos de pico, pero en una estantería mohosa estaba el incalculable tesoro de herramientas de diversas, clases. No era mucho, puesto que la bodega parecía haber quedado en el borde mismo del rayo energético... pero lo bastante para dejarle sin habla mientras se daba cuenta de la gran suerte que acaba de tener.

Justin gruñía, al no ver nada que le interesara. La ajada sección del tabique de madera se rompió y cedió con unos cuantos golpes de su pico y penetró por el agujero. Paul llegó en respuesta a su grito pero allí no había más que montones de papel podrido y grandes libros de especie indefinida. Entonces su padre salió de un armario y señaló a un túnel en ruinas, con el suelo de tierra por debajo de la capa de cemento, que corría a lo largo del tabique de madera.

Solía ser esto un depósito de suministros y un almacén para el negocio de máquinas comerciales del piso de arriba. ¡Mira esa caja! ¡Una de las dos máquinas de sumar de donde vino el chismecito de antes! De nada sirve sin generadores magnéticos, pero si pudiésemos sacarlo...

Paul se volvió a sus tesoros.

—Sácalo tú. Si yo tengo tiempo después de haber cargado las herramientas, volveré y te ayudaré; aunque me parece que está muy estropeado para que lo puedas utilizar. A menos que consigas tiempo libre para buscar ayuda.

Pero como siempre, la idea de Justin de la cooperación era seguir sus propios intereses y el sonido del pico y de la pala prosiguió, mientras Paul preparaba una palanca para izar hasta arriba toda la mercancía, preciosa para él. Cargó por sí mismo la carretera, jurando ante lo ineficiente de la grúa y volvió para encontrar que no había nada más utilizable, aunque exploró con el pico en el apretado montón de escombros.

—¡Vamos holgazán, Paul, deja de haraganear y échame una mano! —Su padre estaba prácticamente bailoteando en el agujero entre los cimientos, los labios sucios de sudor y polvo, pero su voz tan imperiosa como siempre.

Por el momento, sin embargo, Paul estaba demasiado complacido para dejar que aquello le irrigase y siguió al otro en su retorcido y peligroso túnel, para llegar hasta

una caja abierta que contenía lo que evidentemente fue una máquina de escribir en muy mal estado.

—De teclado antiguo, inútil —dijo Justin, mientras sé detenía para meter las manos por debajo—. El teclado de Dvorak fue normal durante cincuenta años y aún siguen haciendo esos chismes. ¡Malditos reaccionarios! ¡El bueno está presente más allá, mira! ¡Ahora si tú! ¡Ug! ¡Ug! Lo sacaré y luego hay otro cajón que he encontrado a tu lado del tabique... es sólo maquinaria, pero puede utilizarse. ¡Toma! ¿O puedes hacerlo deslizar por ti mismo?

—Quizás. Sí, creo que sí... ¡Uf! ¡Mejor será que lo rompamos y dejemos el embalaje!

—¡Y perder la mitad de las piezas al abrirlo! ¡No digas tonterías! —El viejo gruñó abriéndose paso por lo peor del túnel, ahorrando el aliento para maldecir juiciosamente, hasta que ambos estuvieron a nivel del piso—. Quizás haya más género aquí... por lo menos éste es uno de los pocos sitios que los saboteadores se pasaron por alto. Cuando subamos esto, lo cargas y yo cubriré nuestras huellas. Entonces quizás, si dejas de oponer objeciones malditas al mejor criterio de tu padre, te diré yo por qué necesito tener una máquina de escribir.

Lo hubiese hecho muchos años antes si no hubiera sido tan infernalmente curioso.

Pero Paul estaba escuchando con solo la mitad de su capacidad cuando el trabajo se hacía y ocupó su lugar junto a las dos vacas que eran a la vez animales de leche y de tiro. Su padre estaba sentado en el gran cajón, con su preciosa máquina de escribir en las manos, casi en paz con el mundo, y las ruedas de la carreta, sacadas de un antiguo camión, saltaron y traquetearon por las ruinas que fue antes un camino que conducía hasta la hacienda. Su mente estaba más interesada con la carga que con la historia.

Palta de toda justificación, exageración y distorsión, la cosa era bastante sencilla. Su padre en apariencia había tenido a un mecanógrafo copiando, su material dictado y los errores normales —o anormales, según le dijo— le habían llevado a una pelea. Hubo una demanda judicial, otra pelea, un brazo roto para el mecanógrafo y una amonestación a Justin para que dejase de maltratar al mecanógrafo insistiendo en que su máquina podía hacer un trabajo mejor.

—Y ahora, por el señor Harry, con una máquina de escribir decente, voy a demostrar de una, ves para siempre y a todos, que ese mecanógrafo era lo que le llamé. Paul, vas a ver lo mecanografiado que cualquier editor apreciaría. Sin errores, sin borrones, sin equivocaciones y sin comerse pasajes enteros. ¡Acabaré el libro y lo terminaré bien!

Paul soltó una risita.

—¿Quieres decir que pasaste veinte años con eso... todo el tiempo y todos los jaleos de la isla? Sí, es natural, aunque admito que probablemente es por eso por lo que estamos vivos hoy. Demasiado mala gente, no era lo bastante rica para sacarte y matarte como lograste hacer al esconderte.

—No te olvides, ricos y listos lo bastante —le corrigió Justin con relativa amabilidad. Su triunfo era aún importante para él—. Y si lo hubiesen sido, se hubiesen visto en grandes jaleos. Consigue cien personas y tendrás una administración; una vez con eso y verás como todo crece hasta unirse a la guerra para cubrirse uno mismo. Claro que pasé veinte años... hubiese pasado un millar, si los hubiese tenido. ¡Le dije que mostraría que era todo cuanto le llamé, y lo haré!

—Es difícil, Justin. Ha muerto. Quizás puedas encontrar a sus herederos, pero no creo que tengas muchas suerte... ni aún pasándote veinte años más. ¡Arre, «Bessy»! —Guió a las vacas rebordeando un bache del camino, notando cómo se quejaban, pero decidiendo que podrían hacer un alto de tres horas para ser ordeñadas, probablemente. Podía desperdiciarse algo en el ordeño, tardío, pero ya estaban a mitad de camino de su casa.

El tono de triunfo de Justin le cortó en seco el curso de sus pensamientos y le hizo prestar atención a su padre.

—¿Crees que estoy loco, Paul? ¡Ya te dije que yo no era uno de esos blanduchos petrimetros modernos! ¡El muy cerdo tenía una hija... una chica maravillosa, hijo, maravillosa; que me apreciaba! No, no tendré dificultades en encontrar a su heredero. ¡Tú lo eres!

Paul sacudió la cabeza, pero se unió a la carcajada del viejo. Por un momento pudo sentir una forma distorsionada del viejo temor que tenía por su padre, aunque sabía que la situación era ridícula. Quizás Justin era un brujo; por lo menos todo el asunto de Boise lindaba en lo milagroso.

Harry Reassler pareció estar de acuerdo, cuando dio un vistazo al carro cargado y comenzó a enjaezar sus otras dos vacas mientras descargaban la mayor parte del cargamento. ¡Definitivamente un brujo y bien notable! ¡Si el señor Ehrlich quisiera, quizás tuvieran la buena suerte de encontrar por allí a los comerciantes de quienes él había oído hablar e incluso efectuar un buen negocio! Gerda salió y sonrió con timidez, asegurando al anciano que no había mantequilla en la cena que le había preparado, y todo fue dulzura y alegría.

Claro que no podía durar. Una fuerte lluvia pilló a Harry y Justin de regreso, y estropeó todos los planes de excavar en Boise al hacer impracticables los caminos. Su triunfal adquisición de todo el género de los comerciantes —un toro, tres caballos y unas cuantas gallinas y pollos— perdió algo de sus placeres cuando el garañón se comportó como un asesino y las dos yeguas medio muertas de hambre demostraron estar sin domesticar.

Luego, por la mañana, Justin inventó un tostadero, y al ponerlo en funcionamiento descubrió que la crema para sazonar su malta estaba poniéndose rancia. Todo volvió a la normalidad de golpe. Gerda se retiró a la cocina llorando y Paul envió a su padre a su cuarto con palabras que medio lamentó y medio deseó hubieran sido más fuertes.

Ahora Harry volvió del campo y le cortó el hilo de sus pensamientos con una

mirada sombría hacia las nubes que se apiñaban en el cielo.

—Mejor será que volvamos, Paul. Es inútil sembrar más cuando va a llover. Bueno, necesitamos el género, por lo que si no podemos extender la sementera más igualadamente...

—Sí. Pregúntale a mi padre; él es el experto en poner o quitar obstáculos —Paul había empezado a olvidarse de todo bajo el zumbido del aparato sembrador, pero lo recordó todo mientras se encaminaban a la casa—. Humm, ¿qué quería el tipo aquel de Payette? Discutisteis cerca de una hora.

—Quería comprarnos nuestra segadora estropeada, para reparar una que hallaron ellos. He estado aguantando en espera de una oferta mejor, pero ya no necesitamos nada de lo que tienen... así que voy a cambiarles un par de sierras de cruz rotas y unos pedazos de hacha, por su género. Diablos, con eso podemos tener una sucesión de cambios y cambalaches que permitan mejorar esta sección, una semana de trabajo para un día de uso de la segadora... Y, Paul, no te olvides que fue tu padre quien nos consiguió todo eso. No nos ha costado a nosotros ni una hora de trabajo y tampoco él nos debe más cooperación. Ya te dije que era buena cosa tener un brujo.

—¡Pero le debe a Gerda una infinidad de palabras educadas! Maldita sea, no me importa demasiado que haga o no su trabajo, aún con nuestra repentina suerte, pero no puedo soportar el que vierta y veneno sobre vosotros dos.

—Sí. Es un poco demasiado duro con ella, teniendo en cuenta el chico que esperamos. Pero en general, ella se alegra de que el viejo esté aquí. Nos estamos haciendo demasiado ricos y ese rumor se extiende por los alrededores. Los bandidos pueden oírlo y tú despertarte muerto una mañana... a menos que se enteren también de que tienen un brujo, lo que les hará mantenerse alejados. Sigue tú, yo desengancharé las vacas.

La lluvia empezaba a caer, pero ellos estaban casi llegando al granero y un sonido como detonaciones de escopeta de máquina de escribir llegó hasta sus oídos. Harry inclinó la cabeza para escuchar, con el temor del hombre que apenas sabe leer, deletreando las palabras, pero no hizo el menor comentario.

Paul se quedó algo sorprendido por la velocidad de la máquina de escribir, cuando entraba en la casa y comenzó a llenar despacio un depósito graduable de lo que podía ser eventualmente un sembrador de maíz. Su padre debía haber perfeccionado algún truquito de prescribir sobre cinta corregible con la que alimentar a la máquina con el texto acabado; no había dedos humanos que se pudieran mover con tanta rapidez. Era ingenioso, pero no valía la pena de haber pasado en eso veinte años de trabajo; cualquier ingeniero habría mirado con desdén a quien empleara en lo mismo más de una semana. ¡Y había pensado que su padre era un científico!

Sin embargo, podía haber tenido justificación siempre cuando el libro contuviera alguna nueva teoría matemática que necesitara una seguridad absoluta y una libertad de verse libre de errores mecanográficos. En vez de eso, era una novela, una novela romántica y ñoña de las que se publicaban antes de la guerra en ediciones populares,

cuando aún habían editoriales y gente con tiempo libre para dedicarse a la lectura como escape a sus preocupaciones cotidianas.

Paul rechinó los dientes y con un esfuerzo se obligó a relajarse y a colocar la presión del depósito de manera que no estropeará el mecanismo. Había visto a verdaderos científicos en sus dos años de vida durante su vagabundaje como comerciante. Estaban el viejo Kinderhook y Gleason, trabajando con el joven Napier durante las pocas horas en que no se veían esclavizados en el campo, con el duro trabajo de conseguir con qué subsistir. Luchaban en un combate perdido de antemano, pero al menos luchaban. Y en cierto modo, con cálculos de un mes de duración y que una máquina podía hacer en cuestión de segundos, recuperaban las viejas y evolucionadas teorías, poniéndolas a un nivel en que pudieran ser manejadas con los escasos materiales existentes. ¡Mientras tales hombres intentaban milagros sin recursos, su padre se sentaba cómodamente dictando una estúpida novela anacrónica!

Pero el rápido tecleo se había vuelto lento, según podía escuchar entre un murmullo de maldiciones, seguido por una breve ráfaga de tecleo y un grito.

—¡Paul! ¡Paul! —Se puso en pie con un suspiro de disgusto y fue hacia la habitación antes de que el otro saliese atronador para conturbar la faena casera.

—Sí, ¿qué pasa esta vez? Su padre estaba en la mitad del suelo; ante una masa complicada de maquinaria. Había una pequeña máquina de vapor cuya caldera estaba encendida con leña, colocada sobre unas piedras planas y enviando el humo por la ventana, una dinamo zumbante y la máquina de escribir, todo conectado a una caja negra achaparrada de brazos pequeños, colocados sobre las teclas de la máquina, y un brazo levantado cerca del rodillo. Justin sacudía los puños, impotente, en dirección a la caja.

—¡Estropeada, oyes, estropéela! ¡Si tuviese una barca buscaría a esos transportistas estúpidos! ¡Veinte años de trabajo y desperdiciados...! Paul gruñó cansino.

—Si yo tuviese un bote, te dejaría que fueses Snake abajo en busca de ellos. ¿Cuál es el problema de todo este caos?

—Este caos —le dijo su padre con un marcado sarcasmo—, es una máquina de escribir operada oralmente... ¡y que funciona! ¡O funcionaba! No como el trasto de cien toneladas que tenía el Instituto, que no podía ni acentuar ni separar los homónimos... ni ser operada por un solo locutor individual adiestrado. ¡Mi Vocatipe funcionó, hasta que la trajeron aquí! ¡Ahora está estropeada!

A su pesar, el muchacho es el que estaba impresionado, aunque no podía estar seguro que aquel cacharro mereciese la pena de interesarse. Cogió el micrófono, oprimió el botón y habló con rápidas palabras dirigidas a la máquina.

—El molino de escribir, es decir, la fábrica de escritura no podría atenerse al grito sagrado, pero sí la letra buena a la derecha de la fácil impresión: «Dos manzanas cayeron al suelo demasiado rápidas. El hombre del sombrero tuvo que inclinarse ante la reina».

¡No habían errores!

—¡Pero mil millones de reveladores...! ¡Y la caja no podía pesar más de cien libras! Se quedó petrificado y maravillado, esperando la explicación de su padre. Y esta vez puso su plena atención, incluso a los juramentos.

El analizador bucal y las teclas magnéticas eran de viejo material, como los ojos escrutadores para detectar los fracasos de la máquina y el transformador que convertía la corriente eléctrica en corriente magnética. El resto era tan sencillo como su compleja teoría. Una memoria magnetronica de un millar de nodos, en un tubo hecho por su padre, ocupaba un rincón de la caja y hacía el verdadero trabajo. Entre sus nodos, medio millón de enlaces podían formarse, sirviendo como nodos para un centenar de millares de millones de subenlaces que se transformaban en quinquillones de subenlaces. Era de tamaño extraordinario y complejidad máxima, que le había costado pocos meses construir.

El resto de los largos años se pasó en pronunciar palabras y golpear teclas, hasta que el tubo desarrollara un reflejo acondicionado a cada una dentro del diccionario abreviado y pudiese empezar, la en apariencia desesperada tarea, de aprender a escoger entre formas alternadas y en cierto modo encontrar un sistema o puntuación que funcionara. Ningún hombre normal hubiese creído aquello posible y sólo la tuzodería del individuo más tozudo del mundo hubiera continuado probando hasta que el éxito coronase su titánica labor.

—Ahora está estropeada —terminó Justin. La atención y sorpresa de su hijo debió ablandar su cólera, porque sólo quedaba amargura en su voz. Cogió una hoja de sus notas en taquigrafía y comenzó a dictar, mientras la máquina corría ligeramente tras él—... «Tan seguro como me llamo Patrick Xenophon»... ¡Mira!... «Tan seguro como me llamo Patrick Xavier». He dicho veinte veces Xenophon y veinte veces ha escrito Xavier. ¡Todo el acondicionamiento de sus reflejos estropeados... todo hay que repetirlo!

Paul raspó las letras de la página con la punta de su navaja de bolsillo y llenó las adecuadas a mano.

—Eso no se te ocurriría a ti, supongo —empezó cuando un chasquido de la máquina le hizo volver la vista. Había arrancado la hoja, puesto una nueva y comenzaba a mecanografiar otra vez la página. Cuando hubo terminado, ¿su versión original quedaba ante él?

Justin se quedó mirando con fijeza su creación durante largo rato con sorpresa horrorizada, mientras sus hombros se hundían lentamente. Luego, con un gemido roto, las páginas de sus notas y la copia terminada, salió en silencio de la habitación. Minutos más tarde, Paul le vio moverse despacio a través de la lluvia siguiendo el camino del granero con Gerda a sus talones. ¡Y la chica sonreía!

El muchacho miró de la máquina a las máquinas, y las formas de retirar de las dos personas, y luego volvió a posar los ojos en la página que tenía. Entonces se dejó caer desmadejado en el sillón.

Gerda entró horas más tarde para obligarle a cenar y encender la luz, pero él se limitó a dar las gracias con un gruñido y siguió leyendo. Sorprendentemente, era una maravillosa obra de la literatura de escape, escrita por mano maestra. Una vez las palabras de la primera página hubieran penetrado en su mente confusa, la continuación era irresistible. ¡En cierto modo, era una lástima que no se pudiese publicar nunca; la necesidad de un escapismo realmente efectivo jamás había sido mayor!

Era efectivo, era una manera extrañamente tranquilizadora. Al principio su intención fue detenerse después del primer capítulo, pero para entonces se daba cuenta de que necesitaba relajarse gracias a la lectura y siguió adelante, dejando que el mundo real a su alrededor desapareciese de su cerebro. Además, si el escribir aquello había significado veinte años de trabajo para su creador, ¡qué hubiese por lo menos una persona que disfrutase y sacase provecho al trabajo!

Colocó a un lado la última página y se acercó a la máquina, en donde estaba el libro sin terminar... «*Tan seguro como me llamo Patrick Xavier...*». Patrick Xavier O'Malley, debería haber sido, o Patrick Xenophon...

—¡Justin! ¡Eh, Justin! —Su grito fue casi igual al grito ordinario de su padre, pero no tuvo ocasión de pensar en la similitud. Cuando la puerta se abrió, su dedo estaba ya en el pasaje y lo sacudía delante de los ojos del anciano—. ¡Tú le pusiste por nombre Xavier, no Xenophon! ¡Mira la página 4!

Justin dio una mirada de asombro a la página y cogió el micrófono. Esta vez no habían dudas. Mientras, el Vocatipe siguió sus palabras hasta el fin de la página y expelió el producto terminado. Entonces soltó una risita.

—A veces pienso que soy muy tozudo, Paul. Hubiera jurado que tenías razón, así que no me molesté en comprobarlo. ¿Te das cuenta de lo que esto significa... una máquina que ha sido diseñada para tomar el dictado, pero que no lo hará a menos que el dictado sea consecuente con los hechos? ¡Oh, es un secretario perfecto! ¡Enséñale algo de matemáticas y piensa en los errores que te ahorrará cuando redacte un pedazo de cálculos relativos a la investigación! ¡Paul, por una veis has demostrado ser del todo útil!

El muchacho abrió la boca para responder, pero Justin no dio ocasión. Estaba acariciando la máquina y balbuceando incoherencias.

—Ahora podemos acabar el libro —le decía mientras le daba otra palmadita de afecto—. ¡Máquina bonita... máquina excelente! ¡Le enseñaremos que su abuelo no era ningún cretino estúpido! A propósito, muchacho, ¿qué tal estuvo la sementera?

—Perfecta —respondió Paul y salió de la habitación dirigiéndose a la cama sin querer verse arrastrado en aquel torrente de insanidad. Sólo su padre era capaz de inventar tal imposibilidad, como una máquina capaz de mostrar los rendimientos de inteligencia. Y sólo Justin lo hubiese utilizado para terminar una novela que jamás podría ser publicada.

Pero mientras se metía por entre las sábanas, estaba menos seguro del mal uso

que hubiese hecho su padre de la máquina. Quizás, en algún lugar dentro de los misteriosos subenlaces, contenía inteligencia potencial, pero que nunca podría ser asequible en su vida. Aunque era inútil. Sí era un medio de comunicación y mientras pudiese aprender hechos, el lenguaje es un producto protoplásmico, lleno de tantas variables abstractas y confusas como las ideas de «verdad» o «divinidad».

Soñó en plantarse sobre un acantilado mientras un hombre ciego le ofrecía un reluciente robot nuevo, si podía describirle el color verde y naranja.

Apenas amanecía cuando la mano de Justin sobre su hombro le despertó y durante un momento creyó que aún seguía en la isla. Volvió a la realidad, sin embargo, mientras tanteaba para coger su mono de trabajo. Los ojos del padre estaban rojos por la falta de sueño, pero llenos de un brillo emocional.

Justin rompió el silencio con una voz que era más suave de la que empleó durante años.

—Sé lo que piensas de mí, Paul, pero yo nunca olvidé el verdadero trabajo. Sabiendo que fracasaría, luché por la decencia y la honradez como pocos hombres han luchado nunca y no fue hasta el último minuto en que me decidí huir... no, déjame que te lo diga a mi manera... integrarse en la administración de un mundo no lógicamente adelantado es algo inconcebiblemente complejo... ¡aun cuando los hombres hagan el trabajo y tengan una sola y vaga idea de lo complicado que es! Las amplias políticas dependen de los resultados de departamentos inferiores y así a través de cincuenta etapas verticales y de invencibles subdivisiones horizontales. La cinta roja no es nada graciosa; es detestable y horrible. Las complicaciones engendran complicación y eso engendra también desconexión de la realidad. Se cometen errores; nadie puede ver y revisarlos a tiempo y conducen a más errores, lo que lleva hasta la guerra.

«Durante un rato, ellos lucharon contra la guerra. ¡Y luego simplemente pelearon! Hice cuanto pude y fallé. En la isla, no había nada que hacer acerca de la guerra, así que construí el cerebro. Aquí, ¿por qué tenía que forcejear para recrear el viejo círculo vicioso que crecería hasta acabar barriendo a la raza entera? Traté de prepararte, pero no pude prepararme yo mismo».

—Si tú te hubieses explicado... —comenzó Paul con debilidad, pero su padre lo apartó a un lado, impidiéndole proseguir y continuó por su propia cuenta.

—¡Pero ahora puede hacerse algo! El *gobierno puede* trabajar. Todo lo que necesita es un cerebro que maneje la cinta roja... no mejor, sino más complicado que los cerebros humanos... unas cuantas mentes tremendas con recuerdos perfectos para contener el infinito número de compartimentos correlativos y entrelazados. Dejemos que los hombres tomen las decisiones, porque los cerebros robot les dan libertad para realizarlas de manera prudente... y movámonos al instante, donde la cinta roja tardaría años. Paul, les daremos los cerebros.

—No papá —dijo el muchacho con voz baja, maldiciendo la tozudez innata que le obligaba a no dejar a su padre en el mundo de fantasía recién hallado—. Quizás

algún día tendrán esos cerebros y tú serás el responsable. Pero no en nuestra época. Me has enseñado la semántica lo suficiente como para saber lo imposible de un trabajo de proporciones a tu mecanismo, incluso un oscuro conocimiento de las palabras necesarias.

No había rastro de desencanto en el rostro del anciano. Estaba rígido y la diversa tozudería reapareció, pero no contestó. En su lugar, hizo un gesto a su hijo para que le siguiese y cruzó en silencio hasta la habitación del Vocatipe. En la máquina había un pedazo pequeño de papel y habían otras porciones bajo los ojos escrutadores y reajustados.

—Lo malo es, que tú crees que la electricidad que hace funcionar un motor es ciencia, Paul. No es verdad. O la ciencia es el proceso de reducir todas las cosas a su mínimo común denominador y de construir sistemáticamente desde allí. Yo tuve una enseñanza antes que me volviese novelista y aún la poseo. No perdí la noche soñando. Repasa esta lista de palabras mientras miras —Justin le entregó el pedazo de papel y comenzó a preparar pedacitos de papel de color bajo los ojos del escrutador.

—¿Qué? —preguntó mientras la máquina se ponía en funcionamiento emitiendo un zumbido—. ¿Qué?

Un nuevo papel cayó dentro de la máquina de escribir y las palabras salieron despacio:

Un triángulo azul y un círculo rojo están dentro de un cuadrado blanco. ¿Sobre qué está el círculo negro? ¿Sobre qué?

—Exágono —respondió tranquilo Justin.

—Un círculo negro está sobre un exágono. El exágono es color naranja. ¿Qué color es el naranja? ¿El exágono es naranja? ¿Qué color es el naranja?

Los ojos asombrados de Paul se contrajeron mientras miraba con fijeza la hoja de papel.

¡El naranja no está citado entre las palabras cuyas definiciones diste a las máquinas!

—Claro que no... nunca se lo enseñé al cerebro, pero me hizo una jugarreta antes de que se despertara —el viejo oprimió el botón del micrófono y se dirigió a la máquina—. El exágono es color naranja. ¡El exágono es naranja! ¿De qué color es el tono naranja?

Las teclas comenzaron a funcionar. Luego la página se desgajó y una nueva hoja quedó inserta en su lugar. Sin titubeo alguno las letras comenzaron a formar palabras sobre el papel:

La suerte de O'Malley. Pág. 119

«tenía que ser verdad; el hecho era tan seguro como los axiomas de geometría, o los principios básicos de la física. Invariablemente toda mezcla de rojo y amarillo da naranja».

Saltó un espacio y añadió otra línea:

El exágono es rojo y amarillo. El exágono es naranja. ¿De qué color es el exágono?

—Naranja, Rojo y amarillo forman naranja —aseguró Justin parando a la dudosa máquina—. Mira, tiene una memoria perfecta, al igual que un sentido de análisis. Y tendría que tener algún sentí vago del propósito de las palabras para poder separar los mónimos como ahora veo. De todas maneras, ya he establecido la confusa distinción entre *un* y *él*, así que eso puede costar años, pero no siglos... y basta por hoy ¡Vamos a ver si podemos encontrar algo que comer!

El cerebro de Paul parecía vacilar mientras miraba cómo su padre partía el pan, aunque el amplio plan estaba ya cristalizándose y no tenía duda de su éxito. Necesitarían conseguir que Gleason, Kinderhook y Napier se les uniesen allí, en donde la riqueza recién hallada permitiría momentos libres para su trabajo de máxima importancia. Al principio tendrían que depender del cambalache pero cuando la riqueza crease riqueza, podrían progresar. El cerebro era capaz de ser convertido en un calculador infinitamente mejor que los antiguos con una ligera enseñanza que fuese desde las matemáticas hasta el lenguaje exacto. Y con los materiales que ahora pudiesen encontrar. Fuese como fuese, los lentos principios de la ciencia proporcionarían más riqueza con la que construir.

Tendría que organizar a la comunidad sacándola de su anarquía presente, para que alguien fuese destinado a la agricultura y a la enseñanza y otros a pensar. Eso sería duro en un mundo que había aprendido a desconfiar de todas las formas de gobierno con amarga experiencia. Pero mientras el cerebro no fuese una máquina administrativa perfecta, sería poderosamente influyente entre la gente supersticiosa. Su padre podría cuidar y desarrollar su reputación como brujo, hasta que las evidentes ventajas de la organización hicieran inútil tal engaño.

Quizás sería mejor conservar el secreto del cerebro. Pero cualquier acontecimiento, el conocimiento y la esperanza para el futuro, haría posible todo el resto.

—Ejem —murmuró Justin teniendo la boca ocupada con un buen pedazo de pan—. Creo que todo irá bien, hijo. Pero cuando vea a Gerda...

¡Y el sueño de Paul se derrumbó! Había sido una estupenda emoción, pero no podía construirse un futuro estable sobre el odio a la mantequilla rancia. Giró hacia su padre y su boca era blanca y tensa, de modo que tuvo que forzarse para pronunciar entre dientes las palabras.

—¡Te dijo que la dejases en paz, Justin! Si alguna vez...

—Ejem. Debes mirar por la ventana y esperar hasta que acabe —le respondió el anciano con una sonrisa en sus labios—. Mientras trataba de descubrir lo que había de malo en el cerebro, hice que abriesen el otro cajón que encontré a un lado en el

tabique allá en el subterráneo. Gerda y yo hemos pasado algún tiempo reemplazando el motor, pero lo hemos conseguido. Es más, lo hemos instalado en su sitio gracias a un cabrestante.

Paul se tragó despacio su rabia y volvióse para mirar a través del pequeño pedazo de vidrio en dirección al granero. Al principio sólo vio la turbia espalda de Harry, pero cuando el hombre se apartó, las otras cosas se le hicieron visibles. Gerda aparentemente quería probar fortuna, porque estaba sonriendo cuando dio vuelta a la espita y dos chorros de líquido cayeron en los cubos preparados. ¡El separador de nata estaba trabajando satisfactoriamente!

—Como decía, antes de que me interrumpiese... cuando vea a Gerda... —Justin dio otro bocado del amarillento pan con mantequilla y chasqueó los labios con aprobación—. Cuando la vea, la felicitaré por lo que guisó anoche. Muy bueno. ¡Aunque nunca podré soportar la mantequilla rancia!

En el principio

Damon Knight

CAPÍTULO I

I

—Bueno, ¿qué te parece?

Green, cuyo nombre completo era voluminoso, puesto que describía cada color y banda de su espectro, alzó la vista del pequeño mecanismo brillante y miró al otro durante un momento sin responder. Su compañero era una entidad aún dentro de su primitiva evolución, no tenía más de cien años de viejo, si los había cumplido; sus energías todavía flameaban fieramente con un azul blanquecino dentro de la fuerza matriz globular de su cuerpo.

Green se daba perfecta cuenta del brillo desvaído de su propia matriz anciana; además, se sentía azorado y un poco temeroso.

Envió colores de conversación saltando deliberadamente a través del hemisferio de su cuerpo visible, hasta el del otro.

—No sé exactamente qué decir. ¿Esperas en realidad que funcione?

—Ciertamente no. Un científico jamás espera que funcione nada que no haya sido probado. Todo lo que puedo decir es que no veo motivo alguno para que no tenga éxito. Mira; este motor recibe energía de mi propia batería. La máquina en sí puede ser controlada perfectamente a distancia; ya has visto las pruebas.

—Los receptores —señaló a una fila de rejillas montadas en la popa del diminuto coche aéreo—, recogen cualquier energía radiada y la transmitirán a mi sistema receptor de pantalla y hay otros mecanismos dentro que corresponden a nuestro sentido de la masa. Así, si tengo éxito, conseguiremos una imagen completa del interior de un lugar de tal forma que ninguna persona en toda nuestra historia haya visto cosa por el estilo sobreviviendo a ello.

—Sé todo eso —le interrumpió Green—, me lo has explicado con frecuencia... ¿piensas que puede funcionar? ¿Lo crees posible, que por todos los medios los mortales descubran lo desconocido?

Blueviolet hizo que su espectro destellara con impaciencia.

—Desconocido, y un cuerno —lo malo en ti, Green, es que nunca te has recuperado de la enseñanza que te dieron en tu juventud, cuando el renacimiento estaba en sus comienzos. Tu arte se ha beneficiado por las nuevas libertades de expresión; ¿por qué crees necesario aferrarse a supersticiones en otros campos?

Green guardó un triste silencio.

—¿De qué tienes miedo? ¿De qué fracasemos y los dioses se alcen con su maldición y nos destruyan?

—No —respondió despacio Green—; creo que tengo miedo de que tengas éxito.

Blueviolet extendió un cable tractor y recogió el coche aéreo.

—Es inútil discutir contigo, supongo. Tengo que mostrarte con una prueba de que te equivocas; sólo espero de que eso no te vuelva loco.

El aprendiz de Blueviolet estaba esperándoles en la ventana, en un deslizador.

—¿Todo preparado? —preguntó el científico.

—Preparado. Ha habido unos cuantos curiosos por los alrededores, pero no reconocí a ningún sacerdote. Probablemente estarán todos en Nueva Asia, asistiendo a los Cultos.

Green entró y ambos marcharon suavemente alejándose del enorme edificio cilíndrico, con el motor de deslizador zumbando con una energía desproporcionada a la potencia de tracción que efectuaba. Abajo, la Tierra se extendía y se desarrollaba ante ellos. Cruzaron el golfo que rodeaba el laboratorio de Blueviolet por tres lados y marcharon por mesetas pronunciadas, apenas cubiertas de tierras y salpicadas de enormes peñascos. De horizonte a horizonte, nada se movía excepto ellos mismos; no había rastro de vida. El enorme sol grande y caliente brillaba desde el firmamento azul oscuro, enviando una masa excitante y terrible de radiación sobre la Tierra. Las ondas de calor enturbiaban y distorsionaban la imagen; lejos, en la distancia, el serpenteo diminuto de un río era el único alivio ilusorio de frescura, contra los fieros colores de la llanura.

Montañas desnudas ciclópeas aparecieron y se alzaron rápidamente a su encuentro. Ellos giraron para evitar una cadena de atronadores volcanes, que lanzaban sus gases lívidos y sus escombros por millas dentro del fino aire, y zigzaguearon por las relucientes serpientes de su lava que corrían descendiendo por las oscuras laderas. Luego las montañas dieron paso de nuevo a las llanuras y a las mesetas y la creciente velocidad turbio la vista hasta convertirlo todo en un torrente amorfo.

II

—Comprendo el punto de vista de Green —dijo el aprendiz, horas más tarde—. Consideremos los hechos: durante seis milenios de historia nuestra raza ha vivido aquí: y siempre, desde el principio ha sido lo mismo. Nacemos en esto... En este lugar... En el Polo Norte del planeta. Desde ese día, hasta cuando voluntariamente volvemos a él para morir, somos incapaces de aproximarnos o de aprender nada que le concierna.

»Doscientas generaciones de nuestra raza tratando de resolver ese singular misterio... Y fracasado. Bajo esas circunstancias, hay sólo dos alternativas para una mente cuerda. Una, aceptar el dogma del arciprestargo y fundir la individualidad propia en su incuestionable fe en los dioses de benevolencia y de la ira. La otra, pensar en el lugar tan simplemente como si fuese un fenómeno inexplicado; un problema que la ciencia todavía no ha resuelto pero que, con el tiempo, resolverá.

»Pero aún así es imposible ignorar el hecho de que el lugar es de trabajo de seres inteligentes y no una manifestación de la naturaleza. Nosotros somos seres con libre albedrío. Somos...».

—¿Has leído alguna vez los libros de Orangered de Antártica? Están prohibidos por la Oligarquía, claro... pero él pensó entre otras cosas que nosotros somos exclusivos, *propiedad*. Ese no es un pensamiento confortable... ¿No te extraña por qué tantos adoptaron el Salto en los primeros días del Renacimiento?

Green miró hacia abajo a través del suelo transparente del deslizador, el azul océano Ártico que pasaba veloz. Pensó en el rápido y fácil salto a través de la estratosfera al vacío, donde la radiación pura, sin pantallas del sol, fluiría de su cuerpo más allá de su poder de absorción o de reflexión... Y entonces, rápidamente, la piadosa extinción... No, no era un pensamiento confortable.

Ahora disminuían la marcha, deslizándose al encuentro de un anillo de bajas montañas que escondían la hondonada en forma de copa de un valle. Green captó un templo aferrado a la ladera del picacho más alto y luego otro a pocas millas de distancia y otro. Un ribazo amplio y plano fue a su encuentro y el deslizador se posó gentilmente a la sombra de una cornisa. Más allá de esa cornisa...

—Esto es territorio proscrito —dijo Blueviolet—. Señores, mejor que trabajemos de prisa. Saca fuera ese vehículo aéreo Yallow.

—Sí, señor. ¿Quiere que llevemos todo el proyector hasta lo alto del ribazo?

—No. Podemos controlar rápidamente el aparato desde aquí y resulta así más seguro. Ponlo en el suelo.

Un globo blanco azulado apareció bruscamente sobre el borde de un volcán muerto; osciló durante un momento y luego se dirigió hacia ellos. Yallow subió en el deslizador y agitándose inseguro se asomó de nuevo.

—¿Qué es? —preguntó tenso Blueviolet.

—No lo sé... ¡Oh! ¡Oh! Es un sacerdote, me temo. Puedo salir de las bandas oscuras hasta el extremo más bajo de su espectro; ese tipo invariablemente entra en la Iglesia.

Blueviolet se unió a él en el borde del ribazo.

—Vuelve; Yo le hablaré.

El sacerdote bajó describiendo una curva y se detuvo a cien pies por encima de ellos.

—¿Qué estáis haciendo en lo más Sagrado de lo Sagrado? —preguntó.

—Trabajamos en la causa de la ciencia —le respondió secamente Blueviolet.

El otro les miró silencio durante un momento y luego comenzó:

—Jóvenes, ¿no teméis por vuestra alma inmortal? Abandonad la locura y marcharos de este lugar. La ira de...

Blueviolet le atajó.

—Soportaré cualquier ira que tú puedas lanzar sobre nosotros. Esta situación es necesaria para tomar ciertas observaciones y yo pienso quedarme.

—Será mejor que aceptes el consejo y te marches. Los dioses no carecen de fieles servidores en la tierra; y si ellos desdeñan castigarte, nosotros no.

—Correré este riesgo.

El sacerdote comenzó a hablar, cambió de idea y se marchó rápidamente alejándose de nuevo. Blueviolet le contempló hasta que se perdió de vista y luego volvió al deslizador.

—Empecemos —dijo—. Va a ir en busca de ayuda, pero tendrá que ir hasta el East Azurg para conseguirla y para ese tiempo ya nos habremos marchado.

Yallow miró hacia el horizonte, más allá de donde el sacerdote se había desvanecido.

—Pues creo que es la última vez que le veremos.

Y dicho esto guardó silencio.

CAPÍTULO II

I

Cilindros de fuerza emitidos por el cuerpo de Blueviolet oprimieron teclas del tablero ante él y el reluciente coche aéreo se elevó y se remontó, formando un arco por encima del risco. La pantalla negra junto a la consola se iluminó y durante un momento reflejó caóticas vistas de un cielo sin nubes y rocas entremezcladas; luego, cuando el coche aéreo picó, el valle en forma de copa apareció a la vista. Muy lejos y abajo, en su centro, como un juguete dada la distancia, una semiesfera de blancura reluciente e inestable se alzaba por encima del terreno yermo.

Demasiado despacio, se fue acercando. Mientras miraban, una esfera rojo sangre se elevó por encima del borde opuesto del valle; luego, a un cuadrante de distancia, salieron otras dos más, juntas. Con terrible unanimidad dispararon hacia la semiesfera y desaparecieron tras una cortina oscilante.

Green apartó la vista horrorizado, para volver a mirar a tiempo de ver tres esferas de un blanco lechoso libertarse de la semiesfera y alejarse flotando sin rumbo fijo.

—Equilibrio —dijo destellando moderadamente el aprendiz—. Nacimiento contra la muerte.

Blueviolet vigiló intensamente sus instrumentos y no dijo nada.

El coche aéreo redujo su velocidad hasta deslizarse cuando, la semiesfera llenó la pantalla. Lentamente, bajo la cuidadosa dirección de Blueviolet, marchó hacia adelante. Su proa desapareció de la barrera opalescente; luego las rejillas receptoras siguieron... y la pantalla se oscureció.

—¡Oh, maldición eterna! —El científico comprobó inútilmente las conexiones y movió el carro aéreo hacia adelante de nuevo. Ansioso vigiló las cintas de sus máquinas grabadoras, pero nada se produjo.

Una y otra vez envió al vehículo haciéndole entrar y salir en la engañosa cortina. Fuera los mecanismos transmisores funcionaban perfectamente; dentro, quedaban muertos.

—Es inútil —dijo por último—. Nos han vuelto a derrotar. Las máquinas pueden atravesar el campo de fuerza que nos mantiene a nosotros alejados cosa de una milla, pero no pueden transmitir a través de ese campo. Debí habérmelo imaginado, supongo, cuando Cobalt fracasó con la televisión penetradora; pero eso ocurrió hace más de dos siglos y no había manera de decir dónde había fallado él.

—¿Sistema de registro? —sugirió Yallow.

—No. El campo magnético los deja limpios. Aparentemente, *ellos* pensaron en todo. Esto ha sido lo último que se me ocurrió y ha fallado.

—Quizás no debería ser —dijo Green con brusquedad—, pero me alegro.

—¡Oh, calla de una vez! —le destelló el científico. Y luego añadió—: Lo siento, Green; no quería ofenderte. Vamos, marchémonos de aquí.

Para cuando llegaron al laboratorio, la noche había caído. Dejaron el deslizador a nivel del suelo y subieron flotando por el hueco entre los pisos hasta la cumbre, en donde estaban las lámparas de energía de Blueviolet. Blueviolet las encendió y los tres se empaparon de vitalizadoras radiaciones.

—No puedes volver a tu despacho sin una lámpara —dijo el científico con desánimo—. Será mejor que te quedes aquí hasta mañana.

—De acuerdo —contestó Green.

Ahora que todo había pasado se sentía curiosamente aliviado. Su mente se veía aún asaltada por la duda y la incertidumbre, aunque los horribles temores de pesadilla que le torturaron estaban disminuyendo, de momento, ante el bienhechor baño de energía. Estaba agradablemente sorprendido de hallarse pensando en una nueva escultura; algo en malaquita, quizás. Estaba cansado de trabajar con plásticos. Para un tema...

Extendióse para tomar su equipo en un próximo banco de trabajo y sacó una esferoide de vidrio claro, medio llena de agua en la que su visión microscópica podía descubrir miríadas de pequeños animalículos en un movimiento incesante y sin propósito.

Los contempló con fijeza durante largo rato, construyendo en su mente una estatua basada en sus formas semejantes a una zapatilla, buidas y huidizas. Luego, en un rincón de su cerebro advirtió que Blueviolet estaba diciendo algo.

—¿Qué?

—Esas cosas... ¿qué son?

—Oh... ¿esto? Son una especie de superdistracciones. La semana pasada fui a ver a Saffronorange y me las dio para que me sirvieran de modelo para mis «Cubos»... ya sabes, aquel en cristal azul. Tú tienes una copia por alguna parte, según creo...

—¡Sí, sí! ¿Pero qué quieres decir con superdistracciones?

—Oh. Bueno, ya sabes lo que son los microorganismos corrientes: masas de un cierto compuesto químico que parecen tener una pseudovida. Saffronorange estaba jugueteando con algo que había hecho en su laboratorio y las consiguió bombardeándolas con radiaciones de diversas longitudes de onda. Algunas clases murieron, claro, pero otras combinaciones tuvieron efectos diferentes. Él podría explicártelo... unas radiaciones las hicieron crecer más de prisa, otras más despacio, etc. Finalmente, descubrió una frecuencia que las cambiaba de algún modo. Cuando se dividieron las mitades crecieron de manera diferente. Siguió con ello y al poco consiguió éstas. En vez de ser masitas informes de materia, éstas tienen una forma definida y filamentos a lo largo de sus costados que les permiten andar. Yo...

—¿Pero por qué no lo ha publicado?

—No creyó seguramente que fuese importante, supongo. Son sólo una curiosidad. Si hubiese sabido que te interesarían te las habría enseñado antes.

—¡Claro que estoy interesado! —destelló Blueviolet—. ¡Dámelas, tonto!

Yallow flotó a través de la habitación y se le unió mientras recogía el recipiente y miraba su contenido.

—¿Qué te parece, jefe? —preguntó.

—Son superespecímenes. Mejorados. Si uno puede hacer esto de especímenes ordinarios... ¿Por qué no extender el procedimiento...?

—¿Hasta que..., hasta supersuper-especímenes?

Blueviolet le miró con fijeza.

—No. ¡Hasta algo inteligente... lo bastante inteligente para entrar en el lugar y salir de nuevo, para decirnos lo que se ve!

—Oh, vaya Blueviolet —saltó Green—. Esto es demasiado.

—¿De veras?

—¿*Materia* inteligente?

—¡Por qué no! El que seamos la única forma inteligente de vida conocida, ¿supone que tengamos que ser por fuerza el único tipo posible?

—Pero supongamos que construyes esta criatura, es fantástico, pero supongámoslo. ¿Cómo te comunicarías con ella?

—No lo sé. Quizás por telepatía. Ya lo resolveré cuando se me presente el problema.

Green sintió cómo la cólera le inundaba. Sabía que era irrazonable y por eso se ponía más furioso.

—¡Estás loco!

—Puede... Será mejor que bajes al oscuro y descanses un poco, Green. Estás agotado. Hablaré contigo por la mañana, si te sientes distinto. Vamos, Yallow, tenemos que trabajar.

Green le vio marcharse, desamparando de su rabia furiosa.

II

Green dijo con cuidado:

—Siento haber estallado el mes pasado; no podía imaginarme qué es lo que había de malo en mí.

—Olvídalo; todos tenemos nuestros momentos.

¿Quieres ver lo que Yallow y yo hemos estado haciendo?

Se veían filas de espaciosos tanques en el centro de la estancia, cada cual con su batería de lámparas de rayos. Blueviolet le condujo por delante de cada uno por turno; el primero contenía cientos de diferentes tipos de protozoos, arremolinándose y vigilando de manera inexplicable; el siguiente, criaturas de dura concha, con miembros que oscilaban articulados; el otro, masas irregulares de células.

—Lo asombroso es la variedad —dijo Blueviolet—. Toda clase de

monstruosidades han nacido, pero las peores mueren o no se reproducen. Parece que no hay fin para ello —se detuvo—. Green, esto es la cosa más grande de todo un milenio. Aquí hay una docena de nuevas ciencias; ni siquiera he podido empezar a rascar la superficie de ninguna de ellas. Todavía no he publicado nada; es inútil provocar disgustos con arciprestazgo; pero he hablado con Saffronorange y otros varios, y todos ellos están realmente entusiasmados por eso, duplican mis experimentos independientemente.

»Hay muchas dificultades que no me imaginé, sin embargo. No sólo necesitan tener agua para vivir, sino que el agua necesita también estar llena de oxígeno en solución. —¿Oxígeno? ¿Por qué?

—Para la combustión. Ellos consiguen su energía de las reacciones químicas. Y no sólo eso... se comen uno a otro.

—¿Ellos *que*?

—Que se comen mutuamente. Necesitan tener algo que utilizar como combustible, ¿no? Muy bien, se queman unos a otros —condujo a Green hasta el primer tanque—. Mira aquí.

Una hidra, agitando sus seis brazos, había capturado a un protozoo que se retorció frenético. Mientras lo contemplaba, atrajo al cuerpo forcejeante en la abertura de su bocuela y se lo tragó.

Green retrocedió.

—Es... horrible.

—Sin embargo, fascina.

—Sí, eso también. Pero... no me gusta Blueviolet toda su vida cruel y violenta es insensata. ¿No habrás iniciado algo que no puedas detener?

Blueviolet se quedó pensativo.

—No lo creo... estos seres no podían vivir sin mi cuidado. Así que cuando quiera puedo tener la fuerza de voluntad necesaria para detenerlo, que es otra cosa. No creo que voluntariamente lo haga, aún cuando hubiera alguna razón, cosa que no me parece que la haya. ¿Por qué lo preguntas?

Green comienza a hablar, entonces se detuvo cuando Yellow entró disparado a la habitación.

—¡Jefe! —destelló—. ¡Vienen los sacerdotes!

—¿Cuántos? —repuso Blueviolet.

—Docenas... en deslizadores armados. De poniente.

Blueviolet se precipitó a la ventana, seguido por Green. Una flota de cinco grandes deslizadores se acercaba, como flechas con un unitario y severo propósito.

—No es una visita social —dijo—. ¿Tienes una batería? —Se apartó de la ventana sin esperar la respuesta de Green.

—¡Yellow! —El aprendiz volvió volando al interior de la estancia, trayendo tras sí un gran cilindro metálico sobre ruedas y tres pequeñas copias—. Oh, ahí estás. ¡Bien, muchacho!

Lanzó uno de los pequeños tubos a Green.

—¡Toma, cógelo!

Paralizado por el miedo, Green lo dejó caer hasta el suelo sin cogerlo. La armada que llegaba describió una curva de barrido hacia él, luego se dividió con disciplinada precisión para rodear el laboratorio. Un rayo de energía cruda fue disparado, fallándole por centímetros y destruyendo cáusticamente la maquinaria con que tropezó. Se apartó de la ventana y lleno de agudo terror, cogió el pequeño tubo.

CAPÍTULO III

I

A través de la habitación Blueviolet y Yallow se colocaron cada uno junto a una ventana. Blueviolet, con el gran cilindro, y su aprendiz con los dos más pequeños. Cuando la aeronave pasó disparada, extrajeron energía de las baterías, expulsándola de nuevo desde sus cuerpos en brillantes y mortales rayos. Una y otra vez retrocedieron cuando los rayos destructivos cruzaron los lugares en donde habían estado. El interior de la habitación estaba reducido a escombros.

Green quería huir, esconderse en el rincón más lejano en donde aquellos rayos hurgadores no pudieran encontrarle, pero se obligó a sí mismo a permanecer junto a la ventana, a dirigir por el cilindro que sostenía energía concentrada, a disparar de nuevo mientras los atacantes pasaban junto a él. Su rayón encontró una abertura momentáneamente descubierta en la proa de un deslizador: el piloto se ennegreció instantáneamente, luego estalló en una furiosa explosión de energía.

El deslizador picó, se agitó y volvió a circular subiendo cuando los otros ocupantes tomaron los mandos. Green estaba más aterrorizado que nunca.

—Dos derribados —dijo Blueviolet—. Creo que Green alcanzó a uno. ¿Estás bien, Yallow?

—Por ahora.

Blueviolet siguió a un deslizador con su rayo, disparando para hacer que penetrara la energía. De pronto una horrible descarga cruzó su cuerpo y vio que su aura se ennegrecía en una zona grande y rasgada, allá donde el rayo le había calcinado. Desesperadamente tiró de la gran batería para colocarla a su lado y recuperar fuerza. El lugar negro se ensanchaba inexorablemente... Y entonces Yallow se colocó junto a él, inundándole con suaves radiaciones de su propio cuerpo. La negrura giró en sí misma y desapareció, dejándole débil y tembloroso.

Miró por la ventana de nuevo, pero ya no había atacantes.

—Han retrocedido para contar sus pérdidas, señor —dijo Yallow—. Pero lo verán dentro de pocos minutos. Ellos puedan aguantar y enviar los rayos hasta que el edificio se derrumbe en torno nuestro, si lo desean. ¿Qué haremos?

Blueviolet miró en derredor desesperado. En la otra parte de la habitación Green decía suplicante:

—Oh, dioses. ¡Todavía no! ¡Será demasiado pronto! ¡Todavía no! ¡Todavía no!

—¡Cállate! —le destelló furioso Yallow, sin conseguir el menor efecto.

Blueviolet buscó en su mente una escapada mientras los minutos transcurrían fugaces. Huir era inútil; no había ningún lugar donde esconderse; sus armas eran insuficientes. Los tres estaban acorralados.

Era curioso que pudiese permanecer tan indiferente, cuando dentro de media hora como máximo estaría muerto. Era verdad, entonces, que la amenaza de la destrucción podía nublar el cerebro despertarlo con histeria y horror. ¡Pero no! Estaba perdiendo el tiempo. Tenía que haber algo...

Nada. Todo el equipo de rayos que poseía, lámparas de energía, proyectores, maquinaria metálica, estaba inútil. De nada hubiese ayudado, aunque fuera posible, el caos que reinaba en el piso. Los tanques destruidos, los diminutos organismos saltando o reptando o nadando o muriendo en la capa de agua derramada... ¡El agua...! ¡El agua!

—Ahí vienen —dijo Yallow. «¡*El pozo artesiano... habría bastante presión! ¡De prisa!*». Disparó sus órdenes al aprendiz, sin detenerse para ver si las obedecían y se lanzó a sí mismo por la entrada del pozo hasta una habitación almacén inferior. Febrilmente rebuscó entre montañas de equipo descartado o sin usar, volcando recipientes, arrancando objetos de las estanterías. Por último halló lo que buscaba... un pedazo ondulado de espeso tubo de goma.

Arrastrándolo tras de sí, volvió a subir como un relámpago. En un rincón lejano, Yallow había cerrado la válvula de la cañería del agua que habían instalado y estaba desconectando una de las salidas. Cuando entró, el primer rayo del exterior rasgó el rayo delante suyo. Green estaba en su ventana, devolviendo desesperadamente el fuego y maldiciendo con un fulgor fijo y monótono. Entregó un extremo de la tubería a Yallow.

—Conéctalo, sujétalo tú mismo si es preciso, y gira la válvula cuando yo te lo diga —aún portando el otro extremo de la tubería, corrió hasta la ventana.

—Preparado —dijo el aprendiz.

Un deslizador cruzó su campo de visión, dos rayos fueron disparados desde las aberturas de prueba a popa, buscándole.

—¡Ahora!

El tubo pareció ponerse rígido mientras lo sostenía. Un potente chorro de agua salió de su extremo, por la ventana, dirigido al deslizador que se acercaba. Le dio con cuidado: cruzó los dos rayos mortales. Hubo un fogonazo intolerable de energía y desapareció el deslizador.

—¡Corta! —destelló con alegría.

Otro deslizador pasó.

—¡Oh!

Era demasiado fácil. Antes de que los rayos pudiesen encontrar su cambiante forma, el chorro de agua los conectaba, cortocircuitándolos y anulando aquella energía mortal en los cuerpos de los que disparaban. Desapareció el otro.

Y otro.

Y luego los dos que quedaban dieron media vuelta y se alejaron en un vuelo raudo y final.

Soltó la tubería y se quedó asombrado ante la violencia de la reacción que le

conmovía.

II

Meses más tarde Green se vio detenido bruscamente en mitad del aire a unos buenos doscientos metros del laboratorio. Sorprendido y alarmado miró a la en apariencia brecha vacía de la atmósfera que le separaba de su destino y probó de nuevo. Como antes, rebotó hacia atrás al chocar contra una rígida e invisible barrera.

Al cabo de un momento Yallow apareció a la vista en la ventana opuesta.

—Oh, hola, Green —señaló con sus peculiares destellos—. Espera un minuto —y desapareció.

Green aguardó y luego tentó una vez más la barrera. Esta intentona no halló oposición a su progreso y así pudo volar en línea recta hacia la ventana, por la que entró.

Blueviolet emergió desde la pared de entrada y le saludó animoso.

—¿Trozaste con una pared, Green?

—Sí. ¿Qué diablos era?

—Un campo de fuerza... similar al que nos detiene cerca del Lugar. Hallarás que hemos perfeccionado considerablemente nuestras defensas desde la última vez que estuviste aquí —extendió un tentáculo de fuerza hacia los enormes y siniestros cilindros plantados en sus monturas giratorias cerca de cada ventana—. Convertidores. Transforman la energía almacenable corriente en rayos letales, del mismo modo que lo hacen nuestros cuerpos, y pueden manipular mayor potencia.

»Creímos haber descubierto algo cuando desarrollamos el campo que te detuvo ahí afuera. Trabajé y conseguí una frecuencia interferidora que puede destruirlo, pero... —Emitió un expresivo destello de colores—, no servirá en el campo que rodea al Lugar. Cuanto más jugo suministramos al rayo interferidor, más se solidifica el campo en sí. Hemos renunciado y vuelto al trabajo con los microorganismos.

Green arrojó una turbada mirada a las filas de tanques que cubrían tres de las paredes y preguntó:

—¿Habéis tenido más jaleos con el sacerdocio?

—Sí... ataques casi constantes desde aquel primero. Tremendas pérdidas de vidas por su parte. Saffronorange y los otros también han sido atacados... Mauve de África murió. Les mandamos planos del convertidor y del generador del campo de fuerza y todos están ahora tan bien protegidos como nosotros; pero es raro el modo en que el sacerdocio ha identificado a cada uno de ellos. Debe haber una fuga de información por alguna parte. De todas maneras, eso no importa ahora. ¿Sabes quién me llamó ayer por la pantalla? —¿Quién?

—El propio Pontífice.

—¿De veras?

—Sí. Finalmente llegó hasta él que las organizaciones locales estaban enviando a la muerte una cantidad enorme de sacerdotes. Conversamos largo y tendido. No aprueba lo que pensamos hacer, lo mismo que los demás sacerdotes, pero es lo bastante razonable para comprender que nada se sacaba con los ataques incesantes y ha mandado que se suspendan.

—Eso es... excelente —dijo Green, girando nervioso sobre su eje.

—Bueno... me alegré de volverte a ver, Green. ¿Qué has hecho últimamente?

—Oh, nada importante. Unos cuantos plásticos y un bronce o dos. Me interesas más tú. ¿Hasta qué punto has progresado?

Blueviolet resplandeció.

—Estaba esperando con impaciencia que me lo preguntaras. A decir verdad, Green, creo que estamos cerca... muy cerca. Ven aquí, ¿quieres?

Los tanques estaban llenos con una variedad extensa de crecimientos vegetales, a través de los cuales Green pudo ver el ocasional brillo de diminutos y rápidos cuerpos en movimiento.

—El proceso era demasiado lento —explicó Blueviolet—, así que descubrimos un medio de acelerarlo. El campo instalado en torno a cada tanque apresura las reacciones químicas de sus cuerpos, acelerando su total círculo vital. Desde el nacimiento hasta la muerte transcurren sólo semanas. Y, claro, podemos sacarlos del campo y examinarlos a placer. Mira... —Le guió hasta un tanque próximo al final de la fila—, aquí están algunos de los últimos especímenes, viviendo a su velocidad normal.

Miles de criaturas con armaduras quitinosas se deslizaban a través de la miríada de túneles de su madriguera ocupadas en diversas misiones. El espectro de Green destelló asombrado.

—¿Inteligencia?

—No —replicó Blueviolet con pesar—, o al menos, no mucha. Nosotros nos sentimos también excitados cuando conseguimos esas criaturas, pero no evolucionan más allá de su estado actual. Son un callejón sin salida. El tamaño tiene algo que ver; pero no sabemos qué. Hemos experimentado con otras ramas de pequeños microorganismos. Desarrollan un cerebro de cierta especie, pero éste se detiene en un punto y no prosigue su avance. Estos, sin embargo...

En el último tanque había un grupo de criaturas peludas, de carne blanda; cuadrúpedas, sus apéndices anteriores más parecidos a brazos que a piernas. Varios peleaban jugueteando en una masa confusa; otros trepaban a los árboles para coger los pulposos frutos, o caminaban con indefinible curiosidad por el suelo terroso del tanque. Mientras los miraban, uno cogió un fragmento de roca y lo empleó para partir la dura cascara de una nuez.

—Herramientas —dijo Blueviolet—. Esa es la clave. Sus cuerpos son blandos y débiles; se ven obligados a aprender otros medios de resolver sus problemas. Esto... —señaló—, es sólo el principio.

Dentro de otro par de semanas tendrán su historia; estoy seguro.

Green le miró pensativo.

—¿Y comunicación?

—Casi lo tenemos resuelto también. Yallow ha hecho un trabajo realmente excelente en ese aspecto. Construyó esto —tomó un cono metálico, cableado con conductores de cobre que iban hasta una batería sita en un banco cercano—: Por suerte, su proceso mental corresponde al nuestro; ambos son eléctricos. Este mecanismo capta las ondas electrónicas y las amplifica hasta un grado que las podamos percibir. No es completo... Yallow tiene el resto abajo para reclablearlo... pero ya hemos podido captar unas débiles y caóticas imágenes mentales de alguno de los seres —volvió a dejar el cono—. ¿Y bien, Green?

El equipo del otro pendía de su cuerpo por el correaje. Lentamente envió un tentáculo de fuerza hasta su interior y lo sacó extrayendo el reluciente cilindro de una batería. Antes de que Blueviolet pudiese hablar, un rayo fino e incandescente emitido por su cuerpo destruyó por completo el cono cuidadosamente elaborado que estaba en la mesa.

—Lo siento, Blueviolet —dijo Green—. No te muevas; dentro de un minuto voy a tener que matarte.

Blueviolet le miró fijamente con una expresión de estupefacta incompreensión.

—¡Green...! ¡Entonces *tú* eras el espía...!

—Has ido demasiado lejos. Traté de detenerte, pero no quisiste escuchar. ¡Tengo que hacerlo; es preciso!

—¡Green, escúchame!

—No. Escucha tú. No me queda mucho tiempo; puede subir Yallow; puede detenerme antes de que haya podido matarte. Necesito contarte mis razones. No es sólo que tema por mí mismo; pienso en las generaciones que vendrán. Quieres arrancar de la vida los elementos propulsores; quieres arrancar el velo que hace soportable la existencia. ¿Qué será de nosotros si descubres y cuentas al mundo y todos *sabemos*? Eres egoísta, Blueviolet, no has pensado en eso. Y por tal motivo tienes que morir. Eso es... —hizo una pausa—. Eso es porque...

Blueviolet vio cómo el aura del otro se obscurecía lentamente, cayendo a través del espectro: ¡enrojeciéndose!

—Yo... algo...

Desesperadamente Blueviolet lanzó su fuerza, contra el fino cilindro que asía su interlocutor, retorciendo el filoso tentáculo que lo conectaba con su cuerpo.

—¡No! ¡Soy tan débil! ¡No! ¡No puede ser...! ¡Todavía no! ¡Tú...!

Un rayo mortal se disparó pero su radiación era apagada; cayó inofensivo en cascada lejos de las defensas de Blueviolet. Y en aquel momento arrancó el pequeño cilindro y lo envió dando vueltas al extremo opuesto de la habitación.

Green le miró con torpeza durante un instante, luego, lucecitas alocadas chisporrotearon por encima de la superficie rojo vino de su aura.

CAPÍTULO IV

I

Al norte, hacia el norte fue Green, volando contra su voluntad cada vez más de prisa, como en un sueño increíble. Protestó a gritos, pero no vio a nadie; se echó hacia atrás con todas sus energías, pero una impulsión irresistible le lanzó hacia adelante. La vasta desolación inferior se desarrollaba a sí misma ante él: llanuras, empinadas faldas de colinas; montañas ahora. El rasgado flanco de un escarpado picacho se cernió delante; incapaz de girar o de apartarse, se lanzó contra la peña, rebotó y luego rodó ascendiendo su desigual pendiente. En un éxtasis de terror, se esforzó por incorporarse a través de la gruesa capa de aire de por encima; arriba, arriba, hacia una muerte súbita y piadosa. Pero la llanura inferior sólo retrocedió un poco y luego se aquietó en su vuelo inexorable de pesadilla. ¡Todavía no, dioses!

Los volcanes aparecieron delante, arrojándole las hinchidas masas de ceniza. Pasó cruzando una de las negras columnas de gases y partículas inflamadas y siguió adelante y los volcanes quedaron cada vez más a su espalda.

Más y más de prisa... ¡Quedaba tan poco tiempo! El paisaje era un manchón turbio debajo suyo y se veía disparado hacia adelante sólo en un gran vacío hostil.

—«¿Es... que... no... hay... JUSTICIA... en... el... mundo?» —pero nadie le escuchaba. Nadie se interesaba—. ¡Todo lo que he hecho... todo por lo que he trabajado... para nada! ¡Alto, alto! No puedes hacerme esto, ¿me oyes? ¡ALTO!

El círculo de montañas se acercó más. El blanquecino globo azulado de un joven sacerdote salió de uno de los templos encaramados en sus laderas y le miró sin la menor muestra de curiosidad.

Luego estuvo sobre las montañas y el momento quedó al alcance de la mano. La temblorosa semiesfera del Lugar pareció surgir rauda hacia él; más y más próxima... infinitamente aterradorante, infinitamente hermosa. Se extendió y le abarcó y él se vio dentro.

Green estaba loco. Las torrenciales inmensidades que le rodeaban no tenían significado alguno para él. Regueros pequeños y desordenados de color se perseguían unos a otros por encima de su cuerpo rojo sangre mientras, ni feliz ni desdichado, flotaba lentamente hacia el centro de la semiesfera.

Pero en los momentos restantes vio a través de la abruma la enigmática maquinaria Titán por entre la que pasó y en el centro una deslumbrante masa de locos colores y extraños ángulos. Y así, con indiferencia por su parte, pudo ver de un vistazo aquella masa cromática para que luego el negro y frío velo de la nada se cerrara sobre él para siempre.

II

Rápidamente la pequeña y sangrienta cabeza se separó; acababa de realizarse el milagro del nacimiento. Durante un momento la diminuta criatura yació junto a su madre y luego, demasiado rápidamente para seguirlo con la vista, ella la tomó y desapareció.

—¿Lo viste? —Irradió tenso Yallow.

—Si. Puede que sea esto. ¡Corta el campo!

El torbellino de movimiento en el enorme tanque disminuyó bruscamente y el mundo en miniatura se vio salpicado de vida. Diminutas criaturas vivientes se esparcían por las bajas colinas, acechando su presa en las junglas y ríos liliputienses.

—¡Ahí! —La madre descansaba a la sombra de un bosque, su hijo a medio desarrollar Jugaba junto a ella.

—¿Qué te parece?

—Es posible... La cabeza es mayor... tiene menos pelo. Vuelve a encender el campo, a toda velocidad.

—¿No deberíamos marcarlos primero?

—No, si eres lo que deseamos, le podríamos seguir sin marcarlo. Adelante.

Como una película de cine rápidamente acelerada en su velocidad, la escena se convirtió de nuevo en un manchón de movimiento. Esperaron impacientes mientras los minutos se convertían en horas, sin querer abandonar la vigilancia para realizar otras tareas.

Por último Blueviolet miró por centésima vez el cronómetro de la pared y dijo:

—Ya debe ser el tiempo. Probemos de nuevo. Yallow oprimió el contacto y la escena recobró una vez más su velocidad normal. Habían habido en apariencia pocos cambios durante los años que transcurrieron en aquellos breves minutos. Los niños aún se revolcaban por el suelo musgoso del tanque bajo los celosos ojos de sus madres, pero no eran los mismos niños. Los grisosos ancianos que se agazapaban cerca de las entradas de sus cuevas eran los jóvenes vigorosos que habían cazado o luchado horas antes. En cierto modo dentro de aquel torbellino de machos activos y vociferantes adultos que vagaban por las montañas y por los valles, de entre ellos debía estar el que buscaban. Durante un tiempo lo buscaron infructuosamente: los machos a la vista eran tan peludos y de frente tan caída como sus padres; en ningún lugar se veía variación significativa.

Y entonces lo vieron. Era demasiado evidente para que se fijasen, estaba agazapado contra la transparente pared del tanque, mirando hacia fuera con los ojos desorbitados por una visión de maravilla.

Blueviolet lo contempló con satisfacción sorprendida.

—Curiosidad —dijo—. Los otros aceptan el mundo que les rodea; él se hace preguntas.

Mientras le miraban, la criatura cogió una rama rota que yacía a su lado, se alzó hasta ponerse en pie y amenazó a uno de sus amigos, que caminaba sin rumbo por el borde del tanque. El otro, *más* alto y con mayores músculos, exhibió los dientes al instante y saltó para caer sobre su garganta. Durante un momento rodaron juntos por el suelo y luego la primera criatura se libertó con una sacudida y alzó el garrote que todavía empuñaba. Con toscas ligaduras sostenía un rasgado pedazo de piedra en el extremo; hizo girar el arma y su oponente cayó con el cráneo sangrante por una grave herida.

—Basta ya —decidió Blueviolet—. Saquémosle.

Yallow estaba esperándole ya en lo alto del tanque. Un rayo tractor lo sacó, levantándolo suavemente y alejándolo del cuerpo tembloroso de su víctima para dejarle caer sobre una estantería próxima.

Tensamente, Blueviolet encajó un cono metálico por encima de la cabeza del animal, manteniendo un armazón curvo de cables cerca de su propio cuerpo. Revisó los alambres que le conectaban a una batería del estante y luego cerró el conmutador.

—¿Sacas algo?

—Sólo miedo, hasta ahora... trato de tranquilizarle. Espera...

—¡Ah! Está aún asustado, pero le vence la curiosidad. Las imágenes son mucho más claras que anteriormente... Me ve. Se pregunta quién soy. Ahora le indico que venga hacia mí.

El vivedo dudaba, luego, temeroso, avanzó hasta el borde de la estantería y permaneció mirándoles con la boca abierta.

¡Excelente!

—Quítale el cono, Yallow.

—¿Vas a realizar el intento ahora?

—¡Seguro!

—¿Pero no crees...?

—¡No! Este lo hará, estoy convencido. ¡No sabes lo que esto significa para mí, Yallow! Si tuviese éxito, moriría feliz.

—Está bien, jefe.

—No tendrás miedo, Green, ¿verdad?

—No. Claro que no.

El éxito, parecía a Yallow, había llegado irrazonablemente pronto. Lo había estado esperando durante algún tiempo, claro, pero... Era un poco asombroso darse cuenta de que cada segundo, mientras marchaban hacia el norte, les acercaba más y más a su remoto objetivo. No, no tenía miedo, como Green.

Pero se sentía intranquilo. Todo su adiestramiento, desde que Blueviolet le adoptó al nacer, no podía olvidar aquella intranquilidad fundamental e Inevitable sobre el Lugar. Y era cierto, como él había dicho... «Somos... *propiedad*. Este pensamiento no es nada confortable».

Pronto, ahora. Miró hacia abajo, al azorado y tembloroso ser que se apretaba

contra la pared trasera del deslizador. A través de aquel torpe molusco iban a tratar de desvelar el misterio de la eternidad. Y si lograban el éxito... ¿qué pasaría?

Captó un retazo de movimiento tras él y volvió a mirar, con sentido culpable. Era aquel lugar propio para mantener la vigilancia y había estado soñando despierto que allí volvía a estar.

—¡Jefe! —dijo con apremio—. Nos siguen. Blueviolet le miró con fijeza.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Allí... ¿Ves? Ganan terreno.

—Es verdad —dijo el otro pensativo—. Debí habérmelo imaginado... pero con toda seguridad no pueden haber estado esperándonos todo este tiempo. No obstante... —se interrumpió cortando la frase y accionó la batería de reserva, logrando que el deslizador saltase hacia adelante con incrementada energía—. Eso significa que tendremos que volver a casa andando... si es que volvemos.

Escrutaron el cambiante horizonte en silencio durante un rato y entonces Yallow volvió a gritar:

—¡Mira! A la izquierda... otro, haciendo un ángulo para atajarnos.

—Sí, lo veo. Parece ser que han hecho sus preparativos concienzudamente. Deberíamos habernos anticipado a esto.

—Si podemos llegar hasta la área prohibida...

—Puede que nos sigan incluso hasta allí; pero estarán entonces en desventaja psicológica, según creo. Esa es nuestra única posibilidad.

Contemplaron tensos cómo el primer perseguidor se quedaba atrás y que luego gradualmente alcanzaba su propia velocidad. El otro adelantaba rápido, en cualquier momento interceptaría su rumbo.

—Mantén a la criatura —destelló Blueviolet—. Que no sufra el menor daño —aún guiando el navío con un tentáculo de fuerza, cogió el esbelto tubo de un convertidor desde una bolsa en la pared—. ¡Fuego a discreción!

El rápido y mortal deslizador destelló cruzándose en su camino, con los rayos ya deslumbrantes. Yallow soltó el pleno poder del conversor que sostenía a través del orificio próximo a él y luego Blueviolet hizo que su navío describiese un brusco y desconcertado rizo, pasando peligrosamente cerca del atacante.

El otro piloto, asombrado, trató de apartarse ganando distancia; pero el primer deslizador había acortado la distancia que le separaba y ahora ambos le seguían, enviando rayos en su búsqueda.

Blueviolet mandó a su nave hacia delante en un rumbo errante y retorcido. Yallow disparó a través de la tronera posterior, apuntando lo mejor que pudo, viendo cómo el navío más cercano oscilaba y retrocedía mientras su piloto se ennegrecía peligrosamente. Arrojó una rápida mirada hacia abajo y vio que estaban ya sobre la playa de Ártico.

Los templos sobre maderas de las montañas se veían llenos de sacerdotes. Mientras pasaron disparados, una masa de rayos salió de ellos y cayó muy cerca,

después viéronse por encima del anillo de montañas describiendo un círculo para bajar hasta el hueco redondo de sus laderas opuestas.

Blueviolet llevó el deslizador hasta detenerlo en un profundo acantilado rocoso, precisamente por encima de la media distancia que le separaba del punto, más allá del cual no podían seguir. Miró inquisitivo hacia arriba. Los deslizadores perseguidores giraban rodeados por una multitud de sacerdotes, y aparecieron por encima del borde y picaron, ascendiendo luego como si no sintiesen ganas de seguir más lejos. Enviaron rayos en su búsqueda, pero rebotaron inofensivos en la rocosa pared que casi les cubría.

—¡Lo logramos! —exclamó—. Escapar es otra cuestión, pero al menos hemos llegado hasta aquí.

Cogió el bípedo y lo llevó hacia delante, encaminándole hacia la luz.

—No ha sufrido daños —dijo con satisfacción—. El cono, por favor.

Yallow se lo entregó sin decir palabra.

Pensamientos apremiantes y mudos se abrían paso dentro del azorado cerebro del hombre. No debía tener miedo... no deseaban hacerle daño... ¿quiénes eran «ellos»? Pero el pensamiento tropezó consigo mismo y se desplomó; la pregunta era demasiado para él. No debía tener miedo...

Pero es que habían enemigos cerca, que deseaban dañarle. Para escapar, debía bajar al valle, entrar en aquel gran hueco que se veía. Allí se encontraría a salvo.

Allí estaría a salvo... tenía que bajar... Una y otra vez, hipnóticamente. Y luego debía regresar... Él no podía comprender. Pero las órdenes eran abrumadoras; su mente sin desarrollar se sentía demasiado débil para resistirlas. Al poco le pareció que en cierto modo las había sabido siempre, quería bajar al gran hueco... Y luego tenía que regresar... Trató con torpeza de cruzar la pared transparente que le separaba del valle. Luego la cosa dura se alzó de su cabeza y una fuerza invisible le elevó gentil y le depositó en la montañosa ladera roquiza. Alzó la vista y estaba aterrorizado. En lugar del firmamento familiar de su infancia, había un cielo que el hombre podría alcanzar un día, si encontraba la manera de trepar hasta él, había un vacío azul inconcebiblemente lejos y distante, tan lejano que su mente rechazó esa distancia. De pronto el vértigo se apoderó de él; se tambaleó, perdió pie y cayó. La áspera caída le hizo reaccionar. Se reanimó al pie del breve precipicio por el que había rodado y echándose atrás prosiguió su descenso.

Estaba más lejos de lo que se había imaginado. La brillante semiesfera parecía retroceder, mientras descendía por la montaña.

Tenía que bajar... y luego debió volver... La semiesfera se hizo gigantesca ante él cuando se acercó a través del suelo del valle. Llenó todo su campo de visión y por último se hizo algo no del todo real. Caminó mecánicamente hacia ello en un medio sueño, conociendo que tenía que entrar... y luego volver... y después el sueño habría pasado.

Dudó cuando se plantó ante la temblorosa cortina. No había abertura alguna; ¿era

sólido... de verdad que era sólida?

Avanzó; la negrura se encerró en su torno durante un instante, pero antes de que pudiese echarse hacia atrás, había atravesado la barrera y estaba dentro de otra cosa extraña llena de bruma dorada.

Se quedó plantado un momento, mirando boquiabierto las formas extrañas y torrenciales que le rodeaban y luego se volvió para irse... pero algo le detuvo. Notó la proximidad de una Presencia invisible, ya muy cerca, y sin embargo aproximándose todavía más desde una distancia impensable. Fuerzas invisibles le mantuvieron inmóvil y pensamientos extraños y desapasionados hurgaron su cerebro.

Hubo una pausa interminable y luego notó que la Presencia había llamado a otras; en un momento se vio rodeado de corrientes que pensaban de una forma grave y seria.

»... Siento molestaros, pero esto es algo nuevo». Un intervalo.

«Cierto. ¿Has examinado su mente?». «¿De dónde ha venido?».

«Es interesante: ¡los seres fuerza lo fabricaron!».

«Interesante en realidad. Esto cambiará el curso completo del experimento».

«¿Se lo has dicho al Mentor?».

«No. Démosle una sorpresa».

«¿Qué piensas, Tercero?».

«¿Cuál es su propósito aquí? Oh, comprendo».

Hubo una risa incolora mental. Una esfera rojo sangre flotó a través de la muralla opalescente y gravitó hasta el centro de la semiesfera, en donde la perspectiva cambiaba hasta lo imposible, con ángulos que desorientaban a los ojos. Los mecanismos en su torno cobraron vida; nueva energía manó dentro de la esfera, reemplazando el tinte rojo con un blanco lechoso; y flotó alejándose de nuevo. El hombre lo contempló, sin comprender nada.

«Lo he visto. ¿Tenemos que dejarle volver con este conocimiento?».

«Todo depende. Pretendemos continuar el experimento como lo hemos planeado, no. Desequilibraría las fuerzas de la naturaleza y ningún resultado sería conclusivo».

«¿Pero no tenemos datos suficientes sobre los seres fuerza? ¿Sobre su sencilla cultura? Son bastante comunes para la creación, después de todo; esto es nuevo». «Eso pienso yo». «¿Entonces?».

«No tenemos que interferimos con sus vidas primitivas; pero quizás si tenemos cuidado, sería apropiado hacerlo ahora». «¿Cuál es tu plan?».

«Devolverlo, con tanta información como ellos sean capaces de obtener de su pequeño cerebro. Entonces, obligarles a continuar su trabajo en esta dirección con la esperanza de obtener más datos. Luego, gradualmente, dejar que mueran los seres fuerza; para que este planeta quede en poder de sus creaciones.

»Tendremos que maniobrar con la motivación de los religiosos; de otro modo esta nueva vida sería destruida, tarde o temprano». «Eso puede hacerse».

«Cuidado con esas pruebas, Cuatro. Le estás asustando».

«Tranquilizadle. ¿Qué es lo que quiere?». «Comida. También, un compañero». «Tendrás compañeros, pequeño. Y es más... tus descendientes gobernarán tu pequeño mundo. Pero no me comprendes; hagámosle saber que va a tener *a un compañero, a una compañera; con eso basta*». Apagadamente y luego de manera más intensa, el primer hombre comprendió; abrió una hembra... Las fuerzas que les sujetaban se relajaron. Cruzó a través de la barrera opalescente, sonriendo con fiera anticipación.

El hombrecillo verde

Noel Loomis

I

El hombrecillo verde de cejas coloradas y cola de pluma de pavo real apareció sobre el banco de porcelana del laboratorio químico.

—Te voy a dar —dijo a Engar—, un último aviso. Si vosotros, gente de la Tierra, no apartáis esta estación de Urano dentro de tres días, tomaré mis medidas.

Hablaba con un silbido pajaril muy peculiar y su apariencia era tan rara que Engar nunca fue capaz de desembarazarse por entero de la sensación de que el ser con quien estaba hablando tenía cabeza de cascabel... a excepción de los dorados ojos del hombrecillo.

De ordinario aquellos ojos eran suaves y gentiles y acordes con su aspecto; pero en este momento, el hombrecillo estaba evidentemente furioso. Sus ojos dorados ardían con un fuego extraño que dio a Engar una sensación incómoda, muy incómoda. Con toda seguridad no había nada que pudiese hacer aquel ser para lastimar a la gente terrestre... pero parecía tan seguro de sí mismo...

Engar, sentado en su taburete de cromo con el registro magnetofónico ante él, contemplaba los variantes colores que subían y bajaban hasta una altura de 33 m. en las columnas de intercambio iónico, mientras las raras soluciones terrestres se vertían a través de las resinas sintéticas, de manera claramente inconfortable. Parpadeó un poco sobre el taburete, tomando nota mental de que la columna número 3 estaba ya lista para su extracción; no debía dejar que el hombrecillo lo distrajese, porque esta extracción sería químicamente pura... el fin hacía las columnas en que habían estado trabajando durante semanas.

—Me temo —dijo el otro hombre con voz pajaril, subida de tono— que no prestas atención a mis palabras.

—Sí, la presto —replicó Engar, vigilando cómo el anillo color guisante comenzaba a formarse cerca del pie de la columna. Miró al hombrecillo verde y comenzó a formular protestas de amistad, pero la luz de aquellos ojos dorados era demasiado intensa para él; tuvo que apartar la vista—. Después de todo —dijo—, soy el único técnico del laboratorio aquí.

—Técnicamente —contestó el uraniano—, dices la verdad; pero moralmente estás eludiendo el hecho de que eres un hombre de gran categoría, de grandísima categoría para ser terrestre.

Engar era un joven orgulloso, pero también modesto. No respondió, mientras mantenía los ojos en la columna y en sus variantes colores.

—Sería evidente para cualquiera pero no para un hombre rana, que en la Tierra enviara sólo a la crema de sus científicos para apostarlos en un lugar como este.

—Eso puede ser cierto —asintió Engar—, pero actualmente no soy más que un trabajador aquí.

—Tienes un superior, ¿verdad?

—Sí —dijo Engar, viendo ahora, en lugar de la columna de intercambio, el rostro en forma de corazón de Corinne Madison, con su pelo negro y su limpia piel blanca, y sus intentos constantes de ser comercial en lugar de femenina. Una mirada de Corinne, era bastante para decir a cualquiera que tal transformación apenas le convenía, y Engar había dado eso mirada—. Pero ella no tendría autoridad para dismantelar esta fábrica.

—Entonces alguien allá en la Tierra la tiene —dijo el ser con una insistencia que comenzó a ser enojosa. De pronto Engar deseó poderse ir; era inmensamente ridículo que tal criatura le amenazara. Después de todo, la Tierra había alcanzado un desarrollo tecnológico mucho más allá de cualquier otro que pudiera hallarse en el Sistema Solar. Claro, habían individuos y unas pocas especies distribuidas en los diversos planetas, que tenían facultades personales bastante extraordinarias; pero esos, en total, eran como nada comparado con los resortes combinados de la trinología terrestre. Durante un momento Engar estuvo tentado de hablar con viveza al hombrecillo y desembarazarse de él; pero entonces se acordó de que estaban obligados a mostrarse corteses con todas las gentes, sin importar las circunstancias. Dijo:

—Muy bien; enviaré tu mensaje a la Tierra.

La voz del hombrecillo bajó al tono normal.

—Volveré mañana.

Engar estaba preparándose para tocar el botón y poner en movimiento el extractor.

—Tudia —señaló—, tiene menos de once horas y costará lo menos tres horas para que un mensaje haga el viaje de ida hasta la Tierra por microonda. Has de darte cuenta que doscientos mil millones de millas son una gran distancia y...

—¡Seis horas para la comunicación! —le respondió el hombrecillo para añadir—: mañana habrás tenido tiempo suficiente de todas formas.

—Tendrá que pensar sólo en la Tierra —destacó Engar.

Los ojos dorados del hombrecillo comenzaron a irradiar de nuevo una brillantez que volvió a Engar.

—Os llamáis raza de criaturas inteligentes. ¿Entonces necesitáis días para llegar con vuestros grandes cerebros hasta una decisión?

Era aparente que el uraniano, viviendo una parte del gran planeta donde habían otros pocos habitantes, si es que estos existían, tendría dificultad en comprender cómo se hacían las cosas en la Tierra, en donde tenían que convocarse conferencias, y hombres de diversas partes del planeta deberían reunirse para discutir una cuestión tan importante como esta. Además, era difícil concebir que la Tierra, después de pasar 20 años y gastar varios millares de millones de dólares preparándose para este trabajo, se hiciese atrás y retirase la instalación eléctrica ante la requisitoria de un hombrecillo verde como materia de hecho. Engar no tenía idea de que el director de

la estación aceptase si quiera transmitir tal mensaje a la Tierra.

Había que considerar también otro factor: las columnas de intercambio iónico, que representaba el trabajo de toda una vida para Engar Jarvin. El intercambio iónico era su especialidad; lo había estudiado exhaustivamente; por eso le eligieron para la estación de Urano. Las enormes columnas de 30 metros con sus cargas de 50.000 litros que duraban durante semanas, donde estaban sus criaturas especiales; no podía marcharse y dejarlas. Y estaba también en el factor menor pero personal: ¿Cómo podría proseguir su carrera allá en la Tierra, si dejara aquella estación sin ningún motivo explicable? Los téstennos científicos de la Tierra nunca aceptarían su historia sobre el hombrecillo verde... y como nadie más había visto al uraniano allá en la Tierra se le mostrarían muy educados, pero mientras almorzaran dirían con tonos casuales: «Engar Jarvin se desequilibró allá en Uranio. Mala cosa. Tenía ante sí un gran porvenir».

Bueno... Engar aspiró una profunda bocanada de aire. Lo que él deseaba hacer ahora era desembarazarse del hombrecillo sin enfurecerle. Le tenía aquel ser... Había simpatizado con él desde el primer día en que apareció en el laboratorio, salido de no se sabe dónde para formularle preguntas; Engar le respondió con cortesía porque, después de todo, el hombrecillo llegó primero a Urano. Por lo menos, eso creía Engar.

La célula de selenio destelló un aviso y Engar comenzó a retirarse. Entonces miró al hombrecillo.

—¿Quién debo decir que solicita nuestra... ejem... retirada de Urano? —preguntó.

—Nolos.

—Será una ayuda —sugirió Engar—, si puedes decir si representas algún cuerpo sustancial de uranianos.

Nolos comenzó a echar humo.

—Naturalmente, que no puedo representar a las arañas que viven en lugar cálido; puedes decir que represento al cinturón frío de Urano.

—¿Cuántos ciudadanos?

—Cinco en total. —¿Dijiste cinco?

—Cinco.

Engar suspiró. Había tan poco terreno para la conversión entre ellos que la cosa resultaba desesperanzadora. ¡Cinco suponían para quinientos mil millones!...

—Entregaré tu mensaje a mi director —dijo finalmente Engar.

Nolos pareció ablandarse un poco.

—Volveré exactamente dentro de tres días —anunció, para añadir—: La persona más estúpida de los diez planetas, debería ser capaz de haberse decidido con ese plazo de tiempo.

La extracción había comenzado. Engar contempló cómo el liquido color guisante se vertía por los desagüeros en la base de la columna durante un momento. Luego,

miró a Nolos. ¿Cómo sabía Nolos que habían 10 planetas? Estaban en el año dos mil cuatrocientos dos y Stygia había sido descubierto apenas hacía cincuenta años; Engar se sintió seguro de que aquel ser no había tenido contacto con los humanos hasta que él mismo, el propio Engar vino con el primer envío de material para establecer la Estación en Urano.

El terrestre recordó el dolor de cabeza que tuvo, tratando de revisar todo el género, moviéndose a través de la atmósfera de metano de Urano con una escafandra de plástico sobre la cabeza; temiendo casi de manera constante el destello rojo de sus indicadores que significaría que su energía calefactoria se había gastado... porque la temperatura de Urano de la superficie era menor a casi cuatrocientos grados Fahrenheit. Hacía tanto frío, que todo el amoníaco de la atmósfera de Urano hacía tiempo que se había congelado; si el suministro de energía de un vestido térmico se agotaba, sería mejor que el hombre comenzase a correr a toda velocidad en dirección a la cúpula.

Un trabajador envió el destello rojo, pero había comenzado a alzar una palada de tierra —amoníaco helado— y entonces comenzó a caminar hacia la cúpula. No llegó; estaba a menos de 15 metros, pero cuando lo recogieron y lo levantaron parecía una estatua de piedra, solo que no tan pesada.

Eso era algo bueno en Urano: aunque tuviese cinco veces el diámetro de la Tierra su densidad resultaba considerablemente menor; y debido a su tamaño la atracción gravitacional en la superficie casi igualaba a la de ésta.

Engar se acordó de cómo colocaron el cuerpo en el agujero exterior de uno de los cruceros de suministros que volvían a la Tierra. Había pensado mucho en enviar el cuerpo para que lo enterrasen, pero era preciso considerar los sentimientos; el hombre tenía familia, y además, al volver los navíos iban sin carga.

Había estado contemplando el reguero llameante de los cohetes en su arco trasorbital —un sendero de rojo espumoso y llama amarilla a través de la atmósfera verde marino— y se preguntaba cuántos hombres más volverían a la Tierra de la misma manera. Estaba sentado en un taburete de campaña dentro de la cúpula, después de que todo el mundo se hubo acostado, con el libro registro en el regazo; eso fue cuando se le apareció por primera vez el hombrecillo verde, como salido de la nada. Se quedó plantado dentro de la puerta de plástico de la cúpula con sus ojos dorados reluciendo, y Engar se preguntó rápidamente cómo había podido cruzar la zona del frío.

La cola como plumas de pavo real se extendió amplia, y el ser dijo:

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Eso dejó a Engar sorprendido durante un momento, porque los informes de los exploradores no demostraban hubieran seres vivos en el propio Urano, excepto las grandes arañas que vivían en el único lugar caliente del planeta, que quedaba a cincuenta milmillas de distancia, cerca del punto que apuntaba siempre hacia el sol.

Engar estudió al hombrecillo, tanto como pudo hacerlo educadamente,

observando su piel verde marino, lo colorado de sus cejas, el silbido pajaril de su conversación, y dándose cuenta por último de que el hombrecillo le había hablado en lenguaje terrestre. Entonces comprendió, también, que el hombrecillo le había hecho una pregunta.

—La Tierra se ha visto obligada a ir a otros planetas en busca de muchos elementos raros —dijo Engar—; ocurre que Urano es rico en algunos de estos elementos.

—¿Cuáles?

—Todas las tierras raras... especialmente el presodimio.

—¿Para qué os sirve el presodimio?

—Con sus moléculas alineadas adecuadamente mediante la aplicación de un altísimo voltaje y una corriente de elevada frecuencia, y en una aleación adecuada con ciertos otros elementos, forma una sustancia que actúa como un escudo gravitacional.

—¿Por qué necesitáis protejeros de la gravedad? —preguntó el hombrecillo.

—Para, por ejemplo, poder ir a otros planetas. El hombrecillo pareció disgustado.

—Queréis presodimio... para poder ir a otros planetas y encontrar más presodimio; ¿verdad?

—Parece que eso suena como una simple simplificación —dijo Engar.

—Me estoy comenzando a preguntar si algo puede hacerse demasiado simple para la mente de un terrestre —repuso el ser.

Pero Engar destacó:

Apenas soy responsable de las fuerzas que impulsan a los terrestres; ellos hacen lo que hacen y siempre hicieron lo que les dio la gana.

—Esa es la primera afirmación sensata que has efectuado —le contestó el hombrecillo.

Engar mantuvo un discreto silencio. El hombrecillo abanicó su cola un par de veces y luego dijo:

—No sé si me va a gustar. Esperaremos y veremos.

Después de aquello apareció una buena cantidad de veces... Siempre cuando Engar estaba solo. Hablaba con bastante generalidad, pero siempre con ese aire de condescendencia difícil de soportar... Porque quizás pareciese bueno, *Justificado*. Y en ocasiones formulaba preguntas muy intencionadas, en especial cuando las altas columnas de intercambio iónico se alzaron; y o sabía de qué hablaba Engar, o no tenía la más ligera idea, porque no continuó con la materia del intercambio iónico. Parecía mucho más interesado en los terrestres como individuos.

Apareció un número de veces y habían varias cosas que no le gustaban: Las grandes palas mordiendo a través del suelo de amoníaco de Urano, para llegar hasta los raros minerales que habían debajo; los navíos cohetes con sus motores a reacción dejando senderos calcinados en la superficie uraniana; los gases expulsados por la instalación de refinadora del puesto. Pero, recordó Engar, el hombrecillo no se enfadó

hasta que vino Corinne Madison a la estación como directora. Quizás el ser macho había notado la perturbación que le causó esa venida a Engar... Porque Corinne era dos años más joven que Engar; y con certeza carecía de mejor medio ambiente científico. A Engar le supo mal durante un tiempo y fue en aquel período cuando el hombrecillo verde empezó a hablar de manera hostil.

Ahora Engar le miró preguntándose qué es lo que pensaba el uraniano y qué podría hacer contra la tecnología terrestre. Nolos estaba alborotando las plumas de su cola; los «Ojos» de las plumas brillaron como fuego; entonces el ser los apagó bajándolos y Engar supo que estaban preparándose para volver hacia el lugar del que había venido.

Lo hizo. Miró hacia la columna y vio que la extracción estaba casi terminada; su dedo marchó hacia el botón. Cuando volvió a alzar la vista, el hombrecillo se había ido. Engar obtuvo la extracción sintiéndose bastante complacido con la operación de la columna de intercambio iónico. Pensó que aquella remesa, unas 20 cargas, cuantas fuesen, serían de buenísimo grado de presodimio, autorizables, sin tener que refinarla más. Repasó las columnas y vio que ahora la número seis estaría ya dispuesta para la extracción también.

Pero la puerta neumática del despacho del director susurró y con ella Madison salió, caminando con dificultad sobre sus tacones.

—Señor Jarvin —dijo con viveza—, le he ordenado que me avise cuando contemple usted alguna especie de actividad que genere radiación intensiva.

Engar alzó la vista. Su pelo negro brillaba al reflejar el blanco reluciente de su chaqueta y ella sabía cómo hacer buen uso de aquellos encantos porque...

—¡Sr. Jarvin! —Los ojos pardos de la muchacha se contrajeron.

—¿Sí, señorita Madison? —Miró de reojo a la columna número seis y colocó la célula avisadora, luego se puso en pie. No podía evitar ser una cabeza más alto de lo que era la muchacha.

Ahora la joven tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Como es bien sabido —dijo él—, no hay radiación relacionada con las columnas de intercambio iónico.

—Sé muchas cosas —respondió ella indignada—, y ninguna buena.

—Por favor, enumérelas, señorita Madison.

—Una —dijo—. Usted ha supervisado la construcción de toda esta fábrica; dos, usted diseñó y construyó las columnas de intercambio iónico; tres usted se da perfecta cuenta de su importancia en Urano; cuatro, a usted le supo mal mi venida aquí como su superior; cinco, no tengo duda alguna de que usted podría hacer que esas columnas emitiesen radiación si se le antojaba; seis, usted es demasiado condenadamente guapo y lo sabe.

Él la miró y la joven aspiró profundamente. Durante un momento sintió ganas de rodearla con los brazos, pero se contuvo; después de todo ella era su jefe y no es cosa corriente ir por ahí abrazando a los jefes, ¿verdad? Durante un momento fue incapaz

de recordar una situación comparable.

Ella prosiguió:

—Esta es la tercera vez que las fuerte radiaciones han desajustado mi calculador y en esta ocasión he seguido el rastro hasta usted, Sr. Jarvin —triumfalmente ella alzó un negativo 5x7—. Puede verlo por sí mismo.

Engar lo miró.

—Esas tiras y franjas parecen como radiación, señorita, pero...

—Después de la última vez, cuando se vio aparentemente que alguien me estaba causando deliberadamente dificultades, comencé a investigar, Sr. Jarvin. He descubierto, entre otras cosas que usted mismo, en una ocasión, esperaba que le nombrasen director de este destacamento.

—Pero...

—No trate de buscar coartadas —dijo ella—. Sé que usted no se detendría ante cualquier triquiñuela de mala índole para echarme de aquí. No dudo que incluso trate de conseguir que cierren el puesto por entero, si le parece eso un medio lógico de librarse de mí.

Engar comenzó a sentirse incómodo.

—Quizá le interese saber cuáles son mis razones para haber venido a Urano, Sr. Jarvin.

—Claro que sí —dijo acalorado—. Una chica sola... y yo diría, muy guapa, que pide ser enviada a Urano con diecisiete hombres...

Hila enrojeció y él se apresuró a continuar:

—Ciertamente que su conducta queda por encima de todo reproche, señorita Madison, pero parece mucha distancia para que una chica venga de Hollywood y vino.

—Juro que no vine de Hollywood —le informó ella—. Era físico nuclear en la Universidad de California y tuve algunas ideas con referencia a la catálisis que cambiaría la energía fisionaría en alguna forma de energía más allá del calor... para que pudiese utilizarse directamente como fuente de energía. ¿Me sigue?

—Eso me parece —murmuró él, mirando los movimientos de los labios expresivos de la joven.

—Era esencial qué estableciera un laboratorio en algún lugar donde no hubiesen transferencias de radiación originada, o causada, por el sol. Esta fábrica estaba siendo instalada y solicité un puesto aquí, esperando hacer mi trabajo experimental en mis horas libres. Y le aseguro, Sr. Jarvin, que me quedé completamente estupefacta cuando me nombraron director de la fábrica. Me dijeron que era el único cargo libre que me daría tiempo para proseguir con mi otro trabajo.

Él asintió, mirándola.

—Estaba tan asombrada cuando llegué aquí para encontrar que iba a estar por encima del hombre que construyó la instalación, que al principio no supe qué hacer; pero juzgué que los superiores allá en la Tierra sabían lo que se hacían y me puse a

trabajar. Luego comenzaron a amontonarse diversos obstáculos, culminando la radiación que hace imposible el uso de mi calculador. Así que la última vez que sucedió tal contrariedad —le informó ella—, puse una trampa. Coloqué película en varios lugares alrededor de las paredes... Y aquí está la prueba. Este negativo estaba en el centro de mi pared contigua, a su lado, Sr. Jarvin.

Engar miró al número seis y vio que quedaba tiempo en abundancia.

—Lo siento muchísimo, señorita Madison, pero no sé nada de esto —dijo por último.

—Le ha costado bastante tiempo encontrar tal excusa —le repuso ella.

Engar respondió despacio:

—Señorita Madison, mi vida laboral está ligada con esas columnas, es mi obligación hacer que trabajen para lo que fueron diseñadas. Por otra parte no sé nada respecto a todo eso —tomó el negativo y lo examinó con mayor detenimiento—. Esto es radiación de lo más fuerte —volvió a admitir—. No lo bastante para molestar a nadie que ya ha sufrido una inmunización plena, claro, pero con certeza lo suficiente para averiar su calculador.

—De ese hecho —le contestó ella glacial—, me he dado perfecta cuenta. Lo que quiero saber es, ¿qué piensa hacer con respecto a esto?

—Iré al laboratorio de intercambio iónico —respondió él sin mucha esperanza—, pero no creo que resulte nada en claro.

—Probablemente no —asintió ella con acritud.

—¿Por qué no viene y lo repasa usted misma?

—¿Qué tal cree que aparecería? —le preguntó ella—, ¿el director de la estación terrestre en Urano yendo por ahí con un contador Geiger buscando fugas radioactivas?

—Solamente intento servirle de ayuda.

Demasiado tarde se dio cuenta de que ella estaba furiosa. El fuego se alzó dentro de aquellos ojos pardos y la joven no cedió terreno ni una sola pulgada.

—La próxima vez que ocurra esto, Sr. Jarvin, espero que presente la dimisión.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla, reprimiendo lo indignado que se sentía.

—Esto es un planeta extraño, señorita; yo pienso que no sabemos nada acerca de él.

La áspera sonrisa de la joven fue una respuesta. Él mantuvo los labios apretados. Ella giró sobre uno de los altos tacones y salió rígida de la habitación. Engar contempló los diversos colores y auras reflejados desde, la columna por el género blanco y brillante del uniforme de la muchacha al pasar por allí, y se preguntó qué es lo que estaba desajustando a aquel endiablado calculador.

Cogió el negativo de su mesa mientras se sentaba. Habían allí radiaciones fuertes en abundancia, las líneas rectas señales de los rayos gamma; las líneas curvas de las partículas cargadas; el rociado de un gamátomo alcanado por un cosmotrón. Frunció el ceño y dejó el negativo. El número 14 daba la alarma. Pensó probablemente que el

día siguiente poco más o menos sería de mucho trabajo para él, porque todas las columnas habían sido cargadas casi al mismo tiempo...

II

Fue al día siguiente —día uraniano—, es decir cuando se acordó del hombrecillo verde con las cejas coloradas, Nolos, según dijo se llamaba. En aquellos momentos Engar estaba cansado y somnoliento y apenas era capaz de pensar con claridad; pero se acordó de la advertencia de Nolos y también del ultimátum de Corinne Madison sobre la radiación. Una cosa era del todo segura: después de la afirmación en la que le creía capaz de ir hasta cualquier extremo para desembarazarse de ella, poco más o menos, ni siquiera podía esperarse que aceptara la idea de enviar un mensaje sugiriendo la suspensión de las funciones de la estación...

Dos días más tarde, las columnas estaban trabajando a través de salas de ilinium; Engar comenzaba a relajarse, cuando volvió a aparecer el hombrecillo verde.

—Hola —dijo Engar—. Me alegro de verte.

—¿De veras? —preguntó Nolos. Sus ojos dorados y relucientes abarcaron el laboratorio de intercambio iónico con la mirada—. Siguen aún funcionando las columnas —dijo con su voz pajaril—. ¿Debo juzgar que la respuesta de la Tierra fue negativa?

Engar tragó saliva, luego se permitió el lujo de mostrarse malicioso. Después de todo, esa sería la respuesta si se efectuaba la consulta.

—Eso me temo —dijo.

La cola de pavo real se abrió y se agitó despacio, pero los ojos del hombrecillo no ardieron como la vez anterior.

—Lo siento —dijo por último Nolos—. Nos va a costar un gasto enorme de energía a nosotros cinco.

Engar miró al abanico de la cola del ser y luego a los ojos relucientes; se sintió intranquilo.

—No comprendo por qué estáis en contra de que nos quedemos aquí. Sé que hay algunas cosas que no te gustan, pero en realidad no os hacemos ningún daño, ¿verdad?

—No demasiado... por ahora —admitió Nolas— ¿pero qué pasará mañana?

—¿Mañana?

—Hoy queréis presodimio. Quizás mañana queráis el amoníaco. ¿Qué pasará entonces en Urano? ¿No es la historia de la Tierra un relato continuo de gente que quería algo propiedad de otros seres?

Engar frunció el ceño.

—Es verdad que los terrestres como conjunto son agresivos. Pero es una tara biológica y no algo que podamos rechazar voluntariamente, además, hay muchos de nosotros que creen que eventualmente esa tara será desviada hasta un buen uso del que se beneficie todo el Sistema Solar.

Pero no parecía estar interesado en la discusión. Desapareció...

III

Dos días más tarde el Jefe capataz de las grandes palas, Chuck Delbert, entró en el laboratorio de intercambio iónico quitándose sus guantes calefactores.

—Pensé que podría interesarle, señor Jarvin, algo que ocurre ahí fuera, puesto que es usted el más veterano en el lugar y una especie de padre de la estación.

—Me interesa todo lo que ocurre por aquí —dijo Engar—. Después de todo, sabemos muy poco acerca de Urano y cuando haya una oportunidad en aumentar ese conocimiento...

—Bueno —dijo Chuck—, es esto: hay un material que crece de ese amoníaco congelado.

—¿Qué crece?

Chuck asintió positivamente.

—Que crece.

—¿Qué clase de material?

—Hierba —respondió Chuck—. Hierba roja. Engar le miró con fijeza.

—¿Roja?

—Como esta de aquí —en la gran palma de la mano de Chuck había una hoja de hierba. Era ancha y áspera y de color rojo. Engar la tomó pensativo.

—No lo entiendo —dijo—. La reacción clorofílica...

—Yo tampoco —contestó Chuck—. Mi trabajo es hacer funcionar las palas. Sólo pensé que le gustaría saberlo.

—Estoy muy interesado —dijo Engar examinando la hoja de hierba—. Gracias por traérmela. Si ocurre algo más, me agradecerá enterarme.

Chuck se dirigió hacia las escotillas, con su casco debajo del brazo.

—Se lo haré saber, señor Jarvin.

Engar asintió. Estaba ya absorto en la hoja. La llevó hasta el microscopio y la vio exactamente como cualquier otra hoja de hierba, excepto su color rojo. Claro que hay muchas plantas en la Tierra que se vuelven rojas en otoño. Miró el termómetro: mostraba trescientos sesenta y un grados bajo cero. «No exactamente un *verano indio*» pensó con tristeza. De todas maneras, aquel material era asombroso que creciese y precisamente que saliera del almoníaco congelado. Colocó la hoja en el banco de porcelana. Parecía volverse más oscura; empezó a rizarse. De pronto se inflamó y desapareció en una llamarada.

Engar asintió. Era precisamente lo que esperaba.

Acercóse el libro registro magnetofónico, pero una voz aguda sonó detrás suyo.

—Señor Jarvin, usted no es botánico, ¿verdad? Se volvió para ver a Corinne Madison.

—No, no lo soy —contestó.

—Yo sí —dijo ella—. La botánica era una asignatura complementaria. Además, no me gusta que ocurran cosas a mis espaldas.

—Yo sólo...

Ella extendió una manita blanca.

—La hoja de hierba, por favor. Él se mordió el labio contrariado.

—Me temo que sea demasiado tarde.

La mano de ella cayó a su costado. Sus ojos relampaguearon.

—¿Por qué es demasiado tarde, señor Jarvin?

Engar señaló hasta el banco y al diminuto montón de cenizas.

Ella se acercó.

—Esto raya con la insubordinación, señor Jarvin.

—No podía esperarse que una hoja sobreviviera ahí fuera y que retuviese su composición bajo lo que... para ella... debería ser un fuego ardiente. Recuerde, hay una diferencia de aquí dentro a ahí fuera de quinientos grados.

—No —dijo ella—. Yo no lo esperaría; no esperaría que la hierba roja creciera de entre el amoníaco congelado.

Engar miró hacia abajo.

—Es un planeta extraño, señorita, y conocemos poquísimos...

—Me parece que ya me lo ha dicho antes. No quisiera jaleos con usted, señor Jarvin. La próxima vez que ocurra algo así, espero que se me avise antes, no después, de la cremación.

Él no respondió. La situación no requería respuesta. Si ella no tuviese ese cutis tan blanco y ese pelo tan negro... suspiró él. Pero Engar pensó probablemente que las cosas tenían un límite y se preguntó si la señorita Madison no le estaba empujando hacia dicho límite...

IV

Dos días más tarde Chuck Delbert volvía a entrar, con el ceño fruncido.

—Esa hierba roja —dijo, quitándose el casco de la cabeza—, se está haciendo más espesa. Toda la pradera está cubierta de ella.

—¿En qué dirección, Chuck?

—En todas. Tomé el trineo y efectué un recorrido en torno a la cúpula. Hay un campo de considerable extensión.

—¿Puedes decir hasta qué distancia alcanza la cúpula?

—Muchos sucesivos más allá de los reflectores.

—Quizá sea algo propio de la estación —dijo Engar.

No estaba aquí el año pasado. Bueno, no... pero las estaciones pueden ser del todo diferentes en Urano. A este planeta le cuesta cuarenta y ocho de nuestros años dar la vuelta alrededor del sol, así que las estaciones deben ser mucho mayores.

—Sí, quizás. Tiene gracia —dijo Chuck—. La hierba parece estar cerrando la cúpula.

—Eso puede ser tu imaginación.

—No la mía —dijo Chuck—; mis maestros siempre dijeron que yo carecía absolutamente de imaginación.

Aquella noche, cuando las columnas estaban paradas durante un rato, Engar subió al puesto de observación en lo alto de la cúpula y encendió el gran reflector. Hurgó en la oscuridad ucraniana en todas direcciones. Por cualquier lugar se veía lo mismo... Una llanura helada blanca, monótono y vasta. Excepto por una cosa: la hierba roja, que parecía negra bajo la luz del reflector, crecía por todas partes dentro de un radio de doscientos metros.

Eso asombró a Engar; no sabía del todo qué hacer. La hierba roja era casi como un ejército avanzando. La voz de la señorita Madison, en su mismo oído, le sobresaltó aún más.

—Espero que haya un buen motivo para este juego juvenil con el reflector, señor Jarvin.

La miró. Al principio se sintió enojado. Pero el diminuto espacio en lo alto de la cúpula necesitaba que estuviesen muy cerca y eso sirvió para calmar su enojo.

—No es necesario que ejerza constantemente su autoridad conmigo, señorita Madison —dijo con suavidad y señaló el borde de la hierba roja, diciendo—: no me gusta.

Ella miró con fijeza, colocando el pequeño telescopio en posición y enfocándolo. Por último anunció:

—Parece ser hierba roja, señor Jarvin, ¿pero eso es algo que valga la pena para excitarse tanto?

Después de todo, usted mismo ha dicho que éste es un planeta extraño. Engar sonrió.

—Creo que esas fueron mis palabras exactas. De todas maneras —se puso serio—, está el asunto del hombrecillo.

—¿El qué?!

Él se frotó la barbilla con el dorso de la mano, frunciendo el ceño mientras miraba en dirección al rayo del reflector.

—No le pido que se lo crea, señorita Madison; es fantástico.

—Me estoy acostumbrando a la fantasía —le contestó ella.

—Ese hombrecito de las cejas rojas y de la cola de pavo real...

—Una combinación profundamente horrible, señor Jarvin —ella reprimió una semisonrisa—. ¿Podría ser que su imaginación le estuviese haciendo ver visiones?

La miró y aspiró profundamente.

—Quizás tenga razón; lo guardaré para mí mismo.

—Ha despertado ya mi curiosidad. Continúe, por favor.

—Comenzó a aparecer poco después de que aterrizamos aquí con el primer cargamento de suministros y de ordinario viene a mostrarse una vez por semana.

—¿De dónde viene... del gran hielo exterior? —preguntó ella con cierta alegría.

—No lo sé; dijo que era un uraniano.

—Advierto, señor Jarvin, que dice usted uraniano con un ligero acento.

Los ojos de él se contrajeron.

—Si trata de provocarme —dijo—, está más cerca del éxito de lo que podía creerse.

Ella sonrió con malicia.

—¿Qué haría usted, señor Jarvin, si le provocara?

—Eso es difícil de responder; me es imposible recordar una situación comparable.

—¿Quiere decir que jamás le provocaron? Engar respondió con precaución:

—No lo bastante para hacer algo... desesperado, por lo menos no, desde que yo era niño.

Ella abrió la marcha al bajar por la escalera. Llevaba una blusa de nylon blanca y sus hombros eran muy hermosos.

—Ahora cuénteme lo del hombrecillo verde, señor Jarvin.

—Estuvo aquí hace una semana y exigió que abandonásemos la estación —dijo Engar—. Yo le contesté que no lo haríamos sin orden de la Tierra. Él exigió que enviásemos un mensaje pidiendo tal orden —Engar miró a Corinne—. Entonces entró usted hecha una fiera y decidí que era mejor no mencionárselo —se detuvo, apartando la vista.

—Y... —le insistió ella.

—Volvió a aparecer y dijo que tendría que tomar sus medidas, o algo parecido.

Ella le estudió como si tratase de decidir si le quería o no. Entonces miró hacia las

paredes de plástico de la cúpula.

—Dudo —dijo ella—, que la hierba roja tenga poder para dañar nuestra estación...

Pero unos cuantos días más tarde la hierba roja estaba creciendo del amoniaco helado en el mismo borde de la cúpula de plástico.

—Lo que no entiendo es de dónde saca energía para crecer —dijo la señorita Madison.

Engar dio un paso hacia ella. Estaba adorable y no trataba de imponer su autoridad. Pero en aquel momento oyó el silbido de la cámara de aire e instantes más tarde apareció Chuck Delbert. Su frente estaba llena de surcos al tratar de comprender algo más allá de su alcance.

—Ahora esas plantas crecen ahí fuera, señor Jarvin... plantas rojas.

—¿Plantas rojas? —preguntó Corinne.

—Sí, señora. Parecen crecer hacia la cúpula. A un cuarto de milla están rompiendo el suelo; pero en los límites del reflector parecen tal altas como un hombre. Tienen grandes hojas caídas y parece ser que de su mitad se extiende un fulgor dorado.

Engar recordó los ojos del ser.

—Un fulgor —dijo pensativo.

Al cabo de otra semana, pudieron divisar las extrañas plantas con el reflector desde la torre de observación. Era el tiempo de una nueva serie de extracciones de las columnas de intercambio iónico, pero Engar se libró de sus ocupaciones para estudiar las plantas con Corinne.

—Se acercan más —le dijo.

La chica comenzó a aparecer preocupada.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada ahora mismo —dijo él.

Las plantas se acercaron todavía más. Uno podría decir que empezaron a florecer. Mientras maduraban, emanaba desde lo alto aquel dorado resplandor y los terrestres pronto descubrieron que no eran capaces de mirarlas de cerca. El brillo era insoportable.

Entonces vino el día en que los hombres de Chuck Delbert salieron, ocuparon su turno en la temperatura de cuatrocientos grados bajo cero y volvieron rápidos con el estrépito de sus grandes palas mecánicas.

Corinne se encontró con Chuck en la escotilla hermética.

—¿Por qué vuelven?

Chuck colocó una cajita negra sobre la mesa.

—Mire el contador, señorita Madison; nuestro contrato afirmaba específicamente que no podemos trabajar con una radiación así.

Ella miró la tarjeta y frunció el ceño al ver la extrema altitud de la línea que indicaba la medida última.

—Oh, eso es más de lo que cualquier persona inmunizada puede soportar; llega hasta diez roéngenes al día.

—Eso es lo que le digo, señorita.

—Muy bien —contestó ella—. Pueden tomarse el día libre.

Engar miró la tarjeta por encima del hombro de la muchacha.

La joven miró hacia fuera.

—Supongo que de las plantas; ese resplandor dorado puede ser la señal para alguna especie de acción nuclear.

Engar miraba a la columna número 8 con un ojo.

—Será mejor que se cuide de su extracción, señor Jarvin. Veré si puedo hallar la respuesta a esto.

Engar asintió, moviéndose hacia el botón. La banda color guisante no le parecía correcta. Vagamente oyó a través de la puerta abierta del despacho del director el suave murmullo y el cliquetear del calculador, luego una exclamación desesperada de la señorita Madison. Pero no tenía tiempo de investigar. El calculador estaba causándole de nuevo dificultades, pero él tenía que vigilar las bandas de color en la número 8.

La banda color guisante cambió inesperadamente hasta una especie gris pardo. Engar frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Sacó su propio contador. La descarga gamma crecía hacia la zona de peligro; la línea neutrónica comenzaba a crecer. Fue hasta el despacho de la señorita Madison. Ella no estaba. La caja negra estaba sobre su escritorio todavía. La joven había estado tratando de operar con el calculador, pero un bosque de diminutas luces rojas indicaban que estaba por completo desajustado.

Miró en su torno. La puerta que conducía a su armario personal estaba abierta y había desaparecido su traje espacial. Salió corriendo. Las grandes bombas estaban en funcionamiento y el calibre de la cámara de compresión mostraba una subida que mantendría apartado al mortal metano cuando se abriese la puerta exterior. Engar golpeó la pared.

—¡No haga eso! —gritó.

Claro que ella no pudo oírle. Corrió a su armario y encontró su otro traje, colocándose y poniéndose el casco. Vio cómo funcionaba la unidad calorífica. Para entonces la escotilla estaba vacía; la cerró, entró y puso en marcha las bombas.

Un momento más tarde estaba fuera. El avión en el brillo de su lámpara pectoral, inclinándose contra el fuerte viento, caminando hacia las plantas rojas. El almoníaco congelado era resbaladizo, pero él se dio prisa. La próxima planta solar estaba a doscientos metros de distancia y ella se mostraba a mitad de camino, era una figura pequeña y esbelta inclinándose contra el viento uraniano. La alcanzó y la cogió del brazo.

—Vuelva —dijo.

Ella se libertó y le miró a través del casco. La voz de la joven sonó por el

comunicador del traje rara y un poco frenética.

—Necesito una muestra de esa planta. Él sacudió la cabeza.

—Si se acerca lo bastante para tocar una —dijo él—, los venenos radioactivos la matarán.

Engar se interponía entre ella y las plantas. La joven miró por encima del hombro del varón, después se volvió para mirar a la cúpula y pareció resignada. Engar se relajó y al mismo tiempo ella aprovechó el momento para lanzarse como una flecha y rodearle.

En aquel instante los reflectores de la cúpula se encendieron iluminando toda la zona entera. Allí estaba el campo de plantas rojas creciendo de entre el blanco amoníaco congelado y emanando cada planta adulta el característico resplandor dorado.

Engar corrió tras ella, pero la muchacha era muy rápida. La cogió cuando Corinne extendía la mano para apoderarse de una hoja roja. La muchacha intentó libertarse, pero en esta ocasión él la sujetó con firmeza. Resbalaron y cayeron sobre el hielo, pero Engar no la soltó. Por último Corinne dejó de pelear, pero estaba tan furiosa que su rostro aparecía blanco. Los dos juntos regresaron a la escotilla neumática. Engar jadeaba un poco. Puso en marcha las bombas.

Cuando salieron al laboratorio iónico, ella se le encaró.

—Supongo que no le interesará saber por qué salí hasta allí.

—Claro que sí me gustaría —contestó él, fascinado por la belleza de Corinne.

—Esas plantas —dijo ella—, esas plantas rojas deben tener un fenómeno catalítico correspondiente al de la clorofila.

—La clorofila convierte a la luz del sol en energía para la planta... produciendo azúcares, etcétera —recordó Engar.

—Le daré un «aprobado» en Botánica —exclamó ella con sarcasmo—. Pero es que aquí en Urano hay muy poca luz solar. La energía tiene que venir de alguna otra parte... del amoníaco congelado... y el color rojo de esos vegetales indica una catálisis que permite a las plantas transformar el amoníaco en energía fisionable.

—El hombrecillo verde tenía razón —dijo con tristeza Engar—. En cuanto usted descubra cómo hacer eso, la Tierra comenzará a excavar el amoníaco de Urano y a llevárselo.

Chuck Delbert bajó de la torre de observación, les miró curioso y cruzó el laboratorio en dirección a la zona de sus instalaciones mecánicas.

Corinne volvió a mostrarse tormentosa.

—¿Es necesario que tenga usted ese punto de vista tan mezquino? Si esa catálisis roja convierte el amoníaco en energía nuclear, probablemente proporcionará una pista para hallar la reacción inversa... o cosas tales como convertir directamente la energía nuclear en energía eléctrica o en cualquier clase de energía que podamos utilizar. Teniendo a mano energía nuclear, podremos utilizar luz solar. Debe haber alguna manera de emplear directamente la energía radiante... ¡y esas plantas tienen la

respuesta!

—Lo siento —dijo él—. No viviría usted más que unos pocos días, si llegaba, después de haber tocado una de esas plantas. Aun cuando la reacción nuclear fuera llevada a cabo por no más que una puntita de alfiler de materia, la radiación ¡sería mortal... por no decir nada del calor!

El tono de la joven cambió de manera inesperada.

—Usted sabe —dijo—, que esas plantas se acercan cada vez más. Es sólo cuestión de poquísimo tiempo que la radiación dentro de la propia cúpula alcance un nivel que no se pueda soportar más que unas horas. ¿Y qué me quedará a mí después de eso? Usted y yo, ambos, habremos perdido nuestro puesto y quedaremos desacreditados. Quiero algo con que remediar la pérdida de la base; una catálisis, tal como la que contienen esas plantas, sería la solución.

—Lo siento —repitió él—. Para mí también es importante, pero ninguno de los dos valdría gran cosa muerto.

—¿Qué hay de las plantas solares? Ni siquiera podemos detenerlas.

—Sí, creo que podemos —se dirigió al banco del laboratorio y miró en el armarito inferior—. Sí, me parece que podemos detenerlas. *Tenemos* que detenerlas si queremos vivir.

Se pasó la siguiente media hora en la torre de observación. Llamó a Chuck Delbert para que le ayudara.

—Haz girar ese reflector en todas direcciones alrededor de la cúpula —le dijo Engar—, como si fueras regando las plantas de ahí afuera.

—Pero si no hace ninguna luz —exclamó Chuck.

Engar asintió.

—La hace... luz negra... infrarroja. Y creo que podrás seguir su haz efectivamente. Ahora empieza a trabajar; mueve el reflector hasta donde alcance... que creo que será cosa de media milla. Yo tengo que salir.

Abandonó la cúpula cuando las plantas rojas empezaron a llamear. Las largas y grandes hojas rojas relucieron con fuego azul que parecía estallar en cien lugares a la vez. La primera planta se deshizo en llamas. Hubo una irrupción de intensa luz; el viento de la explosión por poco le derriba y el calor fue intenso. Se produjo una bola de fuego ascendente color naranja azulado y luego la familiar nube en forma de seta... todo en pequeñísima escala comparado a las explosiones nucleares en la Tierra.

V

—Hemos tenido suerte de que no hubiera más que una puntita de alfiler de materia en cada planta —dijo Engar a Corinne después de entrar en la cúpula.

Ahora estaban sentados uno junto al otro y miraban por la ventana cómo las plantas solares ardían en medio de una llamarada y una humareda. Era como un gigantesco castillo de fuegos artificiales y Chuck Delbert se mostraba concienzudo. En pocas horas el nivel de radiación había bajado. Corinne podía volver a utilizar su calculador y Engar puso en marcha la extracción en la número 5.

Fue entonces cuando reapareció el hombrecillo verde. Sus ojos dorados ahora estaban mortecinos, como si se sintiese exhausto, y la cola de pavo real aparecía caída.

—Habéis jugado sucio —dijo con su voz pajaril—. Sois demasiados para nosotros. Nuestro total es de cinco y hemos empleado toda nuestra energía creando el campo de plantas solares... que vosotros destruisteis en pocas horas.

—Lo siento —dijo Engar—, pero teníamos que vivir.

—Dudoso —respondió el ser—. Dudoso.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina y Corinne se plantó detrás de Engar. Engar pudo ver su manga de nylon blanco por el rabillo del ojo.

El otro alzó la vista, pero no desapareció como Engar se temía. Miró a Corinne y volvió a mirar a Engar.

—Creo que es la hembra de la especie. Engar encontró la mano de Corinne.

—Tienes razón —dijo con calor. El hombrecillo verde suspiró.

—Una vez tuvimos también hembras —dijo—: pero ahora quedamos sólo cinco viejos.

—Lo siento terriblemente —afirmó Corinne.

El hombrecillo verde la miró. Sus ojos dorados comenzaron a brillar.

—No es necesario —dijo—. He tenido una vida larga y muy buena. Nací de hecho antes de que vosotros, los terrestres, apareciésteis en la historia.

—Trataremos de conseguir que su planeta no sea usurpado —dijo con suavidad Corinne.

—No, No se puede luchar contra las fuerzas de la evolución; no se puede ni siquiera luchar contra la fuerza que os reúne juntos a vosotros dos.

Engar la miró.

—Quizás tenga razón.

—Quizás.

Engar apartó la vista. El hombrecillo había desaparecido. Engar se levantó. La extracción del número 5 había terminado y volvió a reajustar la señal de aviso.

—Hay una sola cosa —dijo Corinne—. Si pudiésemos haber salvado algunas de

esas hojas antes de que el señor Delbert las exterminara...

Engar la miró.

—¿No serviría igual hierba roja?

La expresión de la muchacha se iluminó.

—Oh, sí... —Luego se puso seria—. Pero la hierba roja se quemó con las plantas.

—No toda —afirmó Engar—. ¿Recuerdas la hierba que se acercó primero a la cúpula?

—Sí.

—Salí —dijo Engar—, y cogí unos cuantos puñados de hierba mientras Chuck hacía funcionar la lámpara de infrarrojos. Está guardada ahora en la escotilla.

Ella alzó la vista hacia él, sus ojos oscuros brillando.

—¡Eres un cielo! —suspiró.

Su blusa de nylon crujió al moverse dentro del refugio de los brazos de Engar. Él la besó. No había situación comparable que pudiese recordar, pero la besó de todas maneras.

FIN